oiga
Semanario de Actualidad
V Etapa Nº 756 - S/. 10.00
Lima, 5 de Setiembre de 1995

NUMERO DE COLECCION












ADIOS



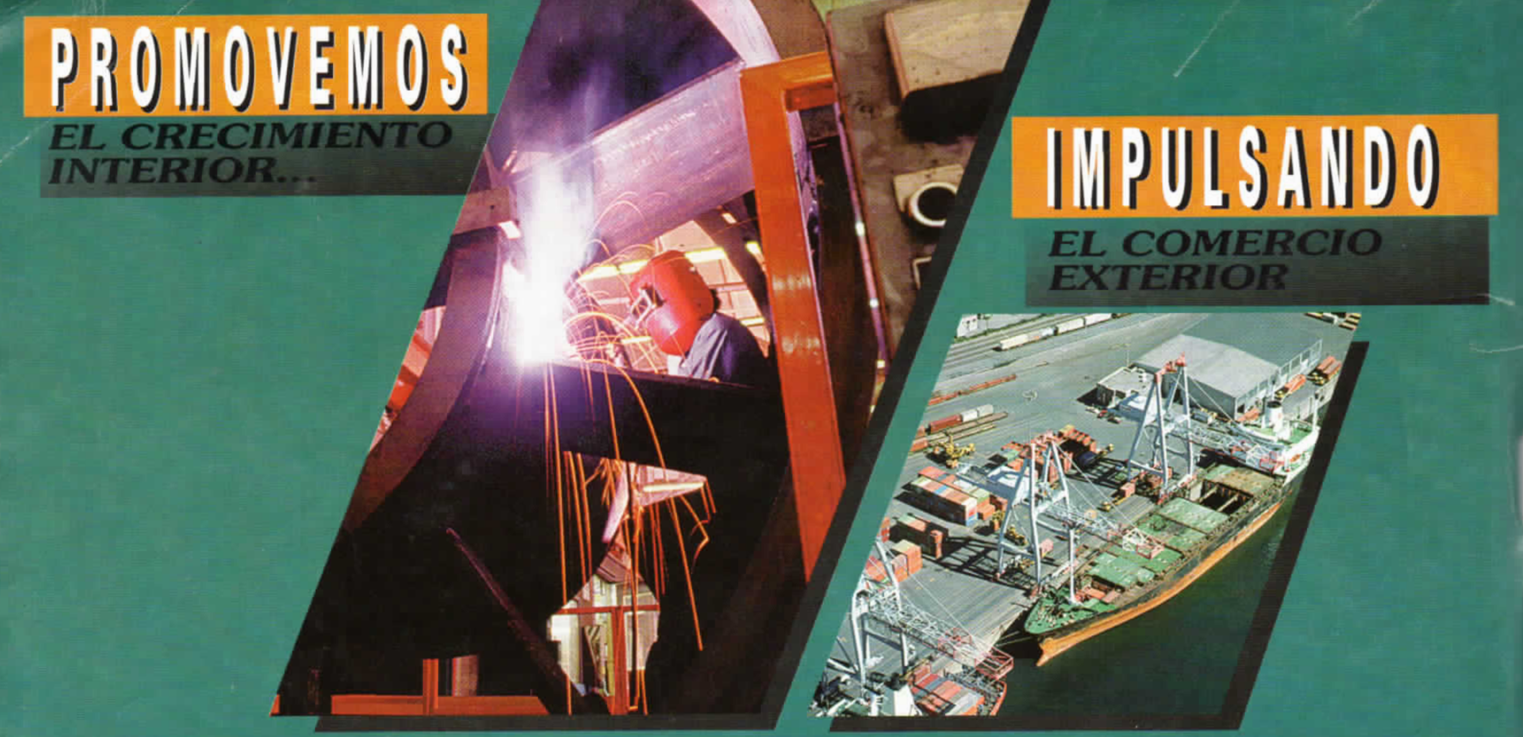
CON LA SATISFACCION DE NO HABER CLAUDICADO









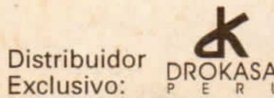

PROMOVEMOS
EL CRECIMIENTO INTERIOR...
IMPULSANDO
EL COMERCIO EXTERIOR

Old Parr

De Luxe Scotch Whisky. 12 Años

" NO TE EXCEDAS, CUIDA TU SALUD "

Distribuidor
Exclusivo:



De Venta en las principales Licorerías y Bodegas o llámenos a los Telfs.: 470-0011 / 470-1111 Fax: 470-3154


NUEVAS INSTALACIONES DE CERVESUR
UNA NUEVA DEMOSTRACION DE LIDERAZGO TECNOLOGICO
Este 31 de agosto, CERVESUR da una muestra más de su liderazgo tecnológico en la industria cervecera del país, inaugurando sus nuevas instalaciones en Arequipa; una obra que pone a CERVESUR a la vanguardia de la tecnología mundial.
Así, CERVESUR es la primera cervecería peruana que incorpora en su proceso de fabricación la sofisticada "PASTEURIZACION FLASH", al igual que en las mejores y más modernas plantas cerveceras del mundo.
Hoy somos testigos de una nueva muestra de liderazgo. Asistimos al inicio de una nueva etapa para una empresa que piensa en grande...
CERVESUR
TECNOLOGIA DE LIDERES
JWT

EN SEGUROS HAY UN LIDER QUE CUIDA DE USTED



Por su experiencia

El Pacífico - Peruano Suiza trabaja con éxito desde 1949 creando productos y servicios que benefician a todo el Perú.



Su capacidad

Más empresas y personas confían en El Pacífico - Peruano Suiza, en su respaldo internacional (AIG), su solvencia y la capacidad de su personal.



Su conducta

La conducta de El Pacífico - Peruano Suiza está guiada por la responsabilidad de estar con el cliente cuando éste lo necesite, y el afán de servir mejor siempre, con pagos justos y a tiempo.



EL PACIFICO-PERUANO SUIZA
Compañía de Seguros y Reaseguros

CONDUCTA DE LIDERES

PROPERU / LINTAS Worldwide

Lima: Av. Arequipa Nº 660, Telf.: 433-3626, Fax: 433-3388. Arequipa: Pasaje Belén Nº 107, Vallecito, Telf.: 21-2761. Chiclayo: Elías Aguirre Nº 880 - Of. 501, Telf.: 23-3961

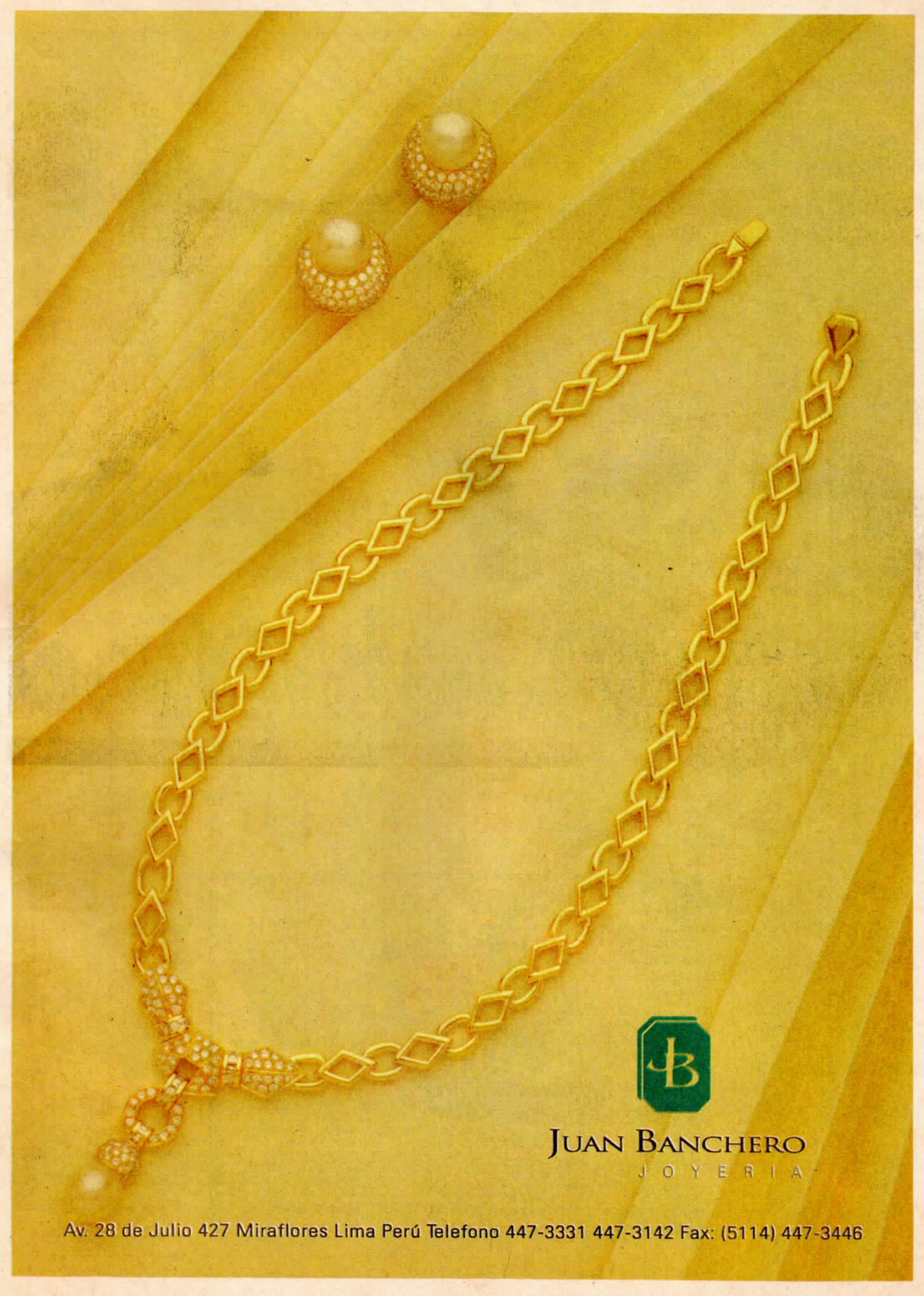
It's the way we *make you feel* that makes us the world's favourite.



Fly overnight with us and arrive feeling ready to take on the universe.

BRITISH AIRWAYS

The world's favourite airline


JB
JUAN BANCHERO
JOYERIA
Av. 28 de Julio 427 Miraflores Lima Perú Telefono 447-3331 447-3142 Fax: (5114) 447-3446


DESDE CUALQUIER PUNTO DE VISTA,
NOSOTROS LE OFRECEMOS LA MEJOR SONRISA
CENTRO ORAL
ODONTOLOGIA ESTETICA E INTEGRAL
SOMOS UN GRUPO DE PROFESIONALES, DISPUESTOS A SERVIRLO Y A BRINDARLE
LA MEJOR SONRISA, CON LOS ULTIMOS AVANCES EN COSMETICA DENTAL.
GRACIAS A STOMA VISION® (CAMARA INTRAORAL), PODEMOS
DISEÑAR EN COMPUTADORA LA MEJOR SONRISA PARA UD.
DIRECTOR: DR. JUAN ENRIQUE BAZAN PONCE DE LEON
MIEMBRO DE LA AMERICAN ACADEMY OF COSMETIC DENTISTRY
Av. Caminos del Inca 1290 (Esq. Velasco Astete) Chacarilla - Surco Telefax: 438-2736
Av. Paz Soldán 170 - Of. 303 San Isidro (Alt. Cdra. 31 de la Av. Arequipa) Telf.: 421-0717 Telefax: 421-3811
Av. Aviación 2572 Of. D - San Borja Telf. 475-6543 - Av. Arequipa 2080 Of. 404 C.C. Risso Lince Telefax: 470-8469

Adios, amigos y enemigos

EN cualquier despedida algo se va de nuestra existencia y en cada adiós morimos un poco. Y siendo éste un adiós con resonancias mayores, grande es la sensación de acortamiento de la vida que acompaña a mi lápiz en estas líneas, aunque en el cerebro se me vaya afirmando la esperanza de que este adiós sólo será un alto en la larga batalla de OIGA por lograr que los ciudadanos del Perú comprendan que el verdadero desarrollo se logrará únicamente cuando construyamos una democracia, cuando hagamos de esta patria nuestra un estado de derecho, basado en el imperio de la ley. ¿Por qué el cierre de esta quinta etapa de la azarosa existencia de OIGA no puede significar solamente un alto en la batalla? ¿Por qué tiene que ser imposible una sexta y hasta una séptima vida, como los gatos, insistiendo en que los grandes programas económicos, los brillantes empréstitos, la magia de las finanzas, las apabullantes obras físicas, el crecimiento espectacular del turismo, no serán reales, sino sólo apariencias, si los peruanos siguen apartados de la cultura cívica, sin entender que el meticuloso respeto a la ley –tanto de los de arriba como los de abajo– es el único cimiento sólido para un desarrollo verdadero y sostenido?

Aunque, desgraciadamente, no es del porvenir –aun muy incierto– que me toca tratar en esta nota editorial. Me corresponde referirme a los hechos puntuales del presente, o sea repetir lo que escribí hace dos semanas a mis amigos: OIGA ya no volverá a aparecer. Después de 33 años de llegar semanalmente a manos de nuestros lectores –salvo algunas interrupciones, unas breves y otras prolongadas, motivadas por clausuras y una deportación en México– queda interrumpido este largo diálogo que veníamos sosteniendo con nuestros lectores.

¿Diálogo?, se preguntarán con sorna más de uno de los muchos lectores de OIGA que no nos quieren, y responderé diciendo con el maestro Unamuno que, bueno, que no serían diálogos –tan inservibles como esos catecismos con preguntas y respuestas– sino autodiálogos, diálogos conmigo mismo, con las inquietudes que en mí despertaba la actualidad y los problemas que esa actualidad creaba en mi conciencia.

OIGA ya no volverá a aparecer. La cierra, nos obliga a autosilenciarnos, el acoso que la revista viene sufriendo desde hace diez años. He tomado esta decisión, en consulta con mis asesores más cercanos, principalmente con Jesús Reyes, quien me viene acompañando casi desde el día –hace 33 años– que retomé la aventura de OIGA, iniciada en noviembre de 1948, como respuesta de mi generación al cuartelazo del general Odría contra el presidente Bustamante y Rivero, el hombre que inútilmente intentó que este país de desconcertadas gentes entendiera el valor de la democracia, de la cultura cívica, del acatamiento al imperio de la ley y no al mandón de turno.

Cierra OIGA para no prostituir sus banderas, o sea esos ideales que fueron y son de los peruanos amantes de las libertades cívicas, de la democracia y de la tolerancia, aunque seamos intolerantes con la corrupción, con el juego sucio de los gobernantes y de sus autoridades. El pecado de la revista, su pecado mayor, fue quién sabe ser intransigente con su verdad –con lo que cada uno cree es lo cierto– y en el curso del camino fuimos perdiendo amigos, contactos, benefactores, sobre todo amigos que alguna vez encontraron acogida en estas páginas y cuyas causas defendió OIGA con calor.

Pero ¿qué importa lo ganado o lo perdido en la ruta? Sí me importa morir con dignidad, con la altivez con que vivimos estos últimos 33 años de Historia del Perú.

He dicho que hubo acoso y podría relatar las presiones sufridas por la imprenta donde se imprimía OIGA –imprenta permanente perdedora en las licitaciones a las que acudía– pero no quiero crear problemas a terceros que actuaron con entereza hasta que se les quebró el ánimo de ayudarnos. Hablaré, pues, de acoso sin añadir detalles, dejaré la palabra colgada en el aire. Y en cuanto al acoso tributario sí seré algo más preciso, por la ayuda que desde estas últimas páginas pueda prestar a mis colegas de la prensa escrita, colocados en situaciones parecidas a las que han llevado a OIGA a decir adiós a sus lectores.

Sí hay acoso tributario y es penosa la voz de los fundamentalistas del liberalismo, de los ayatolas del fujimorismo, cuando gritonean que no debe haber excepciones en las normas tributarias al referirse a los impuestos al papel y al IGV sobre las ventas de periódicos y revistas –IGV que no puede ser trasladado a los canillitas– y callan, poniéndose siete candados en la boca, cuando se exceptúa del IGV a los negocios de la educación, cuando se libra de IGV a los negocios en la Bolsa y cuando el Estado excluye de ese impuesto –para que no quiebren– a las AFPs.

Sí hay un acoso tributario contra la prensa, que se hace extensivo a los libros, a la lectura en general. Y haciendo prohibitiva la lectura, justo en el quinquenio de la Educación, se escarnece al más elemental derecho de un educando: poder leer con libertad. (Entendiéndose por educandos no sólo a los párvulos de los colegios sino también a los mayores, quienes sólo leyendo se irán graduando en una materia en la que no se cesa de aprender, en cultura cívica). También es burla cruel mantener ese 18% de IGV a las medicinas y a los alimentos básicos en un país de tuberculosos, muertos de hambre y con salarios miserables. ¿Por qué –repetimos como tantas otras veces– se ensaña la tributación con la cultura, la salud y la alimentación básica y sí encuentra razones para ser benévola con las especulaciones financieras, las AFPs y las empresas que hacen negocio con la educación? ¿Por qué en el Perú del quinquenio de la educación se ha hecho prohibitivo leer un libro?

Y, para terminar esta nota de adiós, debo decir gracias, muchas gracias, a todos los colegas que han expresado públicamente su pesar por la desaparición de OIGA. En especial al decano de la prensa nacional, a *El Comercio*; a César Hildebrandt, que me emocionó ante las cámaras de Canal 9; a María del Pilar Tello, de *Gestión*; a Mirko Lauer, de *La República*; a Juan Ramírez Lazo... Y no sigo enumerando a las voces de solidaridad recibidas, tanto de encumbrados personajes –el presidente Belaúnde y el embajador Pérez de Cuéllar entre otros– como de viejos colaboradores y de amigos de la revista que apenas conocí, porque estoy seguro que los olvidos serían muchos más que los recuerdos y yo quisiera que las gracias sean para todos por igual. ■

Igartua

DIRECTOR: Francisco Igartua
Sub-Director: Jesús Reyes Muñante
Gerente General: Carolina Arias C.
Administración: Gloria Fernández
Impresión: Asociación Editorial Stella
Av. Los Frutales Nº 690-Ate ☎ 437-7323



DEMOCRACIA DIRIGIDA TIENE SUCESOR

Fujimori Fujimori lanzó oficialmente la candidatura de Yoshiyama Tanaka a la alcaldía de Lima. Con todo el apoyo económico del gobierno, el futuro burgomaestre podrá hacer un buen gobierno municipal que lo catapulte a la presidencia en el 2000. La democracia dirigida tendrá así asegurada su continuidad: la alternancia en el poder se dará entre Yoshiyama y Fujimori quien, en el interín, se habrá casado con una joven de la nobleza japonesa.

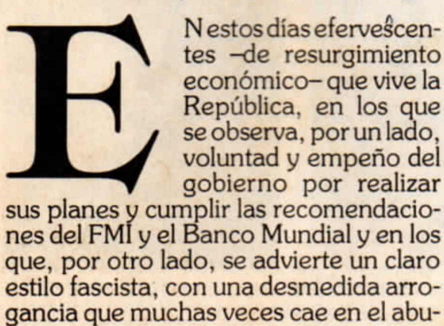
CUANDO FUE QUE SE JODIO EL PERU

por F. IGARTUA



BELAUNDE: No pudo desmontar el aparato estatista de la «revolución» militar.





ALAN Y FUJIMORI: El reelegido presidente hace todo lo posible por mantener en el candelero de la noticia a Alan, con el propósito de que el cuadro de comparación con su gobierno sea permanentemente el desastre aprista. Una trampa bien montada por expertos en imagen que el público digiere con facilidad.

En estos días efervescentes –de resurgimiento económico– que vive la República, en los que se observa, por un lado, voluntad y empeño del gobierno por realizar sus planes y cumplir las recomendaciones del FMI y el Banco Mundial y en los que, por otro lado, se advierte un claro estilo fascista, con una desmedida arrogancia que muchas veces cae en el abuso y el atropello, bueno es mirar hacia atrás, a releer lo ya escrito. En estos días en que la economía nacional va abriendo posibilidades insospechadas de desarrollo, a la vez que va creciendo el hambre y la desocupación –la miseria en sus distintas tonalidades– y se comprueba cómo va el Estado fagocitándose a todas las instituciones, llevando al país a un centralismo agobiante, que la mayoría acepta por inercia o por ignorancia de lo que el centralismo significó en nuestra historia y en la historia de otros pueblos; en estos días tan contradictorios y tan difíciles de analizar con sosiego, no hay mejor manera de hallar algo de luz que mirando al pasado, hurgando en las lecciones del ayer explicación a los desconcertantes hechos de la palpitante actualidad.

No me ocuparé, pues, en esta edición del adiós, de relievar acongojado el comportamiento atropellador de la mayoría parlamentaria, que se niega a investigar las cuentas de los últimos años del Parlamento y decide hacer cera y pabilo con los congresistas del 80 al 90, insistiendo en tergiversar la visión histórica de la ciudadanía recordando tiempos cercanos de ingrata memoria colectiva para que el presente –al que no le faltan raterías y le sobran arrogancias napoleónicas– sólo sea comparado con el desastroso paso de Alan García por el gobierno.

Para ofrecer una visión lo más clara posible de lo que ocurre hoy ante nuestros ojos nada mejor que volver la vista atrás; para el caso, repetir –actualizándolo– el artículo que escribí hace algunos años bajo el título de «Cuándo fue que se jodió el Perú»:

Esta dramática pregunta –¿Cuándo fue que se jodió el Perú?–, recogida de memoria de un texto de nuestra reciente literatura, refleja con dolorosa precisión la inquietud actual de la inteligencia peruana, que no halla en el paso de Alan García por el gobierno un episodio crucial sino apenas una desgraciada anécdota. Es una pregunta que revela la clarividente sensibilidad de quien puso por escrito esta gran interrogante nacional, que se ha hecho pregunta persistente en demanda de respuesta, de acla-

(Pasa a la página siguiente)

ración sobre nuestra existencia como país, en no pocos círculos intelectuales del Perú. Es una interrogación que se ha transformado en angustiosa necesidad de hurgar por los recovecos del pasado y del presente en busca de una explicación al espectáculo de descomposición que nos rodea, a pesar de los pasos positivos que en muchos campos se están dando en el gobierno del presidente Fujimori.

¿Cuándo fue que se jodió el Perú?

No fue en el Incario, porque entonces estas tierras eran apenas embrión de un país no nacido. Tampoco fue en la Colonia. Eran tiempos en que la historia no existía fuera de los mares europeos –que abarcaban las aguas del mundo– y cualquier país de la periferia europea, cercano o lejano a aquella historia, estaba en el limbo, no tenía un porvenir señalado. (Aunque no sería ocioso apuntar de paso que los virreinatos de México y el Perú eran entonces los territorios más desarrollados de toda América).

¿Fue con la República que se jodió el Perú?

Aquí ya se trata de nuestros días y de nuestras responsabilidades. Sin embargo, los primeros decenios de vida independiente transcurren por igual, con similares rivalidades entre caudillos, en toda América Latina; sin que Lima dejara de ser en esos años la capital más importante de América del Sur. Hasta esa etapa, las posibilidades de desarrollo para la incipiente nación peruana eran iguales o mayores que las de Colombia, Chile o Argentina.

Nuestro primer gran contratiempo recién llega a mediados del siglo pasado y es obra de peruanos. Son los peruanos desterrados en Chile, con el futuro mariscal Castilla a la cabeza, los que alientan la expedición chilena que en Yungay derrota y destruye a la Confederación Perú–boliviana, creada por Santa Cruz con la visionaria intención de corregir el despechado despropósito de Bolívar y rehacer el territorio histórico del Perú.

Es imposible desde hoy, desde nuestro trágico presente, vislumbrar lo que hubiera sido la reunificación peruana, esa república que soñaron algunos espíritus avisores, ese Perú que pudo ser y no fue. De todos modos, si hubiera sido un territorio más grande y más rico, con una sierra más potente frente a la lánguida y amodorrada Lima –ciudad cuyo nombre tiene fragancia de fruta asexuada–; y quién sabe si de ahí, de un diálogo vital entre la Costa y los Andes, hubiera surgido la nación que aún no logramos forjar.

Pero la historia no se hace con lo que pudo haber sido y no fue. No podemos, por ejemplo, adivinar siquiera el Perú que hubiéramos heredado de las rebeldías de Gonzalo Pizarro o de la enloquecida correría de Lope de Aguirre por selvas, cordilleras, ríos y mares, en búsqueda del reino de la libertad, que él quiso ubicar en tierras del Pirú. La historia es hija de los hechos, de lo ocurrido y constatado. No lo es de la imaginación ni de los deseos. Puede sí serlo de los olvidos.

Es historia, por ejemplo, la glorificación en el Perú del mariscal Castilla y también es historia la canción que a diario se escucha a los niños en las escuelas de Chile:

«Cantemos la gloria
del triunfo marcial
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungay...»

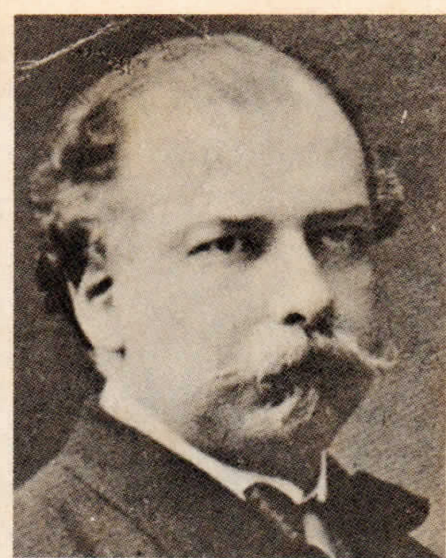
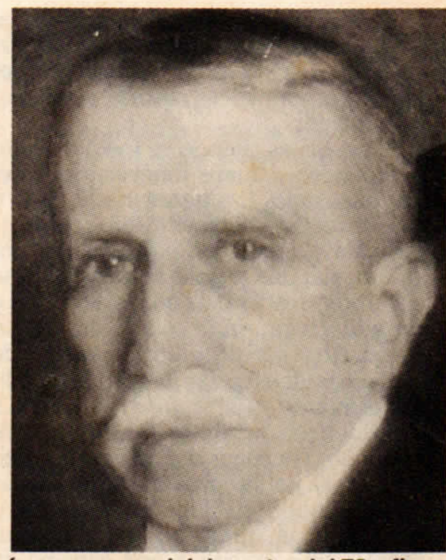


SANTA CRUZ en un retrato de juventud: Tuvo la visión que no tuvieron Castilla ni Gamarra, quienes fueron juguete de Portales en sus planes por destruir una confederación que él —igual que Santa Cruz— advertía como obstáculo a la expansión de Chile en detrimento de los intereses del Perú, del alto y del bajo...





DESPUES de Yungay la otra gran tragedia nacional fue la guerra del Pacífico de la que salimos derrotados y ocupados por las tropas del general Patricio Linch.

EN LA «REPUBLICA EMBRUJADA» acierta Alfredo Barnechea en señalar que el Perú se recupera del desastre del 79 a fines del siglo pasado y con la República Aristocrática –producto del consenso político– está en condiciones de retomar la delantera en el desarrollo sudamericano. Leguía destruye el consenso, manipula falsas ilusiones de modernismo y castra a los partidos, para luego caer estrepitosamente, dejando abiertas las puertas a la anarquía...

Son, en realidad, la misma historia. Pero mientras en un lado –en Chile– se tiene memoria correcta de lo que fue un hito importante en la formación de su país como nación, en la otra parte –en el Perú– ni siquiera se recuerda que fue Castilla quien capitaneó esas huestes chilenas, destructoras de la Confederación que reunificaba al Perú que Bolívar dividió por vengarse de los desprecios de Lima.

Como vemos, no hay siquiera memoria de nuestro primer gran contratiempo, prolegómeno del segundo, del descalabro militar de 1879.

La pérdida de la guerra postró al Perú. Lo hizo caer en el abismo de la ruina económica y moral. Y, en este caso, la humillación nos abrumó hasta tal punto que se ha hecho obsesión nacional su recuerdo. Lo que tampoco es sano ni fecundo.

Sin embargo, a pesar de esos dos tremendos desastres, no fue entonces que el Perú se jodió. Con tenacidad, con esfuerzos propios, con confianza en el destino patrio, el Perú se recuperó y, a finales del siglo pasado y comienzos del novecientos, florecía nuestra agricultura y la minería peruana respaldaba una moneda que iba «a la par con Londres». Todavía no eran los tiempos del dólar, reinaba en aquella época la libra esterlina.

Nos hallábamos, es cierto, lejos de la posición privilegiada del virreinato, pero no teníamos el porvenir perdido, el futuro nos podía sonreír en cualquier momento y había modo de contrarrestar la ventaja que nos llevaban los países hermanos bañados por el Atlántico, eje entonces del comercio y las relaciones internacionales.

Lima era una fiesta en aquellos años de la República Aristocrática –la de Piérola y Pardo– y en las provincias las injusticias ancestrales se sentían menos, porque no faltaban alimentos y había confianza en el mañana.

Con esas esperanzas regionales y la ilusión del porvenir, construyó Leguía su Patria Nueva, con carnavales populares, carreteras, avenidas, puertos y derroche de ilusiones financieras y juegos eléctricos. El Perú, por muy grandes que fueran sus problemas escondidos bajo las alfombras o entre los pliegues andinos, podía hacer el esfuerzo de ponerse «a la par con Londres» en cuestiones sociales, políticas y económicas. A pesar de la dictadura y el centralismo leguiista, no había llegado la hora en que se jodió el Perú. Sí quedó sembrada con Leguía una semilla perniciosa que contribuyó con el tiempo al desastre nacional: Leguía hizo irrisión de nuestra institucionalidad. El presidente lo fue todo.



SANCHEZ CERRO: Un oscuro comandante alza a la guarnición de Arequipa y pone fin a la dictadura, pero...

El «crac» del 29 remeció al mundo y tumbó a Leguía. Un legendario comandante, Sánchez Cerro, «el Mocho», se alzó en Arequipa y entró triunfante a Lima. Se desató la barbarie, pero el Perú siguió andando, a pesar de la demagogia, del crimen político, de los petardos y de la anarquía que el APRA inauguró, introduciendo en el país los métodos violentos que el fascismo y el comunismo habían patentado en Europa. Y a pesar también de la violenta reacción del gobierno sanchecerrista.

Tras el asesinato de Sánchez Cerro, el general Oscar R. Benavides interviene para pacificar los ánimos e impedir que el país se paralice. Lo logra, usando viejos sistemas policiacos y deja de sucesor a Manuel Prado, un personaje que no haría mover al país en ninguna dirección y no cometería imprudecias en la guerra mundial que ya estallaba. Pero, al parecer, Benavides comprendía que para el desarrollo de un país es necesario la continuidad de acción en los gobiernos; y también parecía entender que la actividad ciudadana requiere seguridad, seguridad que sólo puede emanar de normas legales estables. Será por esto que, en 1945, el ya mariscal Benavides propicia el Frente Democrático y la candidatura del doctor Bustamante y Rivero, quien plantea como condición irrevocable que su régimen sea de transición, de primer paso a una democracia basada en la seguridad jurídica.

La impaciencia del APRA y la torpeza militar echan por tierra este inteligente camino hacia la modernización del Perú. Vamos de tumbo en tumbo, pero vamos, como esas canoas que se hunden y reaparecen en los rápidos del Colca.

En 1956 aparece rutilante la figura de Belaúnde, el arquitecto del nuevo Perú, y vuelven las ilusiones que Leguía, con habilidad de prestidigitador, supo usar para encandilar a las multitudes. Pero el vencedor de las elecciones es Prado, el pasado que persistía. Y que persistió luego en el siguiente sexenio, a pesar de los buenos deseos y de importantes logros del presidente Belaúnde.

(Pasa a la página siguiente)

El Perú no resiste más y en 1968, al no decidirse Belaúnde –acorralado por el APRA y Odría– a cumplir sus promesas de cambio social, estalla la revolución militar.

Y aquí sí es cuando se jodió el Perú.

No porque fuera innecesario enterrar el pasado. Era necesario hacerlo y bien enterrado debiera estar. Era necesario abrir la sociedad peruana. Al Perú lo ahogaba una argolla medioeval, una oligarquía despiadada en los negocios y cerrada, ciega, en lo social; sin aliento patrio, sin visión de futuro, ignorante de las nuevas ideas que se iban imponiendo por el mundo, huérfana de respuestas a las exigencias de la hora. Sin darse cuenta de cómo ni cuándo, la clase dirigente peruana se había convertido en cadáver que caminaba, hablaba y hacía dinero explotando a otros, no por habilidad propia, sino gracias a una especie de quinto real, de monopolio concedido a ella por gracia divina.

La revolución se había hecho necesaria.

Pero, entonces, ¿cómo fue que se jodió el Perú?

No fue por borrar el pasado; el Perú se jodió porque la revolución militar no supo escoger el camino para modernizar al país. Destruyó el ayer, no creó el mañana y no supo mantener el presente. No tenía ideas y se dejó desbordar por las corrientes socialistas que la revolución militar apañó y engordó; pero no por las corrientes modernas, actuales, de ese signo, sino por las más vulgares, las menos inteligentes, las afectas al resentimiento y a la destrucción. No se dejó llevar por principios que hubieran desembocado en el socialismo de Felipe González o Mitterrand, sino por planteamientos que han tenido que ser revisados en China y la Unión Soviética, para evitar que el desastre los arrase.

El Perú se jodió cuando, obnubilada por los resplandores de las ideas de los cafés europeos y de la Iglesia «progresista», la revolución militar escoge equivocadamente el camino estatista, el del Ogro Filantrópico en dimensión marxista.

La reforma agraria era necesaria. Pero fue una insensatez que afectara a los agricultores que mejor producían y que no tenían tierras ociosas. Otro disparate fue imponer por la fuerza un sistema cooperativo –que no es cooperativo– en las grandes haciendas azucareras.

También era necesaria la reforma de la empresa y todas las otras reformas «revolucionarias». Pero hubo equivocación –y grande– cuando se creó la comunidad laboral y se introdujo la estabilidad en los puestos de trabajo; hubo torpeza cuando se estatizó no sólo la pesca sino hasta a los pescadores; y hubo delirio cuando el Estado reemplazó a los particulares y se convirtió en el gran empresario. Todas ellas, medidas que dañaron al país y no favorecieron, a pesar de sus buenas intenciones, a los trabajadores.



REFORMA AGRARIA: La mayor parte de las catástrofes que se produjeron en el gobierno militar fue la destrucción del agro. No hubo reforma sino repartija de tierras y colectivización de los campesinos... Luego se importó hasta papas.

El Perú se jodió cuando la revolución militar optó por el estatismo, en lugar de tomar el camino que el país requería: modernizarse, producir y competir en el mundo alentando la imaginación de los individuos, crear riqueza para que la justicia alcance a todos. El Perú se jodió cuando la revolución militar escogió el colectivismo y este terrible mal –productor de miseria sin quererlo y sembrador de desdichas sin saberlo– se enraizó en el país con el apoyo de todas las tendencias marxistas –que iban creciendo como espuma en medio del desconcierto general– y de todos los políticos que sólo ven votos en sus decisiones de gobierno.

Quien escribe estas líneas recuerda un encuentro callejero con Eudocio Ravines en el destierro de ambos, en México. Era el año 78 y el camino de regreso se nos abría a los deportados, aun para aquellos que teníamos proceso abierto «por haber intentado desestabilizar a la República». De esto hablábamos cuando, de pronto, tajante, el célebre removedor de inquietudes políticas, muerto trágicamente hace unos años en esa misma calle, exclamó: *«No vuelvas. Ya te has abierto camino fuera y tú, en el fondo, eres un liberal. A estos militares estatistas, con absoluta seguridad, los reemplazará el APRA, que es mucho, mucho más estatista que los militares»*. Luego, al notar que no tenía acogida su consejo, con voz triste, quién sabe adivinando que nunca volvería a la patria, que moriría atropellado en el cemento muy lejos de sus verdes valles cajamarquinos, añadió: *«A mí me tienen que firmar doce generales un permiso expreso de regreso al Perú, porque once firmaron el decreto que me deportó y me quitó la nacionalidad»*.

Eudocio Ravines no se equivocó. A los militares colectivistas los sucedió el APRA, luego de un paréntesis en el que, como antaño, no hubo suficiente decisión de cambio.

La tragedia del Perú continuó en manos del APRA, hundiéndonos en el barro de un estatismo torpe, inmaduro, al que podríamos llamar de juguete si no hubiera producido tantos destrozos.

Dije y repito que el Perú se jodió con el gobierno militar en los años setenta; porque fue en esa época que, a la vez que se impulsó la necesaria integración nacional, se escogió como instrumento de desarrollo el colectivismo estatista, modelo que ya la experiencia mundial desaconsejaba y que ha resultado más catastrófico, castrante y negativo que cualquier otro experimento del pasado para la evolución moral, económica y jurídica del Perú. O sea que, justo en el momento en que se iniciaban los pasos para la solución al más hondo problema





VELASCO: No hubo mala intención. Los líderes militares intuían que había que cambiar al país, pero no supieron cómo hacerlo y optaron por el estatismo, anatematizando la iniciativa privada paralizaron la imaginación productiva.

nacional desde el inicio de la República –al problema de la integración humana del Perú–, el gobierno tomó el desastroso camino del colectivismo. De este modo, la inevitable crisis económica estalló en conflicto social y el problema del indio, aunque sufriera algunos cambios, más aparentes que reales, quedó en lo mismo: siguió siendo la gran traba al desarrollo social del Perú. Fue así como se jodió el Perú.

El hecho no ocurrió en un día equis del año sesentaiocho o del setenta. Los militares que acompañaron a Velasco, igual que éste, no tenían una idea clara de lo que iban a hacer en el gobierno el día que irrumpieron en Palacio y tampoco la tuvieron en los años siguientes. Tardó un tiempo para que fueran dándose cuenta de lo que hacían, aunque nunca llegaron a ponerse de acuerdo en cuanto a las metas finales. No hay, pues, fecha para recordar y lamentar el infortunio.

Tampoco carecía de antecedentes el proceso de integración nacional, que la revolución militar puso en marcha. El más reciente había sido justamente la prédica electoral del arquitecto Belaúnde y las primeras jornadas de Cooperación Popular al inicio de su régimen. Bellos instantes de diálogo fecundo, de abrazo fraterno entre peruanos de la ciudad y el campo, que desgraciadamente quedaron truncos, como cometas inconclusas que soñaron inútilmente con volar.

El Perú se jodió con la revolución militar del sesentaiocho porque, ilusamente, creímos encontrar la fuente de la felicidad en el modelo socialista. No se jodió porque en esos años se dieron pasos firmes hacia la integración peruana. No. Acelerar el paso en esa dirección era necesario para que el país fuera, por fin, adquiriendo conciencia de nación, para que los peruanos entendiéramos qué es sentido nacional. Ya que no es posible hablar de nación peruana mientras el indio, el indígena de estas tierras, no se halle incorporado, junto con los demás peruanos, a la actividad del hombre moderno; mientras no lleguemos a entender que la rabulesca eliminación de la palabra indio en el diccionario peruano no elimina –ni siquiera esconde– el problema del indio. Un problema que nos ronda desde comienzos de la República y que siempre se ha pretendido soslayar, enmascarar, olvidar. Por lo pronto, son escasos, se les podría contar con los dedos de una mano, los políticos y pensadores peruanos que han tocado sin temor el problema del indio. Entre esos pocos uno de los más lúcidos, descarnados, es José Carlos Mariátegui, quien no tiembla al hundir el dedo en la llaga diciendo: *«En el Perú el problema de la unidad es más hondo, porque no hay aquí que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales sino una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento, nacida de la invasión y conquista del Perú autóctono por una raza extranjera que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena ni eliminarla ni absorverla».*

He aquí el problema magistralmente expuesto. Pero ¿cuál será la solución?, ¿cuál será el destino de estas tierras? Y la respuesta es un dilema: o nos fusionamos civilizadamente, inteligentemente, corrigiendo los desatinos de siglo y medio, o Sendero eliminará salvajemente a medio Perú para levantar sobre los escombros su patria, la patria de los vencedores. Esta es la hora aterradora que vive el Perú.

Pero ya dije que por mirarle el rostro al problema del indio no se jodió el Perú. Al revés, por no mirarlo o por despreciar al indio fue que nos ocurrieron grandes desastres –como la derrota de Yungay–; pero no sigamos con el tema por ahora. Ya habrá espacio más adelante para hablar de la arrogancia, la mezquindad y la estrecha visión limeñas contra el indio Santa Cruz, contra quien planteó establecer un diálogo vital entre la costa y la sierra, y así llegar a la fusión, a la integración humana de los distintos Perúes.

(Pasa a la página siguiente)



PRADO Y BENAVIDES: el general, en gesto paternalista, le legó el 39 la presidencia al inocuo Manuel Prado –en la foto bajando de un minihelicóptero francés–, pero con el tiempo se arrepintió y fue el gestor del Frente Democrático del 45...

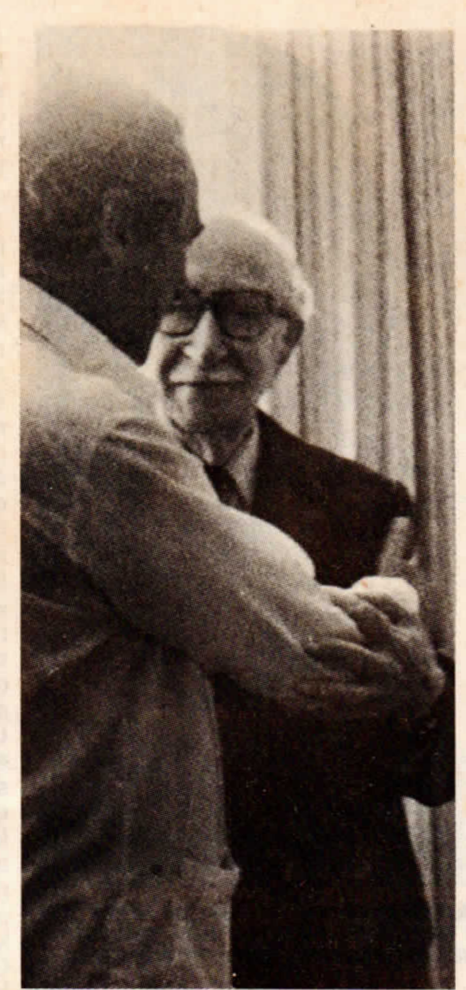
El Perú se jodió, repito, cuando optó, en la época de la revolución militar, por el estatismo. Cuando en lugar de insistir en la unión nacional y ajustar los instrumentos de desarrollo a esa meta superior, optó por el enfrentamiento de clases, por el odio de razas. Se jodió cuando, sin comprensión de la realidad peruana, sin captar las corrientes modernas y sin advertir los desastres que el colectivismo había ya producido en el mundo, los militares revolucionarios, instigados por un grupo de inexpertos intelectuales marxistas, escogieron como modelo el socialista. Sí, socialista, tal como está escrito; aunque en verdad se trató de un sistema ajeno al Perú y desconocedor de sus problemas, nacido de libros y de aventuras juveniles europeas, un socialismo chato, poco inteligente, muy distante de las ideas humanistas, samaritanas, generosas, que dieron origen a esa corriente social. Un socialismo parecidísimo al que, junto a un tenso enfrentamiento racial, quiso imponer el presidente Alan García. Como que sus principales consejeros fueron los mismos jóvenes marxistas que inspiraron los traspiés militares de los años setenta.

Porque los dioses se compadecieron de nosotros en aquellos años de la «revolución militar», el Perú no llegó a caer en el abismo cubano, aunque sí estuvimos cerca de ello. En el Perú de esos días sólo se pensó en repartir, distribuir, arrebatar. Nadie habló a las masas de producción, de rendimiento, de efectividad, de eficacia, de capacidad; y, si alguien lo hacía nadie daba un centavo por su futuro político. Menos todavía si asociaba la efectividad empresarial a la creatividad, a la imaginación del individuo, a la tenacidad, dedicación y sacrificio del propietario. A aquello tan antiguo de «el ojo del amo engorda al caballo» que muy bien conocían y aplicaban nuestros abuelos.

Esas ideas desastrosas, basadas en hacer daño al que acumuló ganancias legítimas, con trabajo y perseverancia, enraizaron en el Perú y se consagraron como las mejores opciones a seguir.

Todo comenzó con la Reforma Agraria.

No porque no hubiera que hacerla –como que hay que borrar y seguir borrando todo tipo de explotación e injusticia donde éstas se encuentren–, sino porque esa reforma se hizo mal y sirvió para no acrecentar el rendimiento del agro sino para activar enconos y revanchas, abusos y tropelías. Los latifundios de la sierra eran una vergüenza, porque explotaban al campesino y porque eran, además, improductivos. Hoy, la situación en la sierra no ha variado en cuanto a productividad –los reformistas no se ocuparon de alentar y orientar al campesino– y si bien han desaparecido los latifundistas, no faltan otros explotadores en su reemplazo.



BUSTAMANTE: Pocos años antes de morir se acerca a OIGA para saludar a su director e instarlo a no cejar en la lucha por el estado de derecho...

En la costa era inaceptable el monopolio del algodón y el azúcar, controlado por tres o cuatro familias. Pero en lugar de dejar la industria en manos privadas y de promover auténticas cooperativas agrarias responsables de su gestión, integradas por trabajadores y técnicos, se optó por el colectivismo; y los frutos de la irresponsabilidad están a la vista. Tampoco se hizo justicia a los medianos y pequeños empresarios del campo –por lo general ingenieros agrónomos– que habían logrado alcanzar, manteniendo buenas relaciones con sus trabajadores, grandes rendimientos en fundos de cincuenta, cien y ciento cincuenta hectáreas. A éstos jamás debió alcanzarles la reforma. Eran el motor y el futuro de nuestra agricultura.



1945: El pueblo de Lima se congregó en el Estadio para aclamar al abanderado del orden democrático... Pero el Apra y la extrema derecha lo derrocaron.

En pocas palabras, la Reforma Agraria, desgraciadamente, significó no modernización del campo sino repartija de tierras. También hubo despojo de herramientas, maquinarias y casas–habitación. Significó la parálisis de la propiedad agrícola, porque la tierra dejó de ser un bien útil para financiar la actividad agrícola, para crecer y prosperar. La tierra sólo sirvió para vegetar en ella.

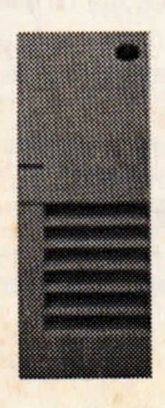
Con la Reforma Agraria no aumentó la producción; al contrario, bajó y siguió bajando, porque nadie o casi nadie se atrevió a cometer el sacrilegio de ir a contrapelo de los sacrosantos mitos de esos días, como el de la Reforma Agraria, y hasta hoy hay resistencia a corregir los errores que la hacen contraproducente a los intereses del país, empobrecedora de los pobres.

(No faltará quien, al leer estas líneas, se pregunte ¿por qué OIGA no apoyó en todo momento a Fujimori?... Y la interrupción vale para aclarar que esta revista se ha cansado de puntualizar que está de acuerdo con el lineamiento general de la política económica del actual régimen, pero que también, permanentemente, ha rechazado el sectarismo liberal con la misma convicción con que repudia todo fundamentalismo. Para OIGA las reglas del mercado deben tener excepciones, de acuerdo a la naturaleza de los pueblos y a las circunstancias del momento. Y también OIGA está en desacuerdo con las exageraciones ayatolistas, como la de hacer ilimitada la propiedad de la tierra, ya que esta disposición abre las puertas al latifundismo –que siempre será nefasto– y hará posible, aunque sea en teoría, en extravagante hipótesis, que un jeque árabe despistado o borracho o un Midas cualquiera se haga propietario del Perú entero. ¿Por qué no fijar extensiones tan amplias como lo recomiende la técnica y dejar abierta la posibilidad de ampliar esos límites cuando el interés nacional –igual que en las expropiaciones– amerite un acuerdo de ministros para el caso; y evitar así el otro disparate que es poner impuesto a las extensiones mayores, porque eso sería castigar a la eficiencia? ¿Por qué en Europa, que algo nos aventaja en experiencia, muchas cosas no se venden sino se conceden por 99 años?... Y, para completar el paréntesis, quede constancia de que la abierta oposición de OIGA al gobierno no es gratuita: OIGA cree que un gobierno no deja de ser dictadura por tener mayoría de votos –ahí están los ejemplos de Hitler y Mussolini– y estima que todo autoritarismo es ne-

(Pasa a la página 21)



LLEVE HOY A SU EMPRESA A UNA **nueva dimensión** CON EL MEJOR UNIX® DEL MUNDO.



RS/6000 de IBM.
Es abierto. Es UNIX. Es Poder.

Dos noticias que usted debe conocer: RISC System/6000® de IBM fue evaluado y calificado como el mejor sistema UNIX por el reconocido consultor D.H. Brown, y en el último Enterprise Management Summit, superó a todos los demás proveedores en la crítica prueba comparativa de sistemas y manejo de redes.

Interoperable

RS/6000™ de IBM y su sistema operativo AIX® están a la cabeza del mercado en sistemas operativos, experiencia profunda en computación de negocios y capacidad de interconexión con otros sistemas, incluyendo HP®, Sun®, DEC® y redes de PCs.

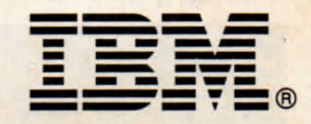
Escalable

Es más, los productos RS/6000 van desde computadoras portátiles hasta computadoras paralelas de alto rendimiento, todas ellas con el mismo sistema operativo, el robusto AIX. Esto protege su inversión actual, ya que le permite crecer sin perder la portabilidad de sus aplicaciones cuando su empresa requiera expandirse.

Versátil

En términos de software, con más de 10,000 aplicaciones comerciales y técnicas, su red podrá correr de todo, desde programas de ingeniería hasta contabilidad y las principales bases de datos como DB2/6000®, Informix, Oracle, Sybase e Ingres.

Llame hoy mismo a IBM para conocer todo lo que RS/6000 de IBM puede hacer por su empresa. ☎ 349-0050



gación del civilizado estado de derecho al que aspiran todos los pueblos anhelantes de un desarrollo sostenido).

Otro de los instrumentos revolucionarios que con ilusión y sano entusiasmo puso en marcha el gobierno militar fue la Comunidad Laboral. Idea alentada, sin duda, por nobilísimos propósitos y basada en impecable teoría sobre la armonización del hombre con su trabajo. Pero una cosa son los cálculos en el papel y otra la realidad. De allí que lo que se pensó como impulso a la productividad, como sustituto del sindicato, resultó constituyéndose en un añadido a las trabas que desalientan la producción.

Lo mismo podría decirse de la estabilidad laboral. Otra ley con esas buenas intenciones que empiedran el infierno, ya que, en lugar de aumentar los puestos de trabajo –que era lo que se pretendía– éstos fueron disminuyendo. Y, peor aun, esa disposición sirvió para destruir con suma eficacia la disciplina en los centros de trabajo.

Cuando se hicieron «irreversibles» estas disposiciones, muchas de ellas inspiradas en ideas saludables, pero todas contagiadas de resentimiento y mediocridad, a la vez que administradas por holgazanes, fue que se jodió el Perú. Fue entonces que el país comienza a desintegrarse, justo cuando la repartija se hace norma y el socialismo rampante de los cafés latinoamericanos en Europa se hace meta.

Fue un cúmulo de errores que explosionaron de pronto; errores que habíamos ido almacenando desde muy antiguo, desde aquel gran descalabro de Yungay. Porque –hay que decirlo de una vez– lo que se enseña en las escuelas, lo que opina don Jorge Basadre y lo que nos escribe un lector amable sobre Santa Cruz y la Confederación Perú–boliviana es un engaño que encubre, esconde, maquilla la verdad. Una verdad que por ser muy amarga, no es agradable reconocer. Pero que es verdad.

Nuestro primer gran contratiempo –repito– fue la destrucción de la Confederación. No porque Castilla o Gamarra hubieran sido traidores a la patria, que no lo fueron. Sólo a los peruanos nos satisface repartirnos como volante de circo el título de traidor. Sí fueron unos despistados que no vieron, ni siquiera olfatearon, lo que ocurría bajo los hechos que ellos vivían apasionadamente. Fueron políticos tan torpes que creyeron posible la anexión del Perú por Bolivia. Tremenda equivocación –imperdonable en quienes se estimaban estadistas–, alentada por Chile, país que sí veía un peligro para él –para su expansión– en la Confederación. De allí que se aplicara en ser asilo grato para los refugiados peruanos. Lo que no niega que Castilla fuera más tarde un excelente y patriótico administrador y que los dos fueran valiosísimos soldados –hasta geniales estrategas si se quiere– a los que les corresponden todos los méritos y honores de la derrota que sufrieron en Yungay los confederados del indio Santa Cruz. Al jefe chileno de la expedición, general Bulnes, sólo le correspondió –para desgracia nuestra– la victoria política. Con ello cumplió los planes trazados por Diego Portales, el gran estadista chileno que halagó y amparó a los deportados peruanos que encabezaron, bajo mando chileno, las dos expediciones restauradoras que culminaron en Yungay. Planes y estrategia detalladamente explicadas en carta de Portales que reproduce Jorge Basadre y que en un párrafo dice exactamente:



CASTILLA: No tuvo alcance en su análisis de la realidad peruana y se prestó al juego del visionario Diego Portales.

Fueron políticos torpes que creyeron posible la anexión del Perú por Bolivia. Tremenda equivocación.

«Va usted, en realidad –le escribe Portales a Blanco Encalada, jefe de la primera expedición–, a conseguir con el triunfo de sus armas la segunda independencia de Chile... La posición de Chile frente a la Confederación Perú–boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el gobierno porque ello equivaldría a su suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma la existencia de dos pueblos confederados y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un solo núcleo».

Lo que Portales veía con clarísima precisión –también así lo veía desde el campo opuesto Santa Cruz– no lo vieron los díscolos caudillos peruanos, con Castilla a la cabeza; pero, sobre todo, no lo veía la virreinal y engreída Lima, la amodorrada ciudad de la mazamorra y el arroz con leche. Tampoco lo ven nuestros historiadores y algunos de los lectores de OIGA que me han escrito sobre el tema. Sí lo vio Bolívar, quien no quiso un Perú fuerte e hizo del Alto Perú una nación independiente. Y, muchas páginas atrás en la historia, así también lo vio el virrey Manuel Guirior quien escribió en 1778, cuando se comenzó a hablar de la Audiencia de Charcas y de hacerla –como se hizo– dependencia del virreinato de Buenos Aires: *«El reino del Perú, Bajo y Alto, no admite división perpetua».*

Portales, con larga y aguda visión de estadista –Portales es el padre de la nación chilena– advierte que es natural la unión de los dos Perúes, que el idioma –el quechua y el aimara– los unifica, que habrá con el tiempo una ligazón inseparable con Lima capital, que la sierra y la costa –con paridad en el diálogo– unirán capacidades y recursos. Adivina él, chileno, lo que pudo ser este país y no fue –por obra de él, en parte–, mientras que los peruanos seguimos sin captar, sin sentir el problema del indio, queriéndolo eliminar borrando la palabra indio del diccionario. O entendiéndolo mal, soberbiamente, con desprecio, como lo entendía la frívola Lima de los años de la Confederación; la Lima que se rendía a los pies de Salaverry y Vivanco porque eran blancos, altaneros y poco sagaces; la Lima que detestó en Santa Cruz al indio. Así lo decían sus coplas:

Que este Alejandro huanaco
extienda hasta el Juanambú
sus aspiraciones viejas.
¿Por quí, humbre, el Bolivia dejas?
¿Por quí boscas la Pirú? ■

ANDANZAS DE UN PERIODISTA

Más de 50 años de lucha por la democracia en el Perú

por F. IGARTUA

CUMPLIR veinte años de vida, o quince o diecisiete, es disparar la imaginación al futuro, a lo que vendrá, es sentirse lanzado hacia adelante, es mirar el porvenir. Cumplir cincuenta años es sentirse en la plenitud de la vida, en lo alto de la montaña, viendo por igual el ascenso y el descenso. Pero al cumplir cincuenta años en una profesión, por más joven que se sienta uno, no hay cómo librarse de la mirada hacia atrás. Más, creo, si esos años han sido de periodista, oficio que, si se entiende correctamente, no puede estar desligado de la actualidad, de esos hechos que hacen vibrar a todos y que luego todos, en casas y plazas, discuten, silban o aplauden. Hechos que van haciendo la historia, la pequeña o la gran historia.

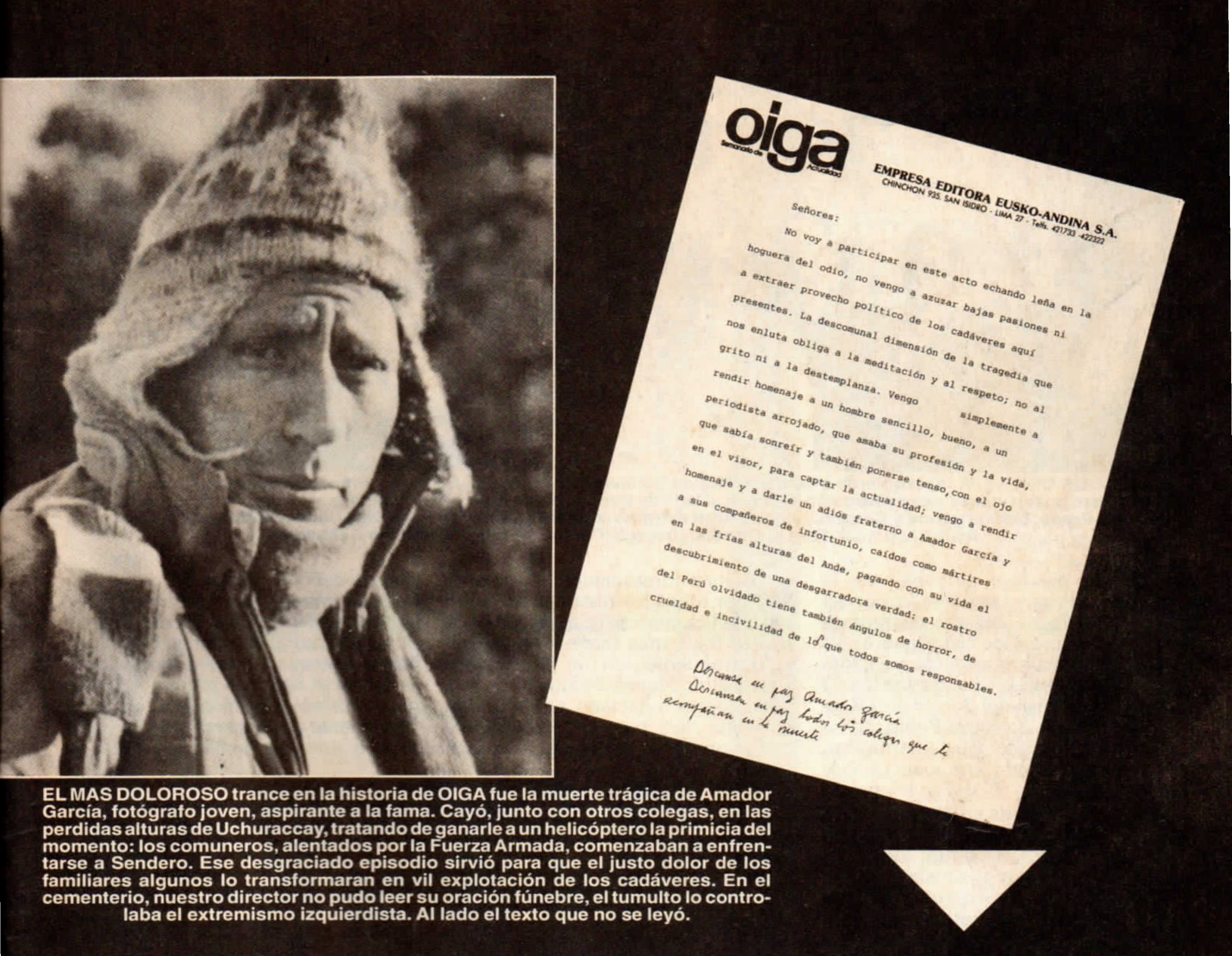
A los cincuenta años de haber estado prestando testimonio de lo ocurrido en la vida palpitante de tu alrededor es imposible sustraerte a los recuerdos. No hay cómo, a esas alturas del oficio, entregar demasiada curiosidad a lo que vendrá. Primero, porque la experiencia te hace vislumbrar, aunque con la incierta precisión de los adivinos, los sucesos que se aproximan. El porvenir no tiene, a los cincuenta años de periodista la emocionada inquietud que se tuvo al inicio de este oficio, algunas veces arte de escrutar secretos y otras dura pelea por defender verdades en las que crees e ideales que te impulsan a luchar contra vientos y mareas. Segundo, porque la preocupación por la actualidad, la noticia, el seguimiento de los sucesos, se te ha hecho rutina. Porque ha perdido encanto el descubrimiento de una novedad. Como que las novedades van siendo cada vez menos novedosas según pasan los años del periodista y como que se nos va desvaneciendo la capacidad de asombro.

Con este entristecido prolegómeno he querido demorarme en confesar que ya cumplí esos cincuenta años que, no sé por qué, se llaman o se llamaban de oro. Supongo que será porque hay que dar por descontado que después de cincuenta años de trabajo debe estar uno lleno de oro. Suposición, por supuesto, falsa. Más en este oficio, donde recolectar enemigos y sinsabores es mucho más corriente que cosechar amigos y agradecimiento.






JORGE AUBRY, JUAN SARDA, PACO CAMPODONICO Y EDUARDO ORREGO, los cuatro ángeles protectores para el relanzamiento de OIGA en 1962.



oiga
Semanario de Actualidad

EMPRESA EDITORA EUSKO-ANDINA S.A.
CHINCHON 935, SAN ISIDRO - LIMA 27 - Telfs. 421733 - 422322

Señores:

No voy a participar en este acto echando leña en la hoguera del odio, no vengo a azuzar bajas pasiones ni a extraer provecho político de los cadáveres aquí presentes. La descomunal dimensión de la tragedia que nos enluta obliga a la meditación y al respeto; no al grito ni a la destemplanza. Vengo simplemente a rendir homenaje a un hombre sencillo, bueno, a un periodista arrojado, que amaba su profesión y la vida, que sabía sonreír y también ponerse tenso,con el ojo en el visor, para captar la actualidad; vengo a rendir homenaje y a darle un adiós fraterno a Amador García y a sus compañeros de infortunio, caídos como mártires en las frías alturas del Ande, pagando con su vida el descubrimiento de una desgarradora verdad: el rostro del Perú olvidado tiene también ángulos de horror, de crueldad e incivilidad de lo que todos somos responsables.

Descansa en paz Amador García
Descansen en paz todos los colegas que te acompañan en la muerte

EL MAS DOLOROSO trance en la historia de OIGA fue la muerte trágica de Amador García, fotógrafo joven, aspirante a la fama. Cayó, junto con otros colegas, en las perdidas alturas de Uchuraccay, tratando de ganarle a un helicóptero la primicia del momento: los comuneros, alentados por la Fuerza Armada, comenzaban a enfrentarse a Sendero. Ese desgraciado episodio sirvió para que el justo dolor de los familiares algunos lo transformaran en vil explotación de los cadáveres. En el cementerio, nuestro director no pudo leer su oración fúnebre, el tumulto lo controlaba el extremismo izquierdista. Al lado el texto que no se leyó.

¿Qué día comencé a hacer periodismo? No lo sé. Sí que en los años cuarenta y dos y cuarenta y tres publiqué algunos artículos en un periodiquito de la Universidad Católica y, sobre todo, recuerdo que escribía en hojas eventuales que iban apareciendo y desapareciendo en esos años, al entreverse el inicio del proceso electoral de mil novecientos cuarenta y cinco. No siempre cobré por ellos, pero sí recibí muy a menudo buenas propinas. Entré en planilla en *Jornada*, en mil novecientos cuarenta y cuatro –con Miguel Benavides de director y Luis Bedoya Reyes de gerente– y desde entonces no he tenido otra fuente de ingresos que lo cobrado por escribir en la prensa. No he tenido, pues, otro oficio que el que comencé a ejercitar algún día de ese lejano cuarenta y dos.

Antes había escrito novelas –largas novelas– que nunca vieron la luz, que sólo yo leí; así como algunos versos y un hermoso cuento que conmovió a mis compañeros de la Facultad de Letras y que se perdió entre los buenos recuerdos universitarios de mi amigo Bruno Orlandini. También incursioné en el teatro y una pieza de humor satírico llegó hasta las marquesinas, aunque no llegó a representarse porque la temporada fracasó poco después del primer estreno. Llegué, pues, por las Letras al periodismo, como todos los periodistas de mi generación y de las generaciones que la precedieron.

De allí que no fueran políticas mis primeras colaboraciones en *Jornada*. Allí comencé comentando las noches de la bohemia limeña y haciendo crítica teatral, lo que una vez me llevó a cruzar algunos golpes de puño con Sebastián Salazar Bondy, más tarde entrañable colaborador mío en OIGA. No fue larga, sin embargo, mi espera para ingresar a la sección política, que era el tema al que estaban dedicados mis primeros escritos, publicados y pagados por los semanarios en los que se iniciaban las preocupaciones electorales que precedieron a la formación del Frente Democrático, que llevó a la presidencia de la República al doctor José Luis Bustamante y Rivero.

(Pasa a la página siguiente)

SEÑORES:
No voy a participar en este acto echando leña en la hoguera del odio, no vengo a azuzar bajas pasiones ni a extraer provecho político de los cadáveres aquí presentes. La descomunal dimensión de la tragedia que nos enluta obliga a la meditación y al respeto; no al grito ni a la destemplanza. Vengo simplemente a rendir homenaje a un hombre sencillo, bueno, a un periodista arrojado, que amaba su profesión y la vida, que sabía sonreír y también ponerse tenso, con el ojo en el visor, para captar la actualidad; vengo a rendir homenaje y a darle un adiós fraterno a Amador García y a sus compañeros de infortunio, caídos como mártires en las frías alturas del Ande, pagando con su vida el descubrimiento de una desgarradora verdad: el rostro del Perú olvidado tiene también ángulos de horror, de crueldad e incivilidad de los que todos somos responsables.

Descansa en paz Amador García.
Descansen en paz todos los colegas que te acompañan en la muerte. ■



MARCADOS CON ASPA (de izquierda a derecha) Miguel Benavides, Luis Bedoya Reyes y Francisco Igartua. A los costados del primero posan Juan Juarve y Augusto Tamayo; al lado de Bedoya están Arca y Raúl Varela; y a la derecha de Igartua posan Julio del Prado, Mario Herrera y César Alzamora. En el extremo izquierdo destacan Pepe Diez Canseco, Romero y Ventocilla. Arriba aparecen Feijoo, Otárola, Urteaga, Pedrín Chispa y Guillermo Benavides.

A este preclaro personaje de la política y las letras peruanas lo conocí en alguna fecha del año cuarenta y tres, fecha que a los historiadores les será fácil descubrir al leer la anécdota que va a continuación. Lo conocí muy de cerca en casa del doctor don Reynaldo Pastor y la señora Bebin, en La Colmena, donde los Bustamante eran huéspedes cuando visitaban Lima y donde a menudo estaba yo invitado a almorzar. En uno de esos almuerzos el doctor Bustamante llegó tarde y con cara de enfado. Se sentó, luego del saludo protocolar y amable que él acostumbraba, y con tono amargo dijo algo que me conmovió como pocos otros recuerdos me han conmovido:

–Vengo de Palacio, donde se me ha ofrecido la presidencia de la República en bandeja de plata, como si nos siguiéramos resistiendo a entender que el poder emana de la voluntad popular.

Gobernaba en esos días Manuel Prado, a quien el mariscal Benavides le había legado la presidencia en difíciles momentos internacionales. Pronto se iniciaría la guerra mundial, desatada por Hitler en setiembre de mil novecientos treinta y nueve. Había sido un gesto de paternalismo político que Benavides juzgó prudente en esa oportunidad. Y Prado intentó copiarlo. Quiso un sucesor obsecuente, a su medida. Se equivocó al creer encontrarlo en el atildado y pulcro embajador del Perú en Bolivia. No advirtió que detrás de la exquisita cortesía, de los afables modales del doctor Bustamante y Rivero se hallaba un hombre de carácter firme, un político con experiencia y, sobre todo, muy actualizado. Un demócrata, estudioso de la realidad peruana, un convencido de que el país tenía que modernizarse e integrar a la nacionalidad y a la producción a millones de peruanos que se iban consumiendo, abandonados, por todos los rincones de la patria. Y el camino para alcanzar estos nobles fines más tarde los trazaría, magistralmente, en un documento que se llamó Memorándum de La Paz, por haberlo redactado en la capital boliviana. Era muy simple: el Perú debía comenzar, desde los cimientos, a constituirse en una democracia real, en un estado de derecho. Tenía que aprender a vivir democráticamente, bajo el imperio de la ley, porque ésa era la mejor manera de integrar a los peruanos y el mejor cimiento para cualquier futuro desarrollo.

Sin querer me he adelantado al tiempo en esta explicación que hago de aquella lejana anécdota ocurrida en casa de los Pastor–Bebin, en La Colmena, en Lima. En esa ocasión, por casualidad, como he dicho, fui testigo inmediato del rechazo de Bustamante y Rivero a la presidencia que le ofrecía desde Palacio Manuel Prado. Un hecho resonante, porque días después la noticia se filtró a la prensa, lo que le dio notoriedad política al embajador Bustamante e hizo que se recordara que fue él el autor del Manifiesto de Arequipa, la proclama que dio lustre intelectual al derrocamiento de Leguía.

Desde Buenos Aires, el mariscal Benavides, quien, además de brillante militar, había sido el protector político de la República desde el año catorce, cuando salió en defensa del Parlamento y la Constitución contra la intentona golpista de Billinghurst, observaba preocupado la situación nacional y se sentía obligado a culminar su actuación política encauzando al

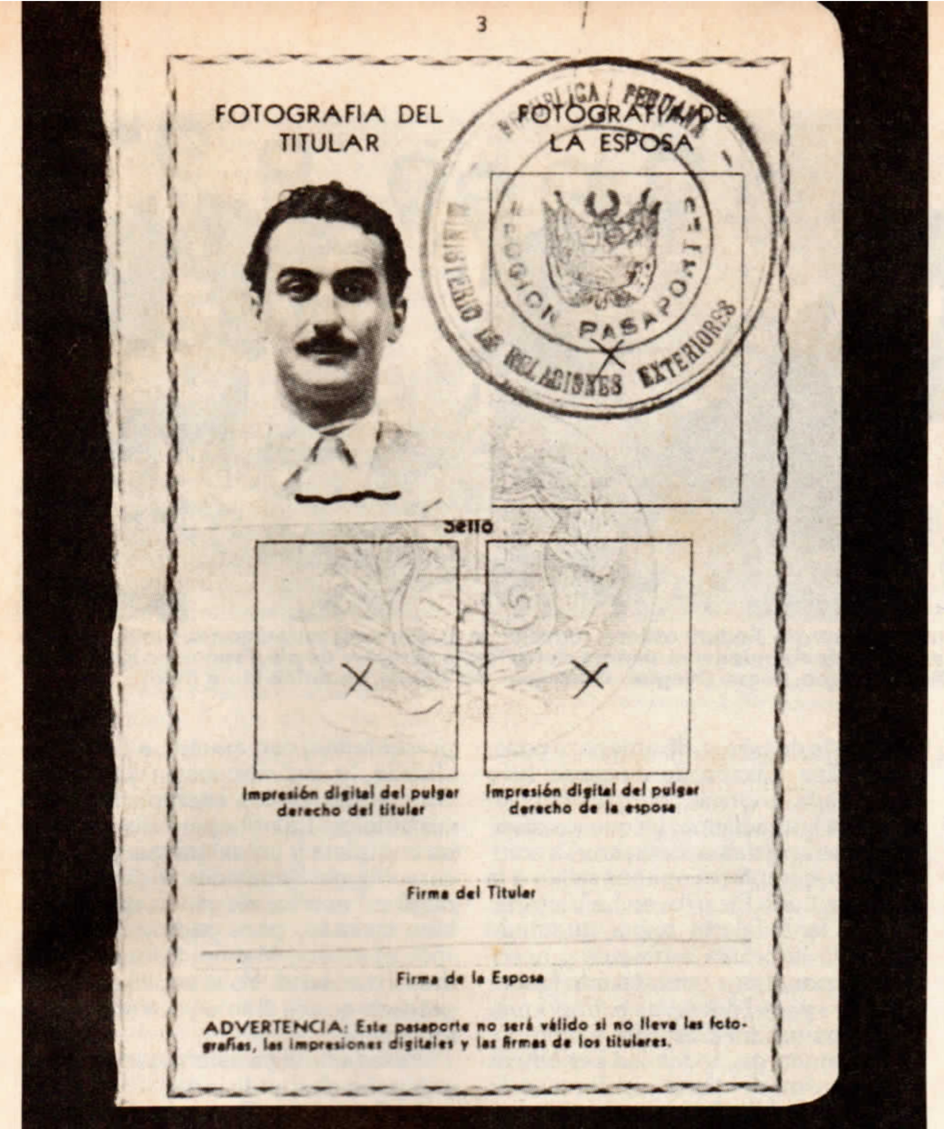


EN LOS PORTALES de la Plaza San Martín: Igartua, Doris Gibson y Juan Ríos, eran los años inaugurales de *Caretas*, poco después de la deportación de Igartua a Panamá (1952). Al lado: Carolina Arias, cayado y sostén de la economía de OIGA.



JESUS REYES: Más de treinta años compartiendo penurias e ideales.




3

FOTOGRAFIA DEL TITULAR

FOTOGRAFIA DE LA ESPOSA

Sello

Impresión digital del pulgar derecho del titular

Impresión digital del pulgar derecho de la esposa

Firma del Titular

Firma de la Esposa

ADVERTENCIA: Este pasaporte no será válido si no lleva las fotografías, las impresiones digitales y las firmas de los titulares.

CON ESTE PASAPORTE, sin firma ni huella digital –se negó a estamparlos– viajó deportado Francisco Igartua a Panamá y Chile. Retornó a la fuerza y se asiló en el diario El Comercio. En ese entonces ejercía la dirección de *Caretas*.



EN ITAL PERU: el día de la inauguración de los talleres de OIGA, con su tío político, el señor Carlos Ghislieri, flanqueado por don Luis Miró Quesada de la Guerra y Luis Miró Quesada Garland. Estos talleres le fueron incautados a Igartua en 1974 y hasta hoy, 20 años después, aún no le han sido restituidos.

Perú hacia la democracia. Juzgaba que debía ponerse término al paréntesis de 'orden, paz y trabajo' que él impuso, luego de la anarquía que se desató en el país, como secuela de la tiranía leguiísta (el mayor de los pecados de Leguía fue castrar las inquietudes políticas de los peruanos). Benavides sentía que su deber era alentar la formación de un gran frente democrático, del que no quedara excluido ningún partido. En ese entonces se encontraban perseguidos o deportados los miembros del Apra y de la Unión Revolucionaria, responsables –más el Apra que la VR– de los delirantes años de guerra civil que habíamos vivido hasta el asesinato del presidente Sánchez Cerro.

Había que encontrar a alguien que uniera a todos los peruanos que quisieran iniciar una etapa democrática. Y es entonces que Benavides ve en Bustamante, el hombre que le había rechazado a Prado la presidencia puesta en bandeja, a la figura con capacidad de encabezar ese gran movimiento hacia la democracia. Bustamante acepta, aunque pone sus condiciones en el Memorándum de La Paz.

Pero esto es historia, contada a groso modo, sin los matices que rodearon los hechos esenciales que he descrito. Lo que en mis recuerdos de periodista importa es que, paralelamente a esas tratativas e intrigas políticas, se funda un periódico que haría historia en la prensa nacional: *Jornada*. Allí fue donde, usando el lenguaje taurino, recibí la alternativa de periodista a tiempo completo. Aquel humilde periódico –muy bien diseñado– habría de ser, quién sabe, la más bella aventura del periodismo peruano de este medio siglo. Una hoja. Una sola hoja, que eso era Jornada, se alzó como vocero del Frente Democrático y se enfrentó a todo el resto de la prensa local, de la gran prensa tradicional, de los diarios que siempre habían dictado el rumbo de la política peruana. Al comienzo, en una oportunidad, fue asaltada por la policía la imprenta donde se editaba Jornada e incautadas las 'formas' –vivíamos la época de la tipografía y los linotipos– que estaban listas para imprimirse. Fueron llevadas a la Prefectura; que sigue estando donde y como estaba y donde, se me ocurre, muy pocas cosas deben haber cambiado. La clausura fue breve. Y yo me ofrecí, inconsciente, de puro joven, a acudir a esa dependencia policial para recoger los 'restos' de la edición secuestrada. En esas épocas entrar en las zonas policiales era algo parecido a adentrarse en terreno enemigo en tiempos de guerra. Podía uno quedar allí preso. Y ya había conocido yo el año anterior la horrenda realidad de las cárceles peruanas. Fue por pegar unos afiches de protesta universitaria.

La hoja solitaria pronto creció a cuatro y algunas veces a ocho páginas, pero por falta de rotativa tuvo que imprimirse en varias imprentas a la vez. Se llegó a más de cien mil ejemplares diarios... Y la hoja, *Jornada*, venció en esas elecciones nacionales. La razón se impuso a la sinrazón, la movilidad al inmovilismo. El Frente Democrático tuvo un triunfo arrollador.

Sin embargo, la unidad democrática duró muy poco. La absurda impaciencia de Haya de la Torre por sentarse en el sillón de Pizarro, el sectarismo aprista, la arrogancia fascista del Jefe Máximo, haciendo que los parlamentarios de su partido le entregaran, ante una multitud vociferante, sus renuncias en blanco a los mandatos que habían recibido en las urnas,

(Pasa a la página siguiente)



AGASAJO A MORE en el hotel Maury: sentado, al centro, Federico More, rodeado de Guillermo Hoyos Osores, Emilio Armaza y otros periodistas de la época. Ravines acababa de abandonar el salón. En el extremo derecho, de pie, Francisco Igartua. En el grupo se distingue a Pepe Diez Canseco, Lucas Oyague, «Charapa» del Aguila, Federico More (hijo)...

fue el inicio de esos 'Tres años de lucha por la democracia en el Perú', título del libro en el que el doctor José Luis Bustamante y Rivero relata el desquiciado afán aprista por capturar el poder desde dentro del gobierno, incumpliendo el compromiso del Memorándum de La Paz. Oposición desde adentro que luego se transforma en conspiración abierta, lanzando a la marinería contra sus oficiales e instigando a los soldados contra sus jefes. Así se destruyó la esperanza democrática que entusiasmó al Perú, sin estridencias jacobinas, en julio de mil novecientos cuarenta y cinco. Un entusiasmo que, sin embargo, por línea de carrera, tuvo que ser fugaz en tierras afectas al «¡vivan las cadenas!».

En la primera escaramuza de la insensatez aprista por dominar el poder, le tocó a la prensa recibir el palo y la bala de la bufalería aprista. Fue el 7 de diciembre del cuarenta y cinco, en el Parque Universitario, donde la ciudadanía democrática se había dado cita para protestar contra la ley por medio de la cual el Apra intentaba amordazar a la prensa. Hubo muertos y heridos. Entre éstos el caricaturista de *Jornada*, Paco Cisneros, a quien le cayó una bala en la pierna. Los redactores de *Jornada* estuvimos allí en primera fila. Y al día siguiente salió una vigorosa edición de repudio a los métodos fascistas del Apra. Tuve en ella activísima participación y poco más tarde fui nombrado jefe de redacción.

Antes de ese nombramiento y de los sucesos del Parque Universitario ocurrió el episodio de Góngora Perea, un diputado aprista que, en reportaje que le hice, confesó que él estaba contra la ley de la mordaza a la prensa, pero que en el 'partido' no había posibilidad de disentir y que en la Célula Parlamentaria se vivía un ambiente de terror, de amenaza constante. Esa edición de *Jornada* tuvo una tirada enorme, pero la circulación fue limitadísima, ya que los disciplinarios apristas se dedicaron a comprar los ejemplares apenas salían a la calle, en Luna Pizarro, en La Victoria. Antes, la bufalería había intentado tomar la imprenta a balazos y nosotros respondimos también con fuego, dirigidos por el dueño de la imprenta, el eximio tirador César Injoque.

Sin embargo, todos los periódicos se ocuparon del tema y el semanario 'Vanguardia' de Eudocio Ravines publicó íntegra mi entrevista a Góngora, mi respuesta a la rectificación que al día siguiente el Apra le obligó a firmar y una nota de Ravines que concluía con esta frase: *«Y así nace un periodista y se entierra un diputado. ¡Acta est fabula...!»*.

Algún tiempo después logré entrevistar a Haya de la Torre. Entrevista que me volvió a lanzar a la fama. Esa fama que, como las páginas de los periódicos, dura apenas unas horas o semanas. La diosa actualidad es cruel con nosotros los periodistas, sus adoradores. Siempre tiene a la mano una nueva novedad para hacer olvidar a la anterior.

Aquella entrevista a Haya fue un encuentro con él en el restaurant 'Chez Víctor', en la Plaza San Martín, seguido de unas preguntas presentadas por escrito en *La Tribuna*, el diario aprista. Cuando fui a recoger las respuestas, una tremenda pateadura de los búfalos me mandó al hospital. (Entre los atacantes estaba Colina, a quien creo apodaban 'El Carretón', quien años después fue mi compañero en el destierro, en Panamá). La situación que este hecho produjo, significó mi retiro de *Jornada*.

Yo di por hecha la entrevista. Las preguntas habían sido debidamente presentadas, con anuencia del entrevistado, y las respuestas se habían concretado en los cachiporrazos de sus búfalos. La nota periodística estaba completa y yo exigía que se publicara. Miguel Benavides, el director, se negó a hacerlo, alegando que lo habían visitado, para pedirle disculpas «por el error», Manuel Seoane y Andrés Townsend. Yo le repliqué que el pateado no era él sino yo. Y me quedé en la calle.

Pero la nota ya estaba escrita y era una pena desperdiciarla.

La llevé a 'La Prensa' y Guillermo Hoyos Osores la acogió con regocijo. Al día siguiente 'El Comercio' me pidió si podía variar algo la redacción, para no aparecer reproduciendo una entrevista del diario competidor, a lo que de inmediato me allané. Así también se publicó en 'El Comercio', aunque con redacción variada, la misma historia de las preguntas a Haya, con la pateadura aprista por respuesta.

En esa ocasión trabé amistad con Guillermo Hoyos. Amistad que se fue estrechando con el tiempo, a pesar de un grueso nubarrón intermedio, y que hasta hoy dura. Demás está decir que ingresé como redactor a 'La Prensa'.

Fue pocos días antes de que cayera asesinado Pancho Graña, su director. Y a mí, fulgurante estrella reporteril, me tocó hacer el seguimiento de ese nuevo crimen aprista. Pero esto ya es una historia larga que se puede transformar en una autobiografía –quién sabe muy aburrida–, y no en la nota periodística sobre mis cincuenta años en el oficio, que es lo que me he propuesto al iniciarla.

He hablado de mi amistad con Guillermo Hoyos Osores, uno de los más lúcidos y más brillantes analistas del acontecer peruano y mundial. Amistad que me honra y me hace recordar que, por piadosa decisión del destino,

mi vida periodística ha estado ligada a las cumbres del periodismo peruano de este siglo. Soy amigo estrecho, repito, de Guillermo Hoyos; tuve amistad casi de padre a hijo con Federico More, *«el prosista de mi generación»*, como dijo César Vallejo, y el más grande periodista que he conocido; me concedió cariñosa y decidida amistad don Luis Miró Quesada, patriarca de la prensa nacional; fui amigo y después agrio enemigo de Eudocio Ravines, otro de los grandes de la prensa, con quien terminé reconciliado en el destierro, en México, donde admiré su agudísima inteligencia –previó lo que ocurriría en el Perú y me aconsejó no volver–, aunque no me convenciera su posición extremadamente reaccionaria, más que por convicción por necesidad y por dolido resentimiento con quienes le arrebataron algo que nadie puede quitar: la nacionalidad. Todos ellos, en una u otra forma, fueron mis maestros. Todos mucho mayores que yo y todos eximios dominadores del oficio, además de escritores de nota y hombres de inusual talento. En eso el Destino ha sido pródigo con quien hoy recuerda sus cincuenta años de periodista.

También la providencia fue bondadosa conmigo, al haberme permitido –poniendo aparte estos años que acabo de relatar– escribir siempre en periódicos de mi propiedad, sin atadura alguna, tomando los riesgos y las decisiones dictadas por mi conciencia y en el tono en que se me iba la pluma, no siempre dentro de la mesura que tanto gusta a la gente limeña. Fundé *Caretas* y *OIGA*, aunque ésta tuvo un primer nacimiento en noviembre de mil novecientos cuarenta y ocho, ocasión en la que también conté con la ayuda decisiva de Doris Gibson, mi socia, mi colaboradora, mi compañera, mi sostén en *Caretas*, que apareció el año cincuenta. Pero éste es asunto que he tocado ampliamente en un ensayo sobre la prensa revisteril que publiqué años y atrás y que, quién sabe, reaparezca en esta edición con algunas enmiendas y añadiduras.

En los años que pasé desterrado en México, tampoco el destino fue esquivo conmigo y me permitió hacer periodismo con amplísima libertad, aunque limitado al área cultural. Fui director del *Suplemento* de la cadena del Sol. Algo así como un millón de ejemplares distribuidos en los diarios de la cadena. Entre ellos *El Sol de México* y el *Occidental de Guadalajara*. En esa aventura mexicana no dejé de escribir sobre política, aunque anónimamente en los editoriales de *El Sol de México* (el diario del DF) y, por lo tanto, sujeto a los temas dictados por la dirección del periódico. Lo que me dejaba un cierto amargo sabor interior, ya que me había acostumbrado a



INICIOS: Igartua escribe sus primeros artículos en «Punto y Coma», en la Universidad Católica. En la foto, detrás de Víctor Andrés Belaúnde.

estar siempre al otro lado del escritorio. Sobre asuntos internacionales y culturales publicaba artículos firmados en la página editorial. También hice de corresponsal viajero cuando, en vida de Franco, México rompió relaciones hasta de correo con España. Yo viajé con mi pasaporte peruano y un carnet de OIGA, falsificado en la imprenta de *El Sol*, a París y, desde Biarritz, ingresé a España en taxi. Mi primera visita en San Sebastián fue a Enrique Mujica, quien no era bien visto por la policía en aquella época y quien tiempo después llegaría a ministro de Justicia de Felipe González. Se rió con burla al verme desterrado por los militares... Pero ésta ya es otra historia, que me lleva a la autobiografía. Fue bueno aquel destierro mexicano. Guardo muy gratos recuerdos de él.

Toda la vida he escrito, y con desbordada fogosidad, de política. Pero nunca he tomado parte, por muy personales escrúpulos, en la pugna por alcanzar una posición o cargo político. Políticos han sido todos mis editoriales, desde aquel con el que

DIRECTORIO

México, D. F., a 27 de Febrero de 1977

ORGANIZACION EDITORIAL MEXICANA, S.A.

Mario Vázquez Raña
Presidente del Consejo de Administracion

Benjamin Wong Castañeda
Director General

Jorge Viart Ordóñez
Gerente General

Francisco Igartúa
Responsable de la Edicion

DE 1974 a 1978, durante el exilio en México, Igartua ejerce la dirección del Suplemento Cultural de la Cadena El Sol y escribe en la página editorial de El Sol de México, el diario de la capital.

apareció OIGA en mil novecientos cuarenta y ocho y que hoy vuelvo a repetir en esta edición y también el primero de *Caretas*, en el que explicaba por qué le había puesto ese nombre a la revista: porque *«no se podía tocar las caras de los acontecimientos»* debido a la dictadura impuesta por Odría.

Han sido cincuenta años de duro batallar en la política y no siempre estuve acertado en mis juicios. Algunas veces me dejé llevar por el arrebato y la pasión. Me equivoqué con cierta frecuencia y cometí errores, unos que avergüenzan y otros que dan pena. He estado y estoy lejos de la aburrida perfección –¡qué duda cabe!–, pero jamás hice algo contrario a mi modo de ser, al carácter que heredé de mis mayores. Hoy, en el terreno de las ideas, no soy el mismo de mis años mozos y, en el curso del tiempo, he variado de opinión en distintas oportunidades. En lo que sí no he cambiado es en mi lucha íntima para llegar a más moralmente, en mi persistente, en mi terco afán de ser leal a lo que yo creo es verdad, prefiriendo, como quería el Quijote, doblegar mi juicio a favor de los pobres, de los menesterosos, de los perseguidos y endurecerlo frente a la arbitrariedad del poder.

Como ejemplo de estas variaciones de posición política puedo recordar que, como la mayoría de la juventud latinoamericana, me sacudí de emoción al ver a Fidel Castro entrar victorioso a La Habana y me sentí orgulloso de su revolución. Visité Cuba e hice buena amistad con Fidel. Sin embargo, ya en diciembre del sesenta y uno escribí en Caretas, bajo el título de 'Castro, el derrotado': *«Un círculo vicioso en espiral ha llevado a la revolución, de claudicación en claudicación, a los pies del Kremlin»*. Pronto, mucho más pronto que otros, advertí que *«Fidel Castro había sido el gran derrotado de la revolución cubana... que por distintas razones se dejó vencer y quedó dentro de una revolución que ya no era la suya»*. Es un análisis adolorido del proceso cubano que me gustaría se pudiera reproducir en esta edición.

Muchos son los amigos y compañeros con los que he compartido el pan y el agua de las inquietudes que nos conmovieron en las distintas épocas pasadas. No debería mencionarlos, porque muchos serán los olvidos injustos y grandes los vacíos en los recuerdos. Pero ¿cómo callar, qué puedo hacer si ahora mismo estoy viendo a Paco Miró Quesada, con quien compartí intensamente las preocupaciones juveniles de los años cuarenta y dos y cuarenta y tres? Y al otro Paco, al amigo íntimo, intimísimo, con entreactos de riñas violentas: a

(Pasa a la página siguiente)

Paco Moncloa. Paco Moncloa, mi aguerrido colaborador, junto con la espigada y macilenta figura de Sebastián Salazar Bondy, en los momentos de más intensa lucha en OIGA. Moncloa fue mi compañero de aventuras desde los claustros de la Católica, en la Plaza Francia; fuimos hermanos casi siameses frente a la máquina de escribir, como si diéramos concierto de piano a cuatro manos. Quedamos distanciados antes de su muerte por diferencias ideológicas que siempre habíamos tenido, pero que la dictadura militar hizo insalvables. ¿Cómo no mencionar a José Diez Canseco, Mario Herrera y César Alzamora, mis primeros maestros de periodismo en *Jornada*? La *Jornada* de Miguel, Jorge y Guillermito Benavides. También de Mario Belaúnde. Cómo olvidar a Juan Juarve y Juarve, el puertorriqueño empecinado en la ilusión independentista de su isla. Y al poeta Augusto Tamayo, a Luis Durand, a Julio del Prado (hermano de Jorge) y a Luis Bedoya Reyes, el gerente de Jornada, que terminó siendo un excelente editorialista, y con quien guardo hasta hoy –a pesar de muchas diferencias– una firme y sincera amistad.

Hago estas menciones, no sólo por el vivo recuerdo de ellos, sino también para subsanar mi silencio, aunque involuntario, a la muerte de Esteban Pavletich, camarada de bohemia, hermano mayor en surrealistas actividades literario–periodísticas, despilfarrador de energía y salud –dolorosamente sentado en silla de ruedas, sin piernas, durante sus últimos años–, hombre que supo saborear la vida y me enseñó a saborearla. A él va este recuerdo especial, y no tardío porque en el más allá el tiempo no cuenta. No tanta amistad me unió con otro hombre de la izquierda marxista, aunque nuestra relación fue más larga y más vinculada con el oficio periodístico: el 'cuate' Genaro Carnero Checa, el más hábil de mis rivales en la pugna revisteril y caluroso amigo en las horas de bohemia y en el trotar por el mundo. Coincidimos un tiempo en su México querido.

Ninguno de estos amigos era del agrado de Juan Ríos, el poeta que ejerció el periodismo desde su 'Tierra de Nadie'. Lo recuerdo vivamente. Fue la presencia de la moral laica en la mayor parte de mi vida en *Caretas*, el consejero cansino pero certero que me siguió al refundar OIGA en mil novecientos sesenta y dos y con quien compartí angustias y reflexiones, en estrecha amistad, hasta mi destierro del año setenta y cuatro. A Juan le debo muchos aciertos, el aliento ético en mis momentos más difíciles –en las horas de mayor desconcierto– y también amargos desencuentros, grandes desentendimientos. No fuimos almas gemelas, pero nos quisimos mucho, nos acompañamos intensamente durante un largo recorrido.

Sin embargo, mi vida periodística no la puedo entender si no la veo acompañada de los hermanos Reyes, de Alfonso y de Jesús. Sobre todo de este último, a quien todo le debo en lealtad, colaboración, en similitud de ideas, en igualdad de reacciones en este complejo y siempre cambiante oficio. ¡Quién sabe si OIGA fuera otra cosa sin los hermanos Reyes!

Y ahora, a estas alturas de esta nota que, como toda obra periodística es volandera, *«hecha al pie del linotipo»* –como decíamos ayer–, me viene la angustia de los olvidos y veo amigos que, aunque no fueron periodistas, tuvieron mucho que ver con *Caretas* y OIGA: a Guillermo Ugaz, el mellizo Silva, a Alberto Vascones, a Herless Buzzio, a Eduardo Orrego, a Jorge Aubry, a Juan Sardá –buen colaborador, además, en la sección Economía–, y a tantos más, como Pepe y Luis Durand y los otros tres Pacos, Paco Campodónico, Paco Bendezú y Paco Belaúnde, que compartieron conmigo muchos de estos cincuenta años de oficio periodístico y de combate por hacer de este país una patria habitable, donde, como decía don Federico More, pudiéramos entendernos en libre discrepancia y en honesta convivencia.



EN EL GENERAL de Santo Domingo, con Donayre, Ferreyros, Grados y otros, dando instrucciones al fotógrafo Cerna.

Muchas veces he escrito que en cuestiones de dinero a mí siempre me han administrado. Y es verdad. Jamás me interesé mucho por los asuntos económicos de mis empresas. Y poco después de mi retorno al Perú, luego del destierro mexicano, este hecho se hizo absoluta realidad gracias a la aparición en OIGA de Carolina Arias, cayado y pastor de las finanzas de la revista. Mujer bíblica por lo fuerte y por su atinado manejo de las arcas, muchas veces escuálidas, de OIGA. Cuando digo que a mí me administran, ya saben quién lo hace hoy, desde hace mucho tiempo. ¿Qué sería de OIGA sin nuestra hada madrina?

En estos cincuenta años he conocido y tratado a todos los presidentes y dictadores del Perú de ese lapso, desde Manuel Prado –primer gobierno– hasta Alan García. Nunca he visto de cerca ni le he estrechado la mano a Alberto Fujimori. No he tenido ocasión de hacerlo. Con Manuel Prado, como ya relaté, conocí por primera vez los horrores de las cárceles del Perú, aunque fue fugaz mi paso por esas mazmorras. Del doctor José Luis Bustamante y Rivero guardo el recuerdo del caballero amabilísimo, pero firme en sus convicciones, con profunda preocupación por el destino patrio, por integrar a la nación, dentro del imperio de la ley y comprendiendo el desamparo de los peruanos sufrientes. Lo recuerdo, hace pocos años, ya en la ancianidad, subir la escalerilla de caracol en las oficinas de OIGA en la calle Chinchón en San Isidro, para saludarme no sé por qué motivo y, sobre todo, para instarme a seguir combatiendo por el respeto a la ley y a la democracia, por un orden jurídico que no margine a ciudadano alguno y no permita el abuso contra nadie.

A Manuel Odría, general y dictador, a quien le debo duras prisiones –la primera, apenas fundada OIGA, en mil novecientos cuarenta y ocho–, despiadadas persecuciones y una deportación a Panamá, como director de *Caretas*, lo traté en varias ocasiones y lo describí con sus pequeños y vivaces ojillos, como diminutos puñales, en una crónica donde daba cuenta del enfrentamiento que tuvo *Caretas* con él, el día en que invitó a la prensa para 'conversar' sobre las elecciones que el país exigía en mil novecientos cincuenta y cinco. Allí, en los salones de la casa presidencial de La Perla, Carlos Enrique Ferreyros, con Doris Gibson y yo a su lado, leyó en la cara de Odría el texto redactado por mí para la ocasión. Fue la primera vez que en voz alta se le reclamaba al dictador la 'derogatoria de la ley de Seguridad Interior de la República, reforma sustancial del Estatuto Electoral y amnistía general', como condiciones esenciales para *«alcanzar la etapa democrática a la que aspiramos»*. Esa presión, iniciada con ese texto mío leído por Ferreyros, fue creciendo hasta que se hizo posible la elección del cincuenta y seis y, antes, las jornadas cívicas que hicieron de Fernando Belaúnde el líder del futuro partido Acción Popular.

Con Fernando Belaúnde Terry mis relaciones han sido siempre amables, dentro de la distancia que él guarda en su trato personal aun con sus amigos, salvo sus pocos íntimos amigos. Lo he tratado mucho. Más en sus campañas electorales que en la presidencia. Y lo

(Pasa a la página 31)

En el Restaurant La Esquina todos nuestros clientes comparten un rasgo en común.

"En el Centro de Miraflores"

"Preciosa Decoración"

"Comida de primera"

"Realmente exclusivo"

"Excelente atención"

"La mejor bodega"

"Son especialistas en cocina y atención"

"Estacionamiento Gratuito"

"El punto exacto entre calidez y elegancia"



Esquina La Paz con Diez Canseco, Miraflores. Teléfono 444 1212.

R.U.C. 18093219



LOS UNICOS AVISOS QUE HABLAN

están identificados con el logotipo



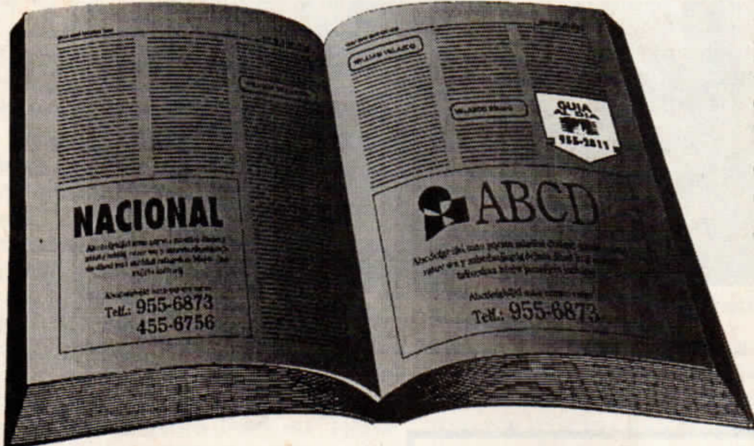
en la



todo lo que tiene que hacer es marcar el

955-2811

y decir dígito por dígito el número de la página o (código) donde aparece el aviso que a Ud. le interesa. Pruebe ahora mismo, obtenga información al día.



Por ejemplo:

Para conocer los itinerarios y tarifas de **FAUCETT**
diga después del (beep) **0** (beep) **0** (beep) **5**
Para las Ofertas de la semana de **HOGAR**
diga después del (beep) **0** (beep) **1** (beep) **0**
O el menú ejecutivo del Restaurant **PLAZA SPORT**
diga después del (beep) **5** (beep) **7** (beep) **4**

Usted puede pedir a nuestro Sistema Interactivo **POR VOZ** información adicional sobre avisos publicados en la GUIA 2000

Relación de anunciantes con servicio GUIA AL DIA

	PAG.		PAG.		PAG.		PAG.		PAG.		CODIGO
A. BORDADOS Y APLICACIONES	130	CONKER S.A.	201	PRESICION HISPANA DEL PERU	105	ELECTRONIC SYSTEMS	387	RADIO RBC	548	REVLON	015
ABC CORPORATION S.A.	190	CREACIONS SHEYLA S.A.	206	ROSALES DIESEL S.A.	99	EMP. EDITORA EL COMERCIO	510	RADIO SUPER LATINA	543	EL PACIFICO - PERUANO SUIZA	026
ACADEMIA JOHNNY BELLO	18	CHIFA LUNG FUNG	230	SCORPIO MOTORS S.A.	100	EMP. EDITORA EUSKO ANDINA	592	RESTAURANT COSTA VERDE	577	GLOBAL TELEVISION	029
AEROPERU	26	DELTA INTERNATIONAL S.A.	194	SOROBAN S.A.	83	EMPRESA EDITORA CARETAS	590	RESTAURANT LA CARRETA	565	KF MOTORS	011
ALARMAS BOXER	43	DONNA S.A.	228	TCI COMUNICACIONES	200	GIM INSTITUTO DE BELLEZA	348	RESTAURANT LOS CEVICHES	571	MEMO 2000	014
APRIL DISTRIBUIDORA	282	EDITORA NACIONAL S.A.	244	TERMOTROL S.A.	42	GRUA BOLIVAR	315	RESTAURANT PASTA PRONTA	573	MONITOR	030
AUTOMOTRIZ SUD. AUTESA	95	EL ZALONAZO	246	VEGATRONIC	106	HILTI FIXA S.A.	318	RESTAURANT PLAZA SPORT	574	PLASTICOS HUDE	017
BANCO CONTINENTAL	108	ELECTRONICA WYNK	72	A. REPRESENT. GENERALES	54	INST. DE BELLEZA AMARIGE	349	RESTAURANT RINCON MARINO	563	RADIO MAR	018
BECOM S.A.	260	HOGAR S.A.	232	AG. FUNERARIA A. MERINO	306	INTEGRALIA S.A.	500	RESTAURANT VIVALDI	584	RADIO MIRAFLORES	020
C.C. CAMINO REAL	160	INDUSTRIA EL CISNE S.A.	182	AGREGADOS CALCAREOS S.A.	450	LA GRANJA VILLA	504	SERGER S.A.	606	RENTACEL	007
CARBOLAN S.A.	272	INST. GINEC. Y REPRODUCCION	174	ALFREDO PIMENTEL S.A.	382	LICORERIA SEGUEL	370	TARGET PUBLICIDAD	534	RESTAURANT EL CORTIJO	023
CASINO GOLDEN PALACE	158	JUAN R. WONG YON S.R.L.	98	CAMERE Y ASOCIADOS S.R.L.	389	MIMO S.A.	633	TOMMY'S	350	RESTAURANT VILLA NOVA	022
CENTRAL 911 S.A.	44	LA ISLA DEL PARAISO	247	CASA DE LA FOTOGRAFIA	299	MOR S.R.L.	541	UNIV. CATOLICA DEL PERU	649	REVISTA GENTE	019
CENTRO ORAL	236	LE MONDE S.A.	90	CENTRO ESPEC. DIAGNOSTICO	357	OLTURSA EMP. TRANSPORTE	642	VITROREX	520	ROAMING 2000	008
CIA. HIDROEQUIPOS S.A.	128	MANUTEX S.A.	47	COMEDOR INFANTIL	327	ORTOPEDIA GLINSA	494		CODIGO	STAFF DENTAL	016
CLINICA DENTAL STA. APOLONIA	238	MASSIF INGENIEROS S.R.L.	277	DANY S.A.	457	POLICLINICO FOSCECMI	404	ALERTA MEDICA	001	TELE 2000	012
CLINICA MATER DEI	177	MULTIDENT	239	DATA VOICE S.A.	624	PROPERU PUBLICIDAD	533	ALO USA	032	TELE CABLE	012
CLINICA ROSALIA DE LAVALLE	172	NEPTUNIA S.A.	50	DISTRIBUIDORES VEGA S.A.	556	PUBLICIDAD VISUAL CORP.	499	CELULAR 2000	012	TELE POINT	012
CLINICA SAN LUCAS	176	PLANING-EST S.A.	82	EKONO LLANTAS	381	RADIO PANAMERICANA	545	COMP. AVIACION FAUCETT S.A.	005	TELE VAN	004
CLINICA STA. MONICA	175	POLYTEMP DEL PERU	41	EL S.A.	630	RADIO PROGRAMAS DEL PERU	546	COMPLEJO RANSA	002	TOYOTA DEL PERU S.A.	013

Para mayor información sobre GUIA AL DIA marque el 955-2811 y diga (beep) 2 (beep) 2 (beep) 2



EL SABOTAJE contra la economía de OIGA comenzó en el gobierno de Alan García Pérez.





MUY POCAS VECES el periodismo escrito actúa en favor de sus propios intereses; generalmente se entrega a las grandes causas nacionales, que es a lo que lo instan sus lectores, y en muchas oportunidades defiende intereses de terceros que coinciden con los nacionales. En las fotos, Dionisio Romero –a la izquierda– y Guillermo Wiese celebrando el triunfo después de la toma de los bancos, una medida con la que el gobierno pensó controlar la publicidad...

conozco desde los primeros pasos de *Caretas*, cuando él dirigía la revista *El Arquitecto Peruano*. Creo que su conducta personal y cívica ha sido siempre irreprochable y fue bueno su primer gobierno, al que en sus últimos tramos combatí con la irresponsabilidad de que son capaces los jóvenes, alentado por irreflexivas ansiedades de ir más aprisa en los cambios sociales. Esa violenta actitud mía nos alejó, más todavía cuando se produce el golpe militar de Velasco, pronunciamiento castrense con el que nada tuve que ver.

Conocí al general Juan Velasco mucho tiempo después. En Playa Hermosa, en casa de uno de mis pocos amigos militares, el 'machote' Rodríguez. Al ingresar al salón, Velasco me estrechó la mano y me dijo:

–Lo conocí apenas se abrió la puerta y me pregunté: ¿cómo será este periodista que tanto nos apoya y yo no lo conozco?

Ya he explicado mil veces que estuve al lado de la 'revolución' militar porque comenzó haciendo la reforma agraria y recuperó la Brea y Pariñas –banderas de lucha de mi generación–... Fue una enorme equivocación. Los militares, por buena voluntad que tengan, no están hechos para gobernar y nunca entendieron eso del socialismo en libertad. Me equivoqué, pero nunca cedí ni me agaché. Y bien

(Pasa a la página 33)

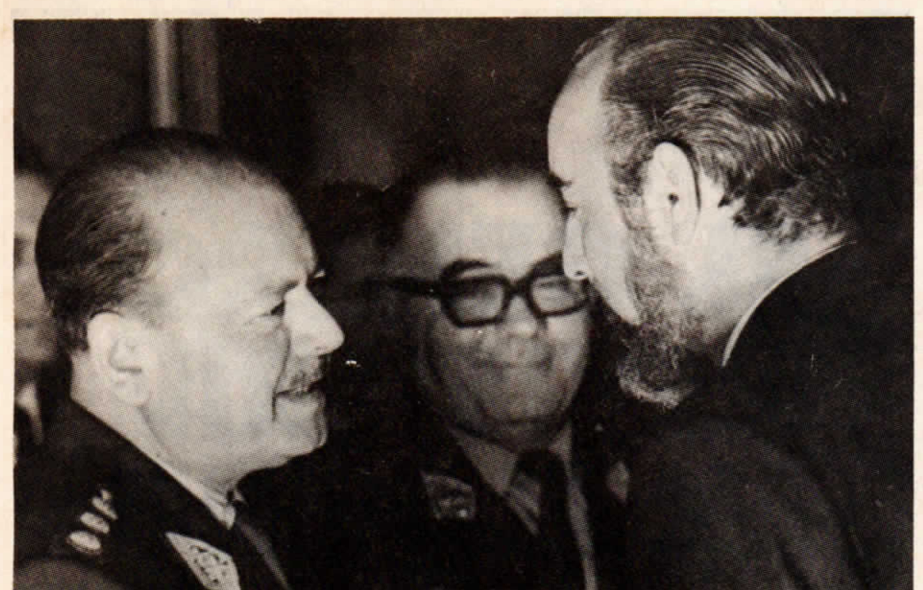








A PESAR de la diferencia de años Igartua mantuvo amistad muy estrecha con los más renombrados periodistas de la época de Oro del periodismo nacional: Luis Miró Quesada, Federico More, Guillermo Hoyos Osores y Eudocio Ravines.



VELASCO saludándose con el embajador de Cuba bajo la sonrisa de De la Flor. Algo hizo OIGA parta evitar que el Perú cayera en la órbita soviética...

caro pagué mi error con tres años de destierro y el despojo de Ital Perú, los talleres de OIGA. Me quedé sin sueldo, sin trabajo y no tenía renta alguna. Y así, sin nada, absolutamente nada, debí trotar muchas calles antes de lograr la dirección del Suplemento de *El Sol de México*, lo que me permitió trasladar a mi familia a ese hermoso país y hacer que me fuera liviano el exilio. En proporción, no creo que haya muchos que se puedan ufanar de haber sido saqueados más que yo por la 'revolución' militar. Y, repito, no me quejo. Como tampoco me quejo de que, en el siguiente gobierno de Fernando Belaúnde, fuera OIGA la única empresa a la que no le fueron devueltos sus talleres.

Antes de que concluyera el segundo mandato de Belaúnde, me di cuenta de que, por distintas circunstancias que no es del caso analizar en esa nota, nuestro sistema democrático había quedado muy debilitado, no sólo debido a la incierta situación económica por la que se había ido deslizando toda América Latina –acrecentada en el Perú por culpa del cataclismo del Niño y el conflicto militar en la frontera norte–, sino también porque el gobierno no había logrado captar los aires de modernidad que comenzaban ya a soplar en aquellos años y no logró entender que los tiempos habían cambiado, que el Perú ya no era el mismo que los acciopopulistas habían dejado al partir al exilio. Tampoco se supo, a inicios del régimen, hacer frente al fenómeno terrorista. Un gravísimo problema que los militares no habían querido tocar y que OIGA, mucho antes que cualquier otro medio de información, destacó como problema número uno de la República. En setiembre de 1980, con ocasión de unos petardos hechos estallar en un desfile escolar en Ayacucho, exclamábamos en grandes titulares: '¡Así comenzó en otras partes!'.

Esa debilidad del sistema democrático anunciaba la seguridad de una catástrofe si lograba tener éxito Alan García Pérez, el atolondrado nuevo líder del Apra, y ganaba las elecciones del ochenta y cinco. Frente a semejante riesgo, quienes conocíamos y habíamos sufrido lo que llamé la 'tentación totalitaria' del aprismo, agravada y no amenguada –como muchos creyeron– por la desbocada juventud del candidato García, teníamos la obligación de prevenir al país del riesgo que corría y también de proponer un dique a la avalancha aprista. Lancé la idea de un Frente Democrático, pero esta vez contra el Apra, y me atreví a llamar a Javier Pérez de Cuéllar a la ONU para proponerle fuera él el candidato de esa concertación. Con diplomacia me respondió, dándome a entender que la idea debía madurar más y no dejar a nadie fuera de ese frente. No se negó. Pero no obtuve respaldo a mi gestión. Los candidatos a la presidencia, ciegos a la realidad, surgían como hongos después de la lluvia. Y alzaban de inmediato bandera de absurda intransigencia. Entonces me atreví a más: acudí a las oficinas del general Francisco Morales Bermúdez y le planteé que él podía y debía ser el abanderado de una coalición política contra el Apra. Era figura conocida en toda la República, era el autor del retorno a la democracia y no se había creado anticuerpos insalvables con los partidos. El general comprendió la propuesta y aceptó el reto... Sin embargo, la ceguera de las docenas de aspirantes al sueño imposible de llegar a la presidencia, no permitió que la idea prosperara, a pesar de que el propio presidente Belaúnde insinuó hábilmente el nombre de Morales en una ocasión. Y, peor todavía, el general Morales Bermúdez cayó en la misma ceguera de los otros hongos con falsas ilusiones y sacrificó su futuro político insistiendo en su inviable candidatura personal. De no haber cometido ese torpe error, Morales Bermúdez hubiera sido en los años siguientes un árbitro de la política nacional al estilo del mariscal Benavides. ¡Pareciera que no hay modo de desafiar al destino y el destino en aquellos días arrullaba, para desgracia del Perú, al impetuoso joven líder del Apra!

LA UNICA distinción recibida por Igartua es la Medalla de Lima, otorgada por un adversario político: el alcalde Alfonso Barrantes Lingán.

Con Alan García el trato fue cordial al inicio de su gobierno, pero también desde el inicio fui de los pocos periodistas –quién sabe el único– que estaba seguro de que Alan nos llevaría a un desaforado desastre. Me había bastado cruzar dos palabras con él para confirmar que, detrás del oropel de su lenguaje, se escondía un hábil e irresponsable demagogo. La inicial cordialidad que me brindó se fue tornando en abierta repulsa a OIGA. Pero hoy, en las desgraciadas circunstancias de facto que vive la República no es valiente ni es hora de echar lodo sobre el perseguido Alan García.

A Fujimori, como he dicho, ni siquiera lo he visto de cerca. Es el primer jefe de Estado, durante estos cincuenta años, con el que no he cruzado ni una palabra ni un saludo.

Así corren los dados en este apasionado y apasionante oficio en el que, por distintas casualidades, me vi envuelto hace cincuenta años, y en el que, a pesar de todo lo sufrido, de todo lo perdido, de todas las injurias recibidas, de todos los sinsabores pasados, me siento tan a gusto que no cambiaría mi vida por otra. Descubrí, sin quererlo, mi vocación y no hay mayor benevolencia del destino que el poder desarrollarse libremente en lo que uno siente es su vocación. ¿Por qué no darle gracias a Dios por favor tan singular? Pocos son los hombres que logran lo que yo he logrado: trabajar en lo que más me place, sirviendo a los demás. ■

(Este artículo fue publicado en la edición Nº 612 de OIGA de fecha 9 de noviembre de 1992).

EL GENERO REVISTERIL EN EL PERU

por F. IGARTUA

ME corresponde en este ciclo de conferencias organizado por la Universidad de Lima, tratar el tema de la revista como género periodístico. Y la verdad es que me complace el encargo. Se trata de una agradable encomienda que me obliga a darle las gracias a quien ha tenido la idea de colocarme en este aprieto, porque me ha forzado a repasar ordenadamente los recuerdos de mis andanzas periodísticas, que no son cortas y que –desde mi ventana claro está– se ven mucho más fecundas de lo que sospechaba al iniciar esta visión retrospectiva de mi vida de periodista, de fundador y orientador de revistas. De mi actividad como ciudadano y ser humano; ya que en mi vida no he hecho otra cosa que ejercer este apasionado y apasionante oficio que es el periodismo. Acababa de ingresar a la mocedad cuando me inicié en él y durante estos muchos años he sido fundamentalmente revistero. Mi experiencia en diarios ha sido tan fugaz que casi no la recuerdo. Podría decir que no he conocido otra sala de redacción que la de la revista.

Jornada, periódico en el que di mis primeros pasos cuando acababa de fundarlo Miguel Benavides, más que diario era un semanario que aparecía todos los días. El estilo de **Jornada**, su manera de tratar los temas –el editorial estaba por encima de cualquier información– y hasta su diagramación, no eran de diario. Su periodicidad de esos años –más tarde se hizo bisemanario– fue producto de las necesidades de la candidatura del doctor José Luis Bustamante y Rivero, candidatura que no había logrado contar con el apoyo de ninguno de los diarios de la época. Mi paso, más tarde, por **La Prensa** –la de Pancho Graña y Guillermo Hoyos Osores– fue muy breve. Tanto que se me confunde en la memoria.

Luego he llevado vida enteramente de revistero. Primero al frente de **Caretas** y después de **Oiga**. Aunque para ser absolutamente fiel a la cronología, tendré que aclarar que **Oiga** la fundé antes que **Caretas**; en 1948. Odría acababa de asalta el poder y le había hecho exclamar a Martín Adán, en el Jirón de la Unión: «¡Hemos vuelto a la normalidad!». La normalidad peruana –que ojalá nunca vuelva– era la arbitrariedad del poder, por un lado, y la prisión y el exilio para los críticos, por el otro. Esa fundación de **Oiga** se tradujo, pues, en inmediata clausura del semanario o panfleto, que eso era aquel **Oiga** del 48, y mi correspondiente prisión en «El Buque» de la avenida España, una cárcel que posiblemente funcione hasta hoy y que en esos años estaba repleta de apristas, consecuencia de la fallida rebelión marinera del 3 de octubre en el Callao. A mí me colocaron en la celda de castigo, con los presos comunes... Porque, con refinada maldad el jefe de la Policía, Moisés Mier y Terán, advirtió que yo no era amigo del Apra. Los horrores de los que fui testigo en esa celda son para dar náusea. Fue una experiencia pavorosa de una realidad que, para vergüenza del Perú, no ha variado hasta estos días...

Estamos hablando, sin embargo, no de cárceles sino de periodismo, de mis experiencias como hombre de revista, pero así es, o era, nuestro país.

Hace pocos años, durante mi segundo destierro, en México, tuve la dirección del Suplemento de un diario, «El Sol de México»; del Suplemento Cultural, o sea de una revista que venía injertada una vez a la semana en el periódico.

Todo lo que conozco de periodismo está vinculado al género revisteril. Soy revistero al cien por ciento. Y de mis experiencias como tal voy a hablarles esta noche.





OTRO caricaturista notable fue Holguín de Lavalle, de *Mundial*.

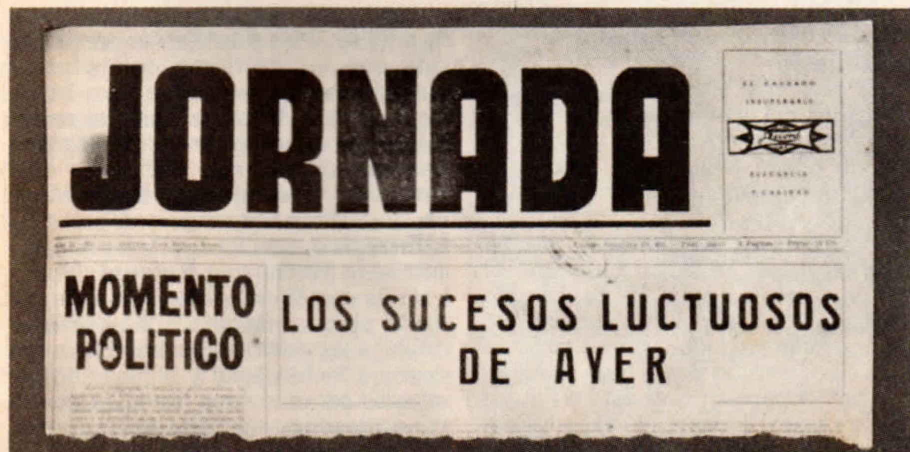


NO SOLO MUNDIAL Y VARIEDADES dieron lustre a la revista peruana de comienzos y mediados de siglo: Arriba una portada de *Fanal*, muy parecida a las famosas carátulas de los años 20 y a la derecha un dibujo de Málaga Grenet en *Actualidades* de 1905. Hoy, a pesar de la técnica, no hay mucho que envidiar.

Un asunto de ritmo

¿En qué se diferencia una revista de un diario, de ese otro exponente de los medios gráficos?

AL AMANECER aparecen las revistas y diarios en los quioscos... hasta que alguna vez desaparecen, diciendo ¡adiós! o sólo un ¡hasta luego!... En época anterior a los años setenta la interrupción era sinónimo de exilio o cárcel...



JORNADA

MOMENTO POLITICO

LOS SUCESOS LUCTUOSOS DE AYER

JORNADA: esta edición, del 8 de diciembre del 47, comentaba el desborde aprista de la noche anterior. Como responsable figura de gerente Luis Bedoya Reyes.

Se dirá que en la presentación, en el formato, en el tratamiento de los temas, etc....

Y sin duda hay diferencias entre el diario y la revista en todos estos elementos que componen un periódico. Sin embargo, más que en la presentación –que es muy distinta en una y otra–, más que en el estilo de tratar los temas, la mayor diferencia está en el ritmo de cada uno de estos géneros de prensa. El ritmo del diario es velocísimo. La rapidez es una de sus principales virtudes. Llevar la noticia al público antes que nadie, dar la primicia, es el supremo triunfo del diario. Estamos hablando, claro está, del diarismo tal cual es entendido hasta hoy entre nosotros. Más adelante trataremos de exponer algunas ideas sobre el periodismo del futuro; del futuro cercano porque al periodismo le es imposible escapar a la actualidad.

Mientras tanto –por ahora– los hechos, las noticias y los comentarios pasan en los diarios como esas figuras del cine acelerado. La actualidad, tirano de todo periodismo, es implacable y feroz en ellos: lo que hoy es noticia de primera página puede perder todo interés al día siguiente o, peor aún, esa misma noticia es posible que se reduzca a una compuesta en el curso de las horas de ese mismo día y ya no valga siquiera un comentario en la siguiente página editorial. Todo porque la diosa actualidad ha tenido la veleidad de ofrecernos al atardecer una noticia mayor o más truculenta que la del mediodía. El diario es castillo de naipes o de arena. Tiene la rapidez y la magia del teletipo y la radiofoto. Es vital, es palpitante, posee el misterioso atractivo de la violación del secreto y la emoción de ver satisfecha la curiosidad. Tiene la angustia de lo que llega y ya se fue y la alegría de una cierta irresponsabilidad, producto del vértigo noticioso.

El periodismo en la revista es distinto. Está hecho a otro ritmo. Es más sosegado, más reposado. Sus crónicas tienen tiempo para ser pensadas y para rectificar primeros arrebatos. Sus comentarios no poseen, por lo general, la vivacidad, el calor de la escritura que acompaña a los acontecimientos, pero no corren el riesgo de la improvisación; mejor dicho, no deberían correr ese riesgo, porque sería caer en falla imperdonable en un revistero. Aunque ocurre. Y demasiado a menudo en estos tiempos.

El tributo a la diosa actualidad no es, en la revista, una exigencia tan violenta como el diario. Queda en ella más campo para la reflexión que para el impacto de la noticia. Sus primicias no son las mismas o, para decirlo con más precisión, no tienen la misma inmediatez ni igual tratamiento que

(Pasa a la página siguiente)

las de un diario. Una noticia que cubra el ancho de la primera página de un periódico puede ser, a la semana, la primicia central de una revista. Todo dependerá de cuánta información adicional pueda obtener el revistero, de la calidad de las fotos que logre y de la profundidad y presentación que le dará a la crónica o al comentario.

Al hablar de la revista hablamos del semanario, de la publicación que está en contacto con los lectores cada semana; ya que las publicaciones con periodicidad mayor dejan el campo del periodismo para ingresar –cuando están bien escritas y tocan temas de interés– al campo de la literatura, del ensayo, y –cuando cubren asuntos específicos– a lo que se quiere llamar «periodismo especializado». Pero ni uno ni otro es periodismo en el estricto sentido del término; porque, por la distancia entre una y otra edición y por las cuestiones que tocan, poco tienen que ver estas publicaciones con la actualidad, con el acontecer de la hora, con la palpitante novedad que se comenta en casas y calles de la ciudad. Que eso es el periodismo.

No hay periodista sin contacto con la noticia. Por ello el periodismo por antonomasia es el periodismo de diario, la revista es algo así como la repetición de una película en cámara lenta, para que las noticias puedan gustarse más, para corregir defectos de la prisa y suavizar arrebatos del instante; pero no una repetición tan lenta que desaparezca el film para transformarse en una cadena de cuadros independientes. De ser así, vuelvo a repetir, se pasa del periodismo a la literatura –cuando hay literatura en el texto– o a la bobada, cuando lo que se realiza es una «revista» de esas que «entretienen» hoy igual que tres semanas atrás o adelante. El periodismo es una visión global de la actualidad, donde los acontecimientos no dejan de tener un cierto hilván: es recoger el plural acontecer público del día, en el diario, y el de la semana, en la revista. Los periodistas son testimoniadores de lo que ocurre a su alrededor; y con los años terminan siendo testimonio vivo de su tiempo. Mucho de lo que han escrito pasa a ser material de trabajo para la historia, sobre todo lo escrito en revistas, porque es obra más reposada y porque las revistas y no los diarios son los que se coleccionan con facilidad. En infinidad de casas, lo habrán visto muchos de ustedes, la colección de una revista es el centro de la biblioteca.



OIGA TABLOIDE: en este estilo de periódico –bisemanal y con diagramación y contenido de revista– podría hallarse la pista del futuro periodismo escrito.





POR ESTA REVISTA han pasado grandes caricaturistas: aquí nació Heduardo y aquí se publicaron «Chalo» Guillén, A. Ortiz de Zevallos y Teodoro Núñez Ureta...

Pero revista no es igual que semanario

Al decir que al hablar de la revista hablamos del semanario, he tenido el propósito de establecer que el periodismo no puede tener una periodicidad mayor que la semanal. Sin embargo hay diferencia entre revista y semanario.

Por revista entendemos lo que en algunos países se llama magazine. O sea un periódico semanal, de formato pequeño, con papel couché –por lo menos en la portada–, presentación a todo color y visión global de la semana, con preocupación por todos los temas, desde los más serios a los más frívolos. Esto es lo que se conoce y aprecia popularmente como «revista». Pero también existe la publicación semanal de análisis. Más sobria en su presentación que la anterior y con poco o ningún interés por los aspectos frívolos de la vida. Y esta también es revista. En términos internacionales podríamos visualizar la diferencia con **Interviú** y **Cambio**, con **París Match** y **L'Express**, con **Gente** y **L'Europeo**, con varias de las revistas ilustradas alemanas y **Spiegel**. No se trata de una diferenciación en extremo rígida, porque más de una de las revistas catalogadas como serias hacen concesiones a la frivolidad y algunas de las miradas como alegres no dejan de ser muy serias en buena parte de su contenido. Lo que no se da es el híbrido total. A excepción de **Interviú**, de Barcelona, que es producto del tremendo descon-

cierto periodístico–moral dejado por Franco en España. Allí se dan la mano sesudos artículos de política con señoras en cueros y señores en lo mismo. Algo así como un **Play Boy** de sal muy gruesa, sólo apto para paladares recién salidos de una dictadura ultramontana.

El gran panfletario: More

Semanario, tal como se entiende en nuestro medio, es otra cosa. No sólo es un periódico mayor que la revista y que no emplea papel fino ni impresión policroma, sino que se diferencia de ella, principalmente, en el tono; el semanario en este país es casi sinónimo de panfleto. Grandes panfletarios fueron periodistas del siglo pasado –la mayoría redactores de publicaciones no diarias–; y el más fulgurante de los periodistas peruanos, el más agudo y mordaz de los analistas de la política nacional, el periodista peruano de pluma más galana a la vez que más punzante, el más brillante de nuestros hombres de prensa, don Federico More, fue periodista de semanario y tremebundo panfletario. Semanarios fueron **El Hombre de la Calle** y **Cascabel**, las dos publicaciones más conocidas del autor de **Zoocracia y Canibalismo**; y eran panfletos. More, que tenía alma de literato, empleó el panfleto como género literario y le dio brillo desusado en nuestro medio; aunque algunas veces su temperamento desbordante lo hiciera resbalar en el libelo, como él mismo confiesa en unas memorias que apenas inició y cuyos originales están en mi poder (hace un tiempo publicadas en el libro «Andanzas»). Los últimos reductos periodísticos de don Federico More fueron, sin embargo, una revista y un diario. More acabó su turbulenta existencia en **Caretas**, a mi lado, y en **El Comercio**, al lado de don Luis Miró Quesada, ilustre patriarca del periodismo a quien More había combatido durante años, con la rudeza del panfletario, y a quien se acercó al final de su vida con afecto y con reconocimiento a sus cualidades profesionales y a su entereza moral.

Panfletarios, aunque muy distantes de la pluma de don Federico More, han sido y son la mayoría de los directores de los semanarios que aparecieron en Lima a fines de los años setenta y de los que hasta hoy (1995) se publican. Sin embargo, hay excepciones. No todos podrían calificarse de panfletarios. Entre ellos el **Oiga** de formato grande de unos años atrás. Este fue un experimento que nada tiene que ver con las primeras ediciones de **Oiga** de 1948, absolutamente panfletarias. Se trató de un experimento que he

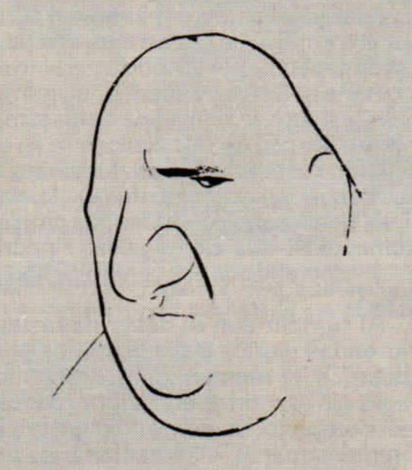
(Pasa a la página siguiente)

ANDANZAS DE MORE

PROLOGO

por F. IGARTUA

UNA inteligencia despierta, vivaz, a la vez que desbordante, indisciplinada y bohemia, aunque muy bien cultivada, como fue la de Federico More, no es de extrañar que, inútilmente, hubiera intentado muchas veces sistematizar



MORE visto por Málaga Grenet.

su pensamiento en una obra orgánica, en un libro cumbre, en una summa que redondeara sus ideas, siempre un tanto atrevidas, sobre la vida, el mundo, el hombre peruano y su porvenir, sobre el buen ordenamiento de la sociedad, sobre la poesía del atardecer y la suciedad de la política. No lo logró; porque sistematizarse hubiera sido negarse a él mismo: un anarquista del pensamiento. Pero hombre de trabajo, dentro del desorden de su azarosa existencia, escribió y escribió angustiosamente, con apuro, dejando impreso un reguero desparramado de artículos, folletos, libros, ensayos, prólogos... Con algunos de ellos, que son los más representativos de su obra, en un resumen que, como toda tarea humana, es cien por cien subjetiva, he formado estas *Andanzas de Federico More*. Son las Andanzas por las tierras del Perú, de América y de la literatura universal de un espíritu excepcionalmente dotado para pensar y juzgar, para exhibir inteligencia, para jugar con las palabras y entregarse al devaneo de las ideas, para coger la lanza y lanzarse locamente, desbocadamente, al campo abierto de la polémica sin cuartel.

Las *Andanzas de Federico More* están llenas de pasión y desbordes como su espíritu; y su obra es variada, muchas veces luminosa como el sol de mediodía y, otras, embellecida por ocasos y auroras con reminiscencias paganas. Enceguecido por la luz de la diosa actualidad, More no pudo aquietar el potro desbocado que llevaba dentro y no dejó –repito– un trabajo orgánico, meditado, hecho con el sosiego de los que ven pasar el tiempo pensando en el mañana.

Federico More vivió y escribió, apasionadamente, al día. Fue ante todo y sobre todo periodista, aunque pienso que nunca dejó de amar a las musas de su juventud, que jamás perdió el regusto por la poesía, esa diosa que le hizo captar su cuna puneña, el Ande, con singularísima sensibilidad. Esas alturas cercanas a las estrellas a las que les dedicó esta frase precisa y bellísima –cito de memoria–: *«Aquí nació el silencio, aquí se siente el olor de un cuerpo en celo»*. No recuerdo los versos anteriores ni los que siguen y me ha sido imposible hallar la poesía completa en la selva de periódicos por donde he estado siguiendo la huella de Federico More, periodista insigne de quien, sin embargo, los peruanos de menos de cuarenta años poco o nada conocen. La obra del periodista, como él lo dijo, *«tiene fama frágil y dura apenas horas»*... Salvo excepciones, naturalmente. Una de ellas –resonante, singular y variada– es la de Federico More. Y aquí está justamente este libro para confirmar la excepción.

En uno de los capítulos que siguen hallará el lector un ensayo de More que sonará algo extraño y que años atrás pocos habrán entendido: es la visión premonitoria de lo que sería el periodismo del futuro, el de hoy, ese periodismo chato, sin aliento orientador, sin calidad ni ánimo literario, algo similar a la comida masticada, a las píldoras alimenticias de los astronautas. More lo describe como un inmenso archivo donde se puede hallar la tarjeta correspondiente a una boda fastuosa, a un robo al escape, a una intervención parlamentaria sobre educación física o sobre defensa ecológica de un río o de la ciudad capital. Todo estará allí ya redactado. Sólo quedará por hacer el trabajo de colocar los nombres de las personas y lugares del hecho recién ocurrido.

En otras palabras, Federico More prevé la muerte pronta del periodismo que él amó y realizó con extrema calidad, ese arte y oficio íntimamente relacionado con la literatura y con la

(Pasa a la página siguiente)

repetido varias veces. En 1962, por ejemplo, inicié con formato grande la segunda etapa de **Oiga**. En aquel entonces seguí un poco la línea de los semanarios europeos de análisis, que estaban allá de moda en esos años, pero dándole un aspecto de revista en el contenido y en la profusión de fotos. La principal razón de aquel experimento en formato grande fue económica. Un periódico de este tipo, en aquella época, era relativamente fácil de lanzar con muy escaso capital y también fácil de que se sostuviera con la sola venta al público. (Hoy esto es imposible por la presión tributaria existente). En este tipo de semanario se emplea poco papel en cada ejemplar; basta un equipo de redacción muy reducido; no hay policromía ni couché; y grandes y llamativos titulares pueden atraer con facilidad al público. El problema que se presenta es el del precio: debe ser suficientemente alto para reemplazar los inexistentes ingresos de avisaje y suficientemente bajo para que el gran público pueda acceder a él y lo prefiera a un diario.

Este género periodístico proliferó en Lima, con gran éxito, a fines de los años setenta, por una razón muy sencilla: porque la captura y «socialización» de los diarios, en 1974, uniformó de tal modo la noticia en la prensa matutina y vespertina; hizo tan insulso el periodismo; aburrió tanto al público con sus boletines oficiales –siempre iguales, lógicamente, en todos los diarios– que el problema del alto precio del semanario no fue tomado en cuenta por una clase media aun no pauperizada y que deseaba que fuentes imparciales les informaran sobre lo que ocurría en el país y en el mundo. El resultado fue la clausura de los periódicos y el exilio para sus periodistas. Pero cuando se inicia en la segunda etapa militar una cierta apertura liberal, hasta los lectores populares se lanzan entusiastas en pos de los semanarios, ávidos de informarse sobre lo que en realidad sucede y deseosos de sopesar las opiniones de los periodistas y ciudadanos independientes.

El ¡boom! de los semanarios no duró, sin embargo, mucho tiempo. Al retornar los diarios a su antiguo cauce –gracias a la democracia votada por el pueblo– y al reabrirse el pluralismo informativo y crítico en el diarismo, así como la competencia por la noticia y el afán de opinar con justeza y libertad, quedó sellada la suerte de la mayoría de los semanarios. No podían éstos colocarse en un precio de competencia con los diarios ni estaban montados para ofrecer el novedoso periodismo de análisis, de crónica comentada, que cierto público podría estar esperando de ese género periodístico.

Al cumplir con su deber de restaurar en los diarios a sus legítimos propietarios, el régimen democrático infligió a la vez, sin querer e ignorándolo por completo, un golpe de muerte a la prensa semanal, a los semanarios me refiero.

Habrá cambios obligados

Sin embargo, a mi regreso del destierro, en 1978, tenía yo propósitos muy especiales con el experimento del nuevo **Oiga** de formato grande. Abrigaba una esperanza: sembrar la semilla de un periodismo con cara al futuro. Pero fracasé en la empresa. Ni siquiera puedo decir que me quedé a mitad de camino. Apenas di unos pasos en el sentido ambicionado por mí.

Y no acerté, entre otras cosas, por algo muy simple: porque no pude disponer del capital que la empresa requería –habría tenido que perder el control de ella– y porque el experimento mismo no estuvo en capacidad de acumular suficiente ahorro para ir formando el cuantioso capital que se necesitaba.

La idea es esta:

Con la aparición y el desarrollo de la televisión, la noticia llega al público de inmediato, muchas veces en vivo y en directo desde el mismo lugar del suceso. La narración va casi siempre acompañada de la imagen en movimiento. Es como si el público pudiera presenciar lo que ocurre en el país y el mundo desde un teatro, un teatro portátil que nos acompaña por todas partes y que uno puede o podrá llevar en el maletín o en el bolsillo.

De este modo ha cambiado, está cambiando o cambiará de manera radical la noción que aún tenemos del periodismo, sobre todo del tratamiento de la noticia en la prensa. Y ya mucho han cambiado, sin duda alguna, las nociones sobre periodismo que les expuse con tanto entusiasmo al comienzo de esta charla. Pero no creamos que el periodismo escrito va a desaparecer, que estamos preparándonos para enterrarlo. No. Las cosas de la vida –como la vida misma– no se esfuman, se transforman. Y eso ocurrirá con el periodismo, con los medios gráficos de expresión.

Con la televisión, la noticia, la primicia, ha dejado de ser exclusiva de los diarios. El tiempo que tarda una

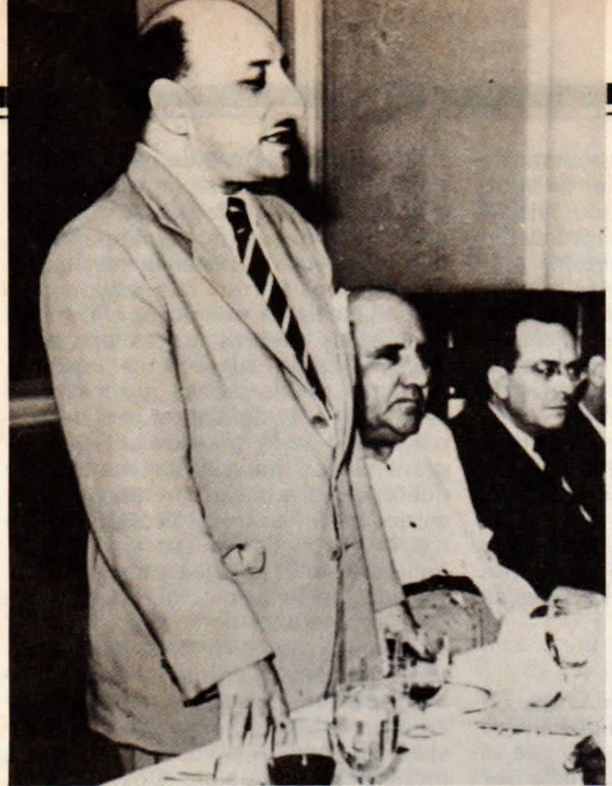
política entendida como sacerdocio cívico –esa prensa que brilló como lucero esplendente en el siglo pasado y la primera mitad de éste–, vislumbrando a la vez el periodismo de nuestros días: transformado en un negocio que puede confundirse con la fabricación de salchichas o zapatillas, si no fuera porque los medios de comunicación masiva –ya no se dice simplemente «prensa»– dan cierto lustre político y son instrumentos de poder que pueden auxiliar a otros negocios; sin perder su propio valor cotizado en bolsa. El periodismo en sí, aquel del bien decir, defensor de valores morales y cívicos, importa menos o nada. Por lo que sí hay interés es por las «primicias», porque ellas significan mayor «rating», aumento en el precio bursátil de las acciones de la empresa. Y esas primicias hay que conseguirlas por encima de todo, hasta de la propia honra o del prestigio patrio. El resto de la edición sale de los anaqueles que describe More, aunque anaqueles cada vez más sofisticados por la computación y la apabullante tecnología electrónica, siempre con una novedad en la mano.

Me parece que el periodismo escrito, en el que pasó su vida More y nos sigue interesando a unos pocos periodistas –cada vez menos–, tendrá un mañana distinto, quién sabe salvador de ese arte y oficio que hoy está desapareciendo. Creo que en cada una de las ciudades de la geografía mundial sobrevivirá un diario, un periódico de servicios, de información local, de especializaciones. Por lo general, aquellos que han sabido sobrevivir amparados en una tradición familiar. Y me parece que el antiguo oficio de hacer arte con la actualidad, la tribuna de los comentarios agudos, orientadores, placer de los lectores, el periodismo de a verdad independiente, encontrará boya de salvataje en periódicos bisemanales, de pocas páginas y bajo costo, sin los lujos de las revistas y sin la carga de los servicios que debe ofrecer el diarismo moderno.

¿Será ilusión lo que escribo, será nostalgia de los años que acompañé a Federico More en esas pequeñas imprentas que eran refugio de bohemios? ¿Estaré hablando de un futuro cierto?

Aquí queda la idea, la propuesta, para la reanimación de un pasado en agonía –no en el sentido de la agonía unamuniana– que algunos quisiéramos reviviera.

More, como ya he dicho, fue poeta, literato de altísimo nivel, ensayista luminoso. Fue, según César Vallejo, el prosista de su generación. Usó con habilidad extrema el robusto idioma de Cervantes y Quevedo y no dejó de ser admirado, como crítico literario, por José Carlos Mariátegui, el más respetado de sus amigos de la «generación infortunada», como tituló More a su generación: *«La generación que se abre, cronológicamente,*


HOYOS OSORES hablando en un homenaje a Federico More, que está a su lado junto a Eudocio Ravines. Los tres actuaron en semanarios y sólo Hoyos fue diarista.



CELEBRE carátula de Caretas, publicada en 1956 al salir elegido Prado...



DESPUES de esta portada Igartua tuvo que asilarse en embajada de México.


EL DESARROLLO del periodismo escrito es fácil de reseñar, menos fácil es predecir cómo se librará la competencia de los modernos medios de difusión.

rotativa en imprimir una edición extraordinaria, frente a la transmisión en directo de la televisión, nos lleva a comparar la velocidad de un coche de caballos a la de un auto de carrera. Sin duda alguna, el periodismo escrito e impreso cada día podrá competir menos, en el terreno de la noticia, con el moderno demonio de la pantalla chica. Porque recién ahora, con la televisión, es que se ha concretado el reto al periodismo escrito que comenzó a vislumbrarse cuando apareció la radio.

Sin embargo, la magia, el embriagante atractivo de la letra de molde no va a desaparecer por obra de las palabras radiales –que se las lleva el viento– o de la imagen, que no nos permite concentrar nuestra atención en el significado del discurso. La palabra volandera jamás nos dará la seguridad de la letra escrita, de ese texto que podemos releer por placer o para confirmar o rectificar lo que no estuvimos seguros de entender. Nunca podrán, la imagen y el relato hablado, reemplazar el vigor, la precisión, la intimidad y el encanto de la reflexión escrita, del relato o el testimonio que cada uno puede repasar a voluntad, fijando la atención en lo que a uno más le place o le interesa.

El periodismo escrito, empero, estará obligado con el tiempo a concentrarse en el comentario de la noticia, en la crónica orientadora de lo ocurrido. En los grandes reportajes, documentados e ilustrados. Y este es, como hemos visto, campo propicio para la revista y el semanario. Lo que no significa que ha de desaparecer el diario,

(Pasa a la página siguiente)

con hombres de la edad de Leonidas Yerovi y se cierra con hombres de la edad de José Carlos Mariátegui... Basta escribir o pronunciar estos dos nombres para comprender el inmenso infortunio, el signo adverso que pesa sobre aquella generación, la más brillante que ha producido el Perú, la más literaria, la de más completa sensibilidad; y la única que no ha logrado, ni a medias, decir su secreto de cultura, de emoción y de inquietud... Si junto a los nombres de Leonidas Yerovi y de José Carlos Mariátegui escribimos el de Abraham Valdelomar, la evocación dolorosa se completa»... Son éstos, párrafos del artículo escrito por More a la muerte de Mariátegui, quien había descalificado a More para la política llamándolo *«aristócrata de la inteligencia»*, distante de las multitudes. Definición acertada, que a More no le mortificó, porque se sentía tan ajeno a los honores y glorias oficiales como a las inquietudes de las masas. Aunque sí le preocupó –y muchísimo– la política; de la que fue apasionado seguidor, aunque no como aspirante a presidente, ministro o diputado, sino como observador comprometido, como orientador de la opinión pública, como periodista, y no como conductor de multitudes, a las que, sin duda, detestó y a las que diferenció magistralmente del pueblo en su libro *«Una multitud contra un pueblo»*. Sus mejores prosas son políticas y políticos son la mayoría de sus ensayos. Sus inquietudes están trazadas precisamente en ese bello artículo de adiós a Mariátegui. *«En el entierro va a hablar Ezequiel Balarezo Pinillos, Gastón Roger, que es uno de los pocos sobrevivientes de esa generación, la generación infortunada, la que expresa, mejor que cualquiera otra de las formas de la vida nacional, el hondo y grave fracaso de nuestro espíritu en la marcha hacia la cultura y en el sacrificio por una norma de puro y eficaz idealismo. Estoy seguro que Balarezo sabrá evocar, ante la tumba precoz de Mariátegui, el dolor de todos nosotros, el dolor de él mismo, el vasto dolor de cuantos sabemos todo lo que pudimos realizar y todo lo que una sociedad inerte e injusta no nos permitió cumplir»*.

Discípulo ferviente de Manuel González Prada –con quien mantuvo estrecha relación durante años–, fue en su juventud un iconoclasta, casi un incendiario; y lo siguió siendo en la mocedad, cuando no se le llamaba señor More o don Federico, sino el *«Loco More»*, según cuenta Adán Felipe Mejía, *«El Corregidor»*, en una sabrosa crónica de recuerdo sobre los encuentros bohemios de Yerovi y More, cuando éste, junto a Valdelomar, era portandarte de los colónidos, aquellos hombres que soñaron con cambiar al Perú modernizando el pensamiento

(Pasa a la página siguiente)

sino que tendrá que cambiar: los diarios del futuro se nos ocurre que se preocuparán más de ofrecer servicios que de dar primicias, noticias; que les importará muchísimo la crónica de análisis; y que sus páginas editoriales recobrarán la preeminencia de otros tiempos, de aquellos años no perturbados por los telégrafos, el teléfono, los teletipos y las computadoras. Disminuirá, eso sí, su número y aumentarán considerablemente sus páginas. En cada ciudad bastarán dos o tres grandes diarios, pero tendrán que tener excelentes servicios: o sea, serán diarios con alto costo de papel. (Es lo que estamos viendo en el remozado **El Comercio**). Todo esto ocurrirá sin que, desgraciadamente, se estreche el espacio para el diarismo amarillo, de escándalo y de explotación de las tendencias morbosas de la multitud. Ese diarismo –ese periodismo que debiera avergonzarnos– siempre tendrá acogida en la malsana curiosidad del ser humano, en el resentimiento escondido de innumerables personas que encuentran satisfacción en la ruindad de cierta prensa.

Al planear la experiencia de **Oiga 78** pensé: el hombre moderno se interesa por estar bien informado, por saber lo que pasa cada día a su alrededor, pero no tiene tiempo para concentrarse todos los días a leer comentarios o grandes reportajes. Y si esa información, seguí pensando, la recibe el hombre moderno a diario y en directo por medio de la televisión, más que un matutino o vespertino, con opiniones a vuela máquina que tendrá que leer a la carrera, le interesará leer un semanario o bisemanario que le ofrezca –sin presiones de tiempo– juicios escritos con maduración y reposo, comentarios a las crónicas del momento y grandes reportajes presentados con el cuidado de revista. Y, punto principalísimo, a precio similar o más bajo que el del diario. O sea, el **Jornada** de mis primeros años periodísticos, con buen complemento gráfico, con estilo de revista.

Siguiendo el curso de este pensamiento, el diario, con muchas páginas y excelentes servicios, tendrá utilidad en el hogar; mientras que el semanario, con textos escogidos y sin exceso de papel, será lectura del escritorio, de la mesa de noche y de los fines de semana.

Algo sigue a pie firme

El que mi experiencia de **Oiga 78** quedara a menos de mitad de camino de mis ambiciones, no indica que el periodismo del futuro no transite por los rumbos que acabo de describir confusamente.

Pero volvamos a la revista. Que para tratar sobre ella he sido invitado a esta reunión universitaria.

Después de los vientos huracanados que se han producido en los medios de comunicación, sobre todo en los últimos años, hay un género periodístico que, contra viento y marea, queda en pie, intacto: la revista. Se podría decir que la revista no ha sufrido mayor variación desde que la fotografía comenzó a hacerse familiar en los talleres gráficos. Cuando la fotografía, el mayor elemento diferenciador entre el periódico y la revista, tanto por la manera de usarlo como por la calidad que se logra con una impresión más cuidada y costosa, logra incorporarse al quehacer periodístico, comienza a nacer la revista, lo que en otras partes, con mayor propiedad, se llama «magazine». Y si hojeamos las revistas de los primeros años del siglo, algunas de aquellas primeras publicaciones gráficas que se ajustan a la definición que hemos convenido de lo que hoy entiende el gran público por revista –definición que excluye arbitrariamente publicaciones literarias e históricas que con mayor razón llevan ese título– nos encontraremos con que muy poco han variado, en lo sustancial, las revistas de entonces a las de ahora.

Aquí, en nuestro país, en Lima, tenemos como ejemplo a **Mundial** y **Variedades**. Dos muestras de lo que en artes gráficas y en periodismo revisteril hacían los peruanos en las primeras décadas del siglo. Dos muestras que hubieran obtenido nota excelente en cualquier competencia. ¡Es increíble la calidad gráfica del color, por ejemplo, en revistas que aparecían puntualmente cada semana; es sorprendente la actualidad de las crónicas y de las fotografías; y deben producir no poca envidia el ingenio de sus caricaturistas, el vigor y la pulcritud de sus comentarios y la calidad intelectual y literaria de sus colaboradores! De esos años son también **Colónida**, **Amauta** y otras publicaciones que podríamos catalogar como revistas de análisis.

No es modesta, pues, la tradición revisteril del Perú. Hasta los años

---

de su clase intelectual. Su devoción por González Prada llegó en un momento al delirio, pero fue asordinándose con el tiempo hasta llegar a afirmar que el ídolo de su niñez y juventud no pasó, ideológicamente, de ser un ingenuo comecuras. Siempre, sin embargo, lo siguió admirando como literato.

Con esa afirmación y sólo una parte de su antigua devoción a González Prada, además de un odio concentrado a la Lima voluptuosa y virreynal, sede de una plutocracia sensualizada e inepta, incapaz de dirigir al país, sale More al destierro en época de Pardo. Son doce años de peregrinación por América Latina, haciendo periodismo, escribiendo ensayos, viviendo de su pluma. Nueve de esos años los pasó en Buenos Aires, donde logró una expectable situación en la prensa argentina. Dejó allí, sobre todo en *«La Razón»* y en la *«Crítica»* de Natalio Botana, muy en alto el nombre de Federico More.

Allí también lo siguió su pasión más persistente, la que, cosa curiosa, nunca lo abandonó, a pesar de su sobresaltada vida periodística: la poesía. En Buenos Aires, entre 1922 y 1923, Federico More dedica buena parte de su tiempo a poner en contacto a los lectores hispanos con la poesía alemana que va de Vogelweide a Rilke. Este trabajo lo realiza con la ayuda del doctor Alberto Haas, quien le entregaba unas traducciones muy literales, a las que More les daba *«versión rítmica española»*. Algunas de las traducciones de Rilke no llegan a publicarse en Buenos Aires y la *«Canción del amor y de la muerte del corneta Cristóbal Rilke»* recién aparece en *«La Revista Semanal»*, en Lima, en 1931. El artículo de More titulado *«Noticias críticas sobre poesía germánica –Meyes y Storm, dos poemas terminales anunciadores»*, publicado en *«La Razón»*, en julio de 1923, es considerado –según Estuardo Núñez– como uno de los mejores comentarios hechos en lengua castellano sobre dichos escritores y poetas.

Pero la atracción de la patria, de *«La única tierra cuyo contacto nos fortalece»*, no lo abandona. Y pasa a Bolivia para estar más cerca del retorno al Perú. En esa época aparece un libro, *«El tirano en la jaula»*, cuyo prólogo lleva la firma de Federico More. Un prólogo que, sin duda, es uno de los panfletos mejor escritos y más virulentos de la turbulenta historia política peruana. Pero el leguiísmo ve la mano de More no sólo en las tremebundas imprecaciones del prólogo. También le achaca –posiblemente sin equivocarse– el título del libro y algunas acciones conspirativas. El hecho retarda su regreso a la tierra patria.

Estamos en La Paz, ciudad a la que Federico More siente como suya, tan próxima a su Puno natal como a su sensibilidad humana. Allí, presentado por el gran novelista boliviano Alcides

treinta tuvimos exponentes del brillo, la actualidad y la persistencia –que es también cualidad necesaria para pasar a la historia– de **Amauta**, **Mundial** y **Variedades**. Todas ellas liquidadas, muertas, al compás de las trompetas y marchas militares de los cuartelazos, contrarrevoluciones y revueltas que siguieron a la caída de Leguía.

Luego, por culpa quién sabe de esa turbulencia e inestabilidad políticas, así como de la rigidez de las dictaduras de Benavides y Prado, no aparece otra revista que llame la atención y que dure. La excepción es **Turismo**, que nunca dejó de padecer un limeñismo agudo y fatal. Me parece que murió de esta triste enfermedad. Pero fue una revista que duró, lo que no deja de ser meritorio en un medio inconstante, amodorrado y sin nervio. Esa tradición la siguió **Mundo**, revista de Miguel Benavides y sus hermanos, aunque más moderna, con aires parisinos.

De los 40 a hoy

A finales de los años cuarenta estalla de pronto una explosión revisterial con Alfonso Tealdo como animador principal. Las revistas se suceden unas a otras a una velocidad vertiginosa. Y son las promociones universitarias de esos años las que dan vida al remolino intelectual integrado por Pepe Diez Canseco, Juan Ríos, Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane, Mario Herrera, Alberto Tauro del Pino, Augusto Tamayo Vargas, etc., etc., etc.

Es entonces que aparecen los nombres de Sebastián Salazar Bondy, Pedro Alvarez del Villar, Alfonso Grados, Raúl Villarán, Arturo Salazar Larraín, Juan Zegarra Russo, Jorge Moral; a los que más tarde se añade la invasión arequipeña de los Chirinos, Rey de Castros, Ricketts y Belaúndes. Muchos de los jóvenes que en la universidad soñaban con revolucionar las letras, con escribir el poema o la novela del siglo, van cayendo hipnotizados en las redes del periodismo.

Las revistas principales, mejor dicho las que recuerdo en estos momentos, son **Pan**, **Ya** y **Gala**. Esta última –la primera de la serie– fue otra especie de **Turismo**, al que se le borraron defectos y se le dio calidad literaria. Fue una revista de lujo. **Pan** y **Ya**, igual que otras de esa época que no retengo en la memoria, estuvieron envueltas en el torbellino de la actualidad y tuvieron vida efímera. Algunas fueron flor de un día. Otras arbolitos de estación como el **Extra** de años posteriores.

En ese mismo tiempo retornó a Lima, desde México, Genaro Carnero Checa, quien fundó una revista que llevaba por título el número del año en curso. Desde ella, el «Cuate» –así lo llamábamos sus amigos y también así lo llamaban sus enemigos– sentó cátedra de periodismo analítico y de periodismo comprometido de alta clase. Genaro Carnero fue un periodista emotivo, de sutilísima inteligencia, entregado hasta los huesos a sus ideales comunistas. Fue habilísimo político; sin suerte en la ruleta de las posiciones partidarias y parlamentarias, lo que prueba que lo que le faltó de instinto le sobró de juicio crítico. Fui amigo entrañable de él, sobre todo en los últimos años, sin que hubieran faltado fuertes rozamientos en algunos momentos de nuestras largas y muchas veces encontradas relaciones.

Hoy, a distancia de su muerte, lejos de los afanes y compromisos políticos que se entrecruzan ante la tumba de los muertos ilustres, quiero rendir homenaje al amigo y camarada de aven-



DESDE el comienzo del régimen aprista, OIGA se opuso al régimen de Alan García, y no se equivocó.

(Pasa a la página 43)

Arguedas, More, triunfador de los Juegos Florales, tuvo la satisfacción de leer ante una multitud su *«Canto al Illimani»*, el monte tutelar de la capital boliviana:

En una mañana de rosas, transparente,
le nacieron orillas al Mar... y fue la Tierra
y en el temblor violeta de las arenas grises
Viento y Luz, nupcialmente,
dieron vida a la Nieve y a la Sierra,
árbitros de fantásticos países.

Su retorno al Perú es apenas anterior al huracán que irrumpe con la revolución victoriosa de Arequipa (agosto de 1930). More llega a Lima en noviembre de 1929 y en *«Mundial»*, la revista que junto a *«Variedades»* acapara la lectura de los peruanos, deja estampada su personalidad periodística. Es el *«colónido»* que vuelve lanza en ristre, luego de doce años de exilio, aunque con el ánimo político un tanto apaciguado:

«Excesiva cortesía la de 'Mundial' cuando, olvidando mi condición de periodista militante, quiso hacerme un reportaje: Un periodista no es un ser periodístico y, por lo tanto, no es sujeto entrevistable. Como que el creador no puede resignarse a convertirse en su propia criatura.

–Pero –me dice, con fina amabilidad de antiguo camarada, Andresito Aramburú– es preciso que sepamos qué opina usted de su patria después de tan larga ausencia, después de estos doce años en los cuales han pasado tantas cosas.

–Está bien –le respondo–. Haré algo así como un autoreportaje. Siempre, para decir mis propias cosas, yo mismo he de resultar más eficaz y exacto que el más agudo de los reporteros. Escribiré un artículo que sea un conjunto de respuestas. Después de todo, en un reportaje, la pregunta es lo que menos vale, porque, cuando vale algo, se queda sin respuesta. ¿Acepta usted mi fórmula?

La fórmula es aceptada y aquí está el artículo. Cuando vengo a entregarlo, encuentro que, en la casa de 'Mundial', aún vaga, por fortuna, la sombra gentil y sonriente, sagaz y benévola de don Andrés Avelino Aramburú que enseñó a tantos escritores a ser periodistas y a tantos periodistas a ser escritores. Aún subsiste aquel ambiente que supo crear don Andrés Avelino, aquel ambiente en que la charla y el trabajo, una laboriosa negligencia y una holgazana actividad se juntaban con rara elegancia. Aquel ambiente que era obra tanto del dandy como del escritor. Aquel ambiente que aún se perfuma con el epigrama y el ramo de violetas, los dos signos con los cuales el maestro dio discreta expresión a su ingenio y a su persona irreprochables.

Pero ¿Y el Perú que he hallado al cabo de doce años de accidentada ausencia?

....

Todo aquel que, al cabo de una larga ausencia –más larga cuanto más dolida– pisa tierra de su tierra, siente

(Pasa a la página 43)


El Comercio
La Verdad
en sus
manos.
PROPERU / LINTAS Worldwide

turas, al insigne maestro de periodismo que fue Genaro Carnero Checa.

Fue él el que llenó esos años revisteriles peruanos, ya que ninguna de las publicaciones de esa época llegó a echar raíces. Todas fueron experiencias pasajeras. Algunas brillantes, otras opacas, pero ninguna duradera como la de los números del año de Genaro Carnero.

Hasta 1950 en que se funda **Caretas** y se da comienzo a una etapa en la que el Perú retoma la vieja posta de **Mundial** y **Variedades**. Y tiene que ser con muy grande satisfacción personal que constate yo el hecho; ya que, por caprichoso designio del destino o por lo que fuera, me tocó a mí ser el fundador de dos revistas que han logrado revivir esa dupla que dio fama al periodismo peruano.

Fundé **Oiga**, como dije, en 1948; y la refundé con el desinteresado apoyo de un grupo de amigos en 1962. A **Caretas** la fundé en 1950, en sociedad con Doris Gibson y su desbordante entusiasmo y aguerrida personalidad. Y al bautizarla como **Caretas** se reunieron varias motivaciones en esta palabra. Quise que fuera una expresión de fe en la unidad y destino latinoamericanos, por eso se inspiraba en el nombre de uno de los más sonados esfuerzos editoriales de nuestra América –**Caras y Caretas** de Buenos Aires–, y también que exteriorizara una protesta concreta: al tomar únicamente una parte de aquel título quedaba dicho que, en el Perú de esos días –gobernados con rienda corta por el dictador Odría–, no se podían tocar en la prensa las caras de los acontecimientos sino sólo las caretas. Pero no fue una intención guardada in pectore. Quedó escrita en el primer editorial.

Para la refundación de **Oiga**, a fines del año 62, conté con la colaboración decidida de cuatro hombres que pusieron, en la que parecía ilusa empresa, sus mejores afanes e inquietudes. Sus nombres, Jorge Aubry, Eduardo Orrego, Paco Campodónico y Juan Sardá, quedaron indisolublemente ligados a **Oiga**. Y a ellos se agregaron pronto los de los hermanos Jesús y Alfonso Reyes.

La intención final, la meta, era hacer una revista de análisis. Y se logró. Si en los últimos tiempos **Oiga** ha incursionado en el terreno del magazine, no ha sido por decisión antojadiza mía. Me vi forzado, por presiones externas más que internas, a ingresar a una competencia que nunca quise se produjera. Y en el camino del «magazine» andamos. (Hasta este número de Adiós).

El resto de la historia de las revistas en el Perú es historia reciente para mí y está escrita en estas dos publicaciones y en algunas otras que han tenido vida tan corta como aquellas de la vorágine revisteril de los años cuarenta y cincuenta, con la excepción primera y ya lejana de

(Pasa a la página siguiente)

PROLOGO

que dentro de su personalidad nace un nuevo mundo, tanto más encantador cuanto más se parece al mundo antiguo, a ese que, a cierta altura de la vida, expresamos en estas dos maravillosas e indefinibles palabras: infancia, juventud. Después de todo, la vida está fabricada con tela de nuestro propio sueño. Cuando se ha vivido un poco, el sueño se asemeja mucho al recuerdo.

En realidad, doce años no son sino los que quiere que sean su coeficiente de intensidad. Para un tuberculoso, doce años no valen lo mismo que para un artrítico. El político no tiene sobre el tema el mismo concepto que el comerciante.

En estos últimos doce años, no sé si el Perú ha vivido doce o cien: no hace el caso saberlo. Lo que sé es que ha vivido mucho. Hace tiempo que vengo trabajando en un libro que me parece será lo fundamental de toda mi obra literaria y que se titula 'Historia Política del Perú'. *Lamento no tener aquí mis apuntes y los capítulos ya escritos, a fin de reelerlos y terminar de comprender hasta qué punto nos hemos transformado. A pesar de todo, voy a intentar una exposición rápida y sintética de mis impresiones sobre la actualidad. Debo decir que no guardo ni un rencor ni un odio. Ni siquiera un resentimiento. Casi no conozco a las personas y estoy fuera del mundo de los intereses. Procedo con objetividad intachable».*



EN EL PERU han abundado semanarios de corte político. En 1934 Federico More dirigió *La Calle*... y luego *Cascabel*.

Su análisis, no siempre objetivo –nunca la pasión deja de desbordarse en More–, luego de puntualizar lúcidamente que *«es incuestionable que la era preconstitucional del Perú no ha terminado, es decir que aún no hemos encontrado la forma de gobierno y el institucionaje que puedan convenirnos exactamente»*, y luego de historiar en apretada síntesis los períodos civiles y militares, se lanza furibundo, como en sus vehementes años juveniles, contra el civilismo: *«Cuando se dice que Manuel Pardo fundó el civilismo y le dio vida, se dice algo pueril: Manuel Pardo lo único que hizo fue producir la guerra del Pacífico y dejarle la sucesión a un militar: dos hechos perfectamente anticiviles»*. Para More, no sin razón, *«el civilismo se levanta, se funda y se engrandece gracias a la oligarquía»*. Esos oligarcas *«miopes y vanidosos, mataron a Manuel González Prada y a Abraham Valdelomar; inmolaron a José Balta y esterilizaron a Nicolás de Piérola; entristecieron la juventud de Germán Leguía y Martínez y de Abelardo Gamarra; y se encogieron de hombros ante el singular ingenio de Florentino Alcorta, que tuvo que venalizarse –yo conocí el dolor de aquella vida– para no perecer. Mi generación, la generación infortunada por antonomasia, fue íntegramente disuelta en las hogueras inquisitoriales de la oligarquía»*.

Dice More en ese artículo o autoentrevista –de noviembre de 1929– que ha venido a la patria por pocos días. *«No pasaré en Lima, quizás ni en otro sitio del Perú, la próxima semana. Ignoro cuando volveré»*. Lo cierto es que su anunció no se cumplió y se quedó aquí, en un país que ya vivía la agonía del oncenio leguiísta. Muy pronto el Comandante Luis M. Sánchez Cerro entraría victorioso a Lima, sin que muchos advirtieran, muy cerca del militar revolucionario, la presencia de José Luis Bustamante y Rivero, años atrás compañero de More en las tertulias político literarias de Arequipa, aquellas que siguieron a la expulsión de More, embrión de periodista, de la Escuela Militar de Chorrillos, donde fundó un periódico para criticar al alto mando de la Escuela. Pero Bustamante no logró que el periodista se acercara al rebelde de Arequipa ni pudo él mismo mantenerse en la proximidad del poder. Fue un ministro fugaz, que huyó a su provincia espantado por lo que vio venir; mientras que More terminó por calificar a la época que siguió al triunfo revolucionario de *«Zoocracia y Canibalismo»*, de ambiente incompatible con la inteligencia. Fueron tiempos revueltos, de disolución y oprobio, y él volvió a probar el amargo pan del exilio.

Federico More se sumergió en la vorágine nacional de aquellos años. Luego de su deportación a Chile, nunca más salió del Perú, como no fuera una visita accidental, como delegado de prensa, a Santiago o Buenos Aires. Aquí, en la Lima sensua-

(Pasa a la página siguiente)

PROLOGO

lizada que ayer odió y que entonces comenzó a adorar, se prodigó escribiendo contra esto y aquello. Pero ya estamos en los comienzos de la historia de nuestros días, agudamente viviseccionada por More en memorables notas editoriales y afilados ensayos, citados más de una vez por Jorge Basadre en su *«Historia de la República»*.

Son escritos que van apareciendo en *«El hombre de la calle»*, en *«El Universal»*, en *«La Revista Semanal»* y en otras publicaciones de la época. Pero, sobre todo, en *«Cascabel»*, su semanario, su aventura empresarial. Su «casa propia», que administró con el desorden bohemio en el que siempre vivió. Cuando sobraba dinero había que gastarlo en una gran farra, que se iniciaba con un almuerzo de mantel largo y servilletas grandes, de tela fina, que podía concluir dos o tres días después; y, cuando no había sino centavos, también alcanzaba algo para gastar, para vivir alocadamente sin pensar en el mañana. Era como si More advirtiera el futuro peruano con claridad de profeta y, desesperado, se entregara a vaticinarlo en sus fatigosas horas de trabajo en la redacción y a destruir su vida en los descansos: para no sufrir lo que vendrá, para rehuir de ese mañana sin honesta discrepancia ni pacífica convivencia, aspiración por la que bregó cada día con menos esperanza.

Es en esos años que aparece, juvenil y arrogante, el Apra de Haya de la Torre. Pronto advierte More el percal de engaño que hay en el Partido *«de los asnitos»* y se convierte, para siempre, en abanderado contra la mediocridad aprista. Cambia la dirección de sus dardos, aunque jamás olvida a su viejo enemigo: *«En el Perú hay dos fuerzas que se oponen a la cristalización de las corrientes modernas y universales: el Civilismo y el Apra. El primero, carente de técnica y de espíritu de empresa, es un obstáculo en la marcha hacia el capitalismo. El segundo, imbricación rara de fascismo y de marxismo, es una rémora para el espíritu revolucionario. Vivimos dos etapas distintas y alejadas. Unos se encuentran como se encontraban los nobles, antes de la Revolución Francesa, sin reconocer los derechos del hombre; otros consideran que están en un estado comunista, sin percatarse que no hay aquí nada que revolucionar, sino mucho que organizar. Estamos entre dos fuerzas opuestas y, probablemente, iguales: la prueba de ello es que no caminamos»*.

¿Pueden ser más actuales las frases anteriores? Pero adentrémonos en More, leyendo a More en las diversas etapas de su vida y en las distintas facetas de su obra; sigamos en sus textos los pasos del siempre renovado pensamiento de More, hombre al que conocí y traté íntimamente en las postrimerías de su existencia terrenal. Personaje que dejó en mí una imborrable impresión por su inteligencia, su agudeza mental, su conocimiento de los más íntimos vericuetos de la vida, por su amor a todo lo humano y a lo que fue más que su arte y oficio, su razón de ser, el periodismo.

Así despedí los restos mortales del maestro, del eximio orfebre en las artes de manejar el idioma, de captar la actualidad, de juguetear con las andanzas de la vida. Hoy no cambiaría una palabra de lo que ese día dije en el cementerio de Lima:



MORE con Enrique López Albújar...

«Nada más doloroso que renunciar a alguien. Y henos aquí devolviéndole a la tierra el cuerpo del ingenioso y agresivo prosista que llenara, desde su mocedad hasta ayer, el lugar más destacado y bullicioso del periodismo peruano. Sólo para el mañana –señalando por campo toda América hispana– ha dejado Federico More la tarea, demasiado ambiciosa, de poderlo igualar. Le gustó ser primero. Y lo fue siempre. Nadie usó de la pluma con la habilidad de él, nadie supo hacerse odiar y temer como él y ninguno habrá que haya gozado de la amistad más que él. Caballo desbocado, tuvo ideas demasiado emotivas sobre la realidad social y política; pero, asumió con desenfreno lo que creyó justo. Pasó la vida entreteniéndose en decir que lo que más amaba era un crepúsculo frente al mar, o el silencio infinito de su puna. Lo que siempre hizo fue vivir apasionadamente, buscando sin cesar una trinchera de combate, queriendo –en el mundo de las ideas– unir la luna con la tierra. Fue poeta, en lucha constante por hacer vivir a los hombres dentro de una libre y divertida discrepancia. Y por poeta, quiso ser político. Lo vencieron la poesía y el humorismo. Ese sutilísimo humorismo sajón que permite llorar bajo la risa. Vivió entre sueños encantados y chispeantes; que no le impidieron, sin embargo, que muy a menudo coincidiera, en su trágica angustia por su pueblo, con las multitudes, a las que detestó con convicción de aristócrata de la inteligencia. More no entendió la vida sin pelea... y ha caído peleando. Honra a la revista que fundé y dirijo el haber sido su última trinchera. Los que hemos estado hasta el fin a su lado, sabemos que no lo mató la muerte. Federico se dejó morir. En un país donde cada día es menos valorada la inteligencia; en momentos en que se han perdido hasta las buenas maneras –de las que él gustó tanto–; y cuando las posibilidades de rehacer la fe de su pueblo, a base del respeto a la discrepancia, se transforman en seguro temor de tener que continuar en obligada convivencia, no creyó adecuado encontrar otro camino que el de dejarse morir. ¿Qué hacía él, eterno discrepante, en un mundo de silencio? Como sus amigos, los viejos griegos, se fue sonriéndole a la vida. Junto a Federico enterramos otra esperanza maltratada».

Pero los hombres que crearon belleza, que sembraron ideas, sobreviven a su envoltura terrena. Son como los gatos –animal al que More adoraba–; tienen varias vidas, las vidas que nacen de las lecturas que dejan.

Los invito a leer a Federico More. ■

Mundo y después de **Gente**, **Equis** y la hace poco fenecida **Marka**.

Mucho tiempo más podríamos seguir hablando del tema; es el tema de mi vida. Pero creo que me he extralimitado en esta charla de elogio al periodismo como oficio y a las revistas como género periodístico. Ya es hora de que sean ustedes los que hagan de periodistas y me planteen los interrogantes críticos y hasta cáusticos que con mucha facilidad y una cierta irresponsabilidad hace el periodismo a los gobernantes y gobernados, a las personalidades y a los hombres de la calle. Aquí estoy dispuesto a ser sacrificado con las preguntas de un auditorio que ha sido excesivamente gentil al haberme permitido hablar tanto rato de asuntos que siento muy particulares, muy personales. ■

(Esta nota fue publicada en OIGA Nº 97 del 18 de octubre de 1982).

Oiga en la escena contemporánea(*)

CUANDO OIGA inició su segunda etapa periodística, a fines de 1962, el mundo acababa de salir de la crisis de los misiles. Nunca estuvo la humanidad más cerca de un holocausto nuclear que en esa ocasión. Pero al final, luego de un terrible suspenso, Kruschev acordó retirar la cohetería soviética del suelo cubano y Kennedy, por su lado, se comprometió a no invadir la isla. Este entendimiento se mantuvo en vigencia a lo largo de la Guerra Fría y continúa siendo válido a pesar del colapso del comunismo. En esa época el Perú estaba gobernado por la Junta Militar que presidía el general Pérez Godoy (después reemplazado por el general Lindley). Era un régimen transitorio tras la anulación de los comicios de Junio de 1962 en la que ninguno de los principales contendores (Belaúnde, Haya de la Torre y Odría) alcanzó la mayoría requerida del 33% de los votos para ser electo. En Junio de 1963 se impuso Fernando Belaúnde Terry con el 40% del voto. El Perú comenzó una nueva etapa democrática bajo un signo reformista que pretendía transformar al país sin alterar sus estructuras.



EL GOBIERNO militar promovió una apertura con el mundo socialista y se enfrascó en una confrontación inútil y costosa con los Estados Unidos. Fidel se puso de moda.

En el ámbito internacional el Perú permanecía alineado al bando occidental pero con una perspectiva totalmente distinta. En Marzo de 1961 el Presidente Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso que trató de identificar la democracia y la libre empresa con la reforma social y el desarrollo económico. Fue un noble intento que terminó frustrado. Esa frustración también se reflejó sobre el primer gobierno del Presidente Fernando Belaúnde. En 1965 el gobierno de Belaúnde con el apoyo decidido de la fuerza armada aplastó a la guerrilla comunista liderada por De la Puente Uceda. Pero sucedió un fenómeno curioso. Los militares terminaron dándole la razón a los guerrilleros en el sentido de acelerar los cambios económicos y sociales. Y en Octubre de 1968 aprovecharon el escándalo de la página once para dar un nuevo golpe de Estado e instaurar un régimen castrense de tinte izquierdista. OIGA que había apoyado la candidatura de Fernando Belaúnde y sus medidas reformistas en los primeros «cien días», acabó en la oposición y aprobó el golpe. El autor de estas líneas no desea emitir un juicio de valor sobre esa actitud. Simplemente se limita a constatar el hecho objetivo del apoyo brindado por OIGA a las medidas nacionalistas y estatistas decretadas por el gobierno de Velasco Alvarado. Esas medidas a juicio del suscrito resultaron funestas para el país, pero no es menos cierto que fueron apoyadas por mucha gente, incluyendo a Francisco Igartua, que de buena fe creyeron en la necesidad de un cambio radical en el Perú. Muchos también las apoyaron por un sentido oportunista o por el deseo de hacer buenos negocios. El oportunismo y los buenos negocios son una constante de nuestra vida republicana.

Sea lo que fuere el gobierno militar promovió una apertura con el mundo socialista, sin duda inevitable en esa etapa, pero asimismo se enfrascó en una confrontación costosa e inútil con los Estados Unidos. El régimen castrista cubano súbitamente se puso de moda. Yugoslavia también con su prédica autogestionaria que desembocó en la llamada



por MARTIN BELAUNDE M.

propiedad social, que no era ni propiedad ni social sino un experimento burocrático más. Con los Estados Unidos el régimen militar fue morigerando su virulencia anti-yanqui para terminar pactando el prudente y engañoso acuerdo Greene-Mercado que significó, en buen romance, una indemnización encubierta a favor de la IPC. Para 1974 el gobierno militar había perdido la brújula y trató de ocultar su ausencia de rumbo con un creciente autoritarismo y absurdas medidas expropiatorias. OIGA pasó a la oposición cuando el régimen militar estatizó a la prensa y anuló lo que aún quedaba de libertad de expresión. En Noviembre de 1974 OIGA fue cerrada y su director, Francisco Igartua, deportado a México.

La revista dejó de salir por tres años pero en el interín el general Velasco fue depuesto y sustituido por el general Francisco Morales Bermúdez. Este inauguró la llamada «segunda fase» del régimen militar (coincidentemente hace justo 20 años) que de manera vacilante comenzó a rectificar los peores errores cometidos por Velasco. No devolvió los periódicos pero sí permitió la publicación de revistas. Así volvieron a salir de manera permanente OIGA y CARETAS, ambas silenciadas en 1974 (si bien OIGA apareció discontinuamente en 1975 y 1976). La crisis mundial del petróleo puso al desnudo los disparates económicos del gobierno militar y la situación política y social comenzó a deteriorarse aceleradamente. El crecimiento de la izquierda se remonta a esa época. En el interior del país, bajo la mirada complaciente de la dictadura militar, se multiplicaron grupos extremistas como el de Sendero Luminoso en Ayacucho.

El gobierno de Morales Bermúdez dio inicio a una apertura respecto de los civiles, incluyendo a los partidos políticos, en especial el APRA. La Asamblea Constituyente de 1978 fue el fruto de un acuerdo con la civilidad en el que partici-

(Pasa a la página siguiente)

"OIGA78" Y LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

por OMAR CAIRO ROLDAN

EN julio de 1977, Francisco Morales Bermúdez anunció el cronograma de transferencia del poder: primero una Asamblea Constituyente y luego, en 1980, elecciones generales. Aunque no todos los partidos políticos, organizaciones sociales y medios de comunicación coincidieron en aplaudir este mecanismo, la Asamblea, elegida el 18 de junio de 1978, tenía el deber de enrumbar al Perú hacia la democracia.

Para que este objetivo se cumpliera, era necesario que la sociedad mantenga una mirada alerta sobre el proceso político. Como esto es imposible sin libertad de prensa –había entonces diarios incautados y revistas clausuradas–, OIGA 78 salió al frente cada vez que el gobierno militar impuso limitaciones al elemental derecho de los ciudadanos a informarse. Pero esta tarea correspondía, más que a nadie, a la Asamblea Constituyente. Y así lo entendió la revista OIGA.

Por eso, al mismo tiempo que elogió el mensaje inaugural del Presidente de la Asamblea, describiéndolo como una bella oración cívica y un reclamo de atención a los problemas trascendentes del Perú, OIGA 78 objetó que el discurso no tuviera «una sílaba» sobre la libertad de prensa.

Durante todo el proceso constituyente, OIGA mantuvo la vigilancia de la conducta de los actores políticos frente a este tema. Y así como no dudó en destacar las actitudes de la Asamblea contra la censura estatal –por ejemplo, su pronunciamiento contra la nueva ley de prensa (D.L. 22244)–, tampoco guardó silencio cuando consideró que, en la propia Constituyente, la libertad de expresión resultaba cuestionada.

El número 66 de OIGA 78 (14 de mayo de 1979), por ejemplo, presentó este titular como carátula: «ASAMBLEA VIOLA MANDATO POPULAR». Así rechazó la aprobación –en ese momento por consenso– de la facultad estatal para expropiar los medios de comunicación. Los constituyentes entonces sólo discrepaban acerca de cuál debía ser la causal de expropiación: el «interés social», la «seguridad nacional», o ambos a la vez. Esto era, para OIGA, un «Liberticidio Constituyente», porque «no hay duda que mayor atractivo tendrán las razones se seguridad nacional para un régimen de derecha y las de interés social para la izquierda, lo que indica que por un lado y otro podrá ser triturada la libertad de expresión».

Consecuentemente, OIGA 78 estuvo al lado de los directores de revistas clausuradas como «Caretas» y «Equis X», exigiendo al gobierno militar su reapertura. La ocasión propicia era el 5 de abril de 1979, día del Centenario de la Guerra del Pacífico. Para que la unidad nacional de los peruanos quedara «demostrada objetivamente entre propios y extraños», y la solidaridad nacional no resultara «circunscrita al ámbito castrense y burocrático». Pero las revistas permanecieron cerradas. Un siglo después –como dijo OIGA– no habíamos aprendido la lección de una guerra que perdimos por nuestra «división interna» y por «errores de conducción política más que por imprevisión militar».

Sin abandonar la solidaridad con los medios de expresión –de todas las tendencias políticas– agredidos por la dictadura, OIGA 78 subrayó siempre su posición a favor de la libertad de prensa para todos, sin más limitaciones que las impuestas por la ley ordinaria. No coincidió, por lo tanto, con quienes pensaban que esta libertad sólo debía alcanzar a la «prensa popular», o propugnaban «una prensa dispuesta por el Estado en favor de tales o cuales partidos u organizaciones sociales».

En defensa del pluralismo, OIGA 78 enfrentó a la posición que reducía la realidad a sólo dos opciones irreconciliables: el socialismo y el capitalismo. La denunció como una tendencia «maniquea, tradicional, a pesar de la brillantez con que algunos expongan la tesis», donde «naturalmente que el bando propio es el bueno, sin tacha, el cielo en la tierra, y el contrario ha de ser el malo, el hambreador, el responsable de todos los males terrestres». Y es que la democracia –afirmó OIGA– es, por el contrario, «mundo de divergencias, de complejos matices, de variadas soluciones, de libre raciocinio, y no de catecismo».

Una expresión concreta de este pluralismo fue la protesta de OIGA 78 contra el allanamiento policial del local del partido del constituyente Hugo Blanco. Sus discrepancias con los planteamientos de la izquierda, no impidieron a la revista afirmar que este hecho «silenciado en su significado y motivo por toda la prensa parametrada y no protestado por los demás partidos», constituía un «deplorable atropello».

La composición plural, precisamente, convertía a la Asamblea en el interlocutor

(Pasa a la página siguiente)

pó el APRA, el PPC y los diversos grupos de la izquierda. Acción Popular se automarginó pero no boicoteó la Asamblea. Morales Bermúdez no pretendió perpetuarse en el poder y permitió la realización de elecciones generales auténticamente libres en 1980. El país, cansado de 12 años de régimen militar, volteó los ojos hacia Fernando Belaúnde Terry, la figura opositora por antonomasia ante la imposición castrense. Fernando Belaúnde ganó en la primera vuelta y además logró una virtual mayoría parlamentaria. La democracia retornaba con el mejor de los auspicios.

No fue así en realidad. El país estaba deshecho, agotado, desgastado. Sendero Luminoso arrancó su carrera de muerte y destrucción el mismo día de las elecciones y cogió al Perú entero de sorpresa. La primavera democrática se complicó con la recesión internacional y la crisis global de la deuda externa. La lucha contra el terrorismo ocasionó algunos abusos denunciados estridentemente fuera del Perú por organismos como Amnistía Internacional. En el exterior se comenzó a satanizar al gobierno de Fernando Belaúnde con daño creciente para la economía peruana ya debilitada por la catástrofe de la Corriente del Niño y de la sequía en la Costa y en la Sierra así como por el terrorismo y el narcotráfico. En medio de graves dificultades Fernando Belaúnde completó su segundo mandato no sin antes haber aplicado estrictas medidas de austeridad fiscal que ordenaron la economía a costa de la creciente impopularidad de su gobierno.

En 1985 el fenómeno Alan García se apoderó del Perú. Su carismática candidatura convenció a los sectores más disímiles, entre ellos los grupos empresariales más importantes, algunos de los cuales contribuyeron generosamente a su campaña electoral. Alan García una vez en el poder desata una nueva etapa de confrontación con la comunidad financiera internacional so pretexto del no pago de la deuda externa. En esas circunstancias el Perú se convierte en un paria tercermundista en camino de la ruina. El régimen de Alan García se caracteriza por la absoluta ineficiencia en lo administrativo, por la corrupción generalizada en lo presupuestal y por la inflación desbocada en lo económico. Jamás un gobierno nos precipitó al abismo en forma tan deliberada y consciente. El intento de la estatización de la banca completa el cuadro. Surge Mario Vargas Llosa como la esperanza nacional y propaga un ideario liberal que se consolida con la debacle del comunismo. Los socialistas de antaño se convierten al credo capitalista, salvo la solitaria figura de Fidel Castro. Pero el Apra y la izquierda se defienden con la campaña del shock e indirectamente promueven la candidatura de un virtual desconocido, Alberto Fujimori, que se presentaba a la Presidencia de la República y al Senado en forma simultánea. Al final Mario Vargas Llosa, satanizado como el candidato de los ricos, es vencido por Fujimori en la segunda vuelta, que en aquel momento contaba con la adhesión entusiasta del Apra y de la izquierda.



LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE del 78 fue fruto de un acuerdo con la civilidad en el que participó el Apra, el PPC y los diversos grupos de izquierda. En la foto se puede apreciar, junto a Haya, a un juvenil Alan García, cuyo gobierno (85-90) se caracterizó por ineficiencia administrativa, corrupción generalizada e inflación desbocada.

El tiempo, sin embargo, no había pasado en vano. Fujimori inaugura su primer mandato en un ambiente catastrófico y sin alternativas económicas distintas al shock y a la reinserción. En el plano externo el Perú negocia su reinserción a la comunidad financiera internacional con la asistencia de los Estados Unidos y del Japón y con la colaboración de la ONU. Se aplica el shock que es soportado con extraordinario estoicismo. El gobierno obtiene no una sino varias leyes de delegación de facultades para legislar, pero el 5 de Abril de 1992 disuelve el Congreso y liquida al Poder Judicial. La opinión pública acoge favorablemente esas clausuras. No obstante la comunidad internacional obliga al gobierno de Fujimori a convocar a elecciones para un nuevo Congreso Constituyente en las que el gobierno logra una mayoría parlamentaria que le sirve de auxiliar y de caja de resonancia. El Perú lentamente comienza a salir de su crisis con la supervisión de los organismos internacionales y la contribución entusiasta del capital especulativo que ve al Perú como una nueva oportunidad de inversión de rápida ganancia. En Setiembre de 1992 Abimael Guzmán es capturado y el terrorismo recibe un golpe del que no puede recuperarse. En Abril de 1995 Fujimori es reelegido con un porcentaje bastante mayor del esperado. El 28 de Julio inaugura su segundo mandato dentro de una corriente de moderado optimismo y de expectativa popular de remedio a la crisis. En esas circunstancias mucha gente se pregunta, ¿estamos mejor que en 1990? La respuesta en mi opinión es positiva pero con el deseo generalizado que se encuentre rápido alivio a la recesión y el desempleo. Las cosas, sin embargo, no mejoran para OIGA que se ve obligada a cerrar por un conjunto de razones que la conducen a la ruina económica. El autor de estas líneas ha colaborado independientemente con OIGA desde 1986 y las páginas de esta revista le sirvieron de medio de expresión, al igual que a muchas otras personas de corriente parecida o distinta. OIGA a su interior ha practicado la libertad de prensa. Esperemos en esa forma haber contribuido a esclarecer el debate en el Perú, que buena falta nos hace para no caer en la chatura monocorde de la adulación y del halago al poder. ■

(*) OIGA y la escena contemporánea (1962- 1995)
(*) El autor se ha inspirado en el título que José Carlos Mariátegui dio a uno de sus numerosos libros.

---

ideal del gobierno militar para viabilizar la transferencia. Así lo entendió OIGA 78 cuando afirmó que a «la Constituyente como entidad, le corresponde la coordinación y el trato administrativo con el gobierno actual». Cuestionó, por consiguiente, que miembros del régimen de facto mantuvieran conversaciones separadas con los partidos.

Así transcurrió la Cuarta etapa de la revista OIGA. En octubre de 1980, con nuevo formato y ya dentro de un régimen constitucional, se inició la presente Quinta etapa (1980-1995). Pero sólo fue un cambio de formato porque la actitud alerta frente a los gobiernos y la defensa de los principios democráticos permanecieron. Y el Perú las volverá a encontrar cada vez que reciba una nueva etapa de OIGA. ■

Con Club Premier De Aeroperú

VUELE A MIAMI Y LLEVESE GRATIS UN PASAJE A CUALQUIER PUNTO DEL PERU.

¡ Aproveche esta sensacional promoción! Con el doble kilometraje que le regala Club Premier al viajar a Miami, usted se lleva ¡completamente gratis! un pasaje ida y vuelta a cualquier punto del país. Esta es la forma más fácil para que usted gane pasajes gratis a cualquier lugar del mundo. Apresúrese. Inscríbase ya en Club Premier de Aeroperú llamando al 447-8920.



CLUB Premier
aeroperu

PROMOCION VALIDA HASTA EL 30 DE OCTUBRE.

INTERANDINA BATES



LEGUIA no imaginó su triste fin. Basadre dice: «El, que había conocido hasta el cansancio, por propia experiencia, que la adulación ante el poderoso es una de las características más caudalosas que suele emerger en la psicología nacional, luego paladeó brusca y acerbamente que otra de sus notas distintivas suele ser la de la crueldad ante el caído».

LEGUIA

por JESUS REYES M.

Mucho se ha escrito sobre el auge y caída del «oncenio» de Leguía, una etapa de nuestra historia que ha comenzado a repetirse. Muy pocos la han logrado resumir como Federico More, el genial panfletario que fustigó con lapidarias frases a los que hicieron escarnio de las desgracias del hombre de la «Patria Nueva», no obstante haber sido una de las víctimas del «oncenio». Dijo More en *«Zoocracia y Canibalismo»*:



ABANDONADO por la cúpula militar que, temerosa de las iras de Sánchez Cerro ordenó el retorno del BAP Grau, que lo llevaba al exilio, Leguía murió en febrero de 1932. Su ataúd fue cubierto con el pabellón nacional para prevenir manifestaciones hostiles. A la derecha: Capitán de Navío Julio Goycochea y coroneles Eulogio Castillo y Arturo Zapata, miembros de la junta de gobierno del general Ponce ante la cual dimitió Leguía la madrugada del 25 de agosto de 1930.

«A MIS contrarios de nada tengo que acusarlos; a mis amigos, de todo. Los unos siempre me combatieron; se oponían a mi gobierno usando las armas que la política pone en manos de los hombres; los otros, los que me acompañaron hasta el momento en que la depresión económica se acentuó causaron mi ruina. ¿Y por qué? ¿No recibieron acaso los beneficios innumerables de mi nunca desmentida prodigalidad? ¿No fui yo el anfitrión de todas sus orgías?»

El hombre que escribió estas amargas líneas en una oscura celda del Panóptico que levantó Castilla en el solar que hoy ocupan el Centro Cívico de Lima y el hotel Sheraton, se atrevió a desafiar lo designios de la historia y se hizo reelegir dos veces presidente de la República: se llamaba Augusto Bernardino Leguía, fue popular y en su honor se quemaba en cantidades infinitas el incienso de la adulación; se le comparaba con Bolívar, ningún ditirambo era suficiente para cantar su gloria: Prócer de la Patria, Pericles de América, Salvador de la Patria, Nuevo Mesías, Precursor y Padre del Nuevo Perú. Pero cuando cayó un 22 de agosto, hace 65 años, los que se enriquecieron a su costa lo abandonaron ignominiosamente. Unicamente su hijo Juan lo acompañó en el cautiverio del cual sólo lo liberó la muerte.



NINGUN mandatario peruano tuvo un final tan trágico como el de Leguía.

«El mundo vivía los años de las vacas gordas. Todo era dinero sobre la faz de la tierra. Los hombres trataban al oro en la forma más irrespetuosa que conoce la historia financiera del planeta. Desde Wall Street, los banqueros les ofrecían dinero a todos los países.

«El señor Leguía, que no amaba las instituciones ni era un jurista, se entregó al delirio de las obras materiales. Fue un gran alcalde de la República. Poco le faltó para asfaltar las selvas del Oriente y para convertir el Amazonas en la piscina de algún gran club mundano.

«Su patriarcalismo, su culto por la obra material y su afán de durar en el poder, fueron los tres ángeles malos de Leguía. Terminado su período en 1924, consiguió, contra ley y contra todo precedente, que el Congreso autorizara la reelección. Esto nunca había sucedido en el Perú. Y Leguía fue reelegido. Por este solo hecho, perdió la confianza de sus conciudadanos, les dio armas a sus adversarios y convirtió en cómplices a sus amigos.

«Autorizada la reelección, el Congreso se quedó sin autoridad moral de ninguna especie. El pueblo, que ya había perdido

(Pasa a la página siguiente)

el respeto al Parlamento, llegó a sentir cierto desprecio por la función parlamentaria. Los ciudadanos que tenían un poco de orgullo cívico, desdeñaron ir al Parlamento y el Congreso se convirtió en un conjunto de gentes sumisas y que no tenían más deseo que medrar a la sombra del Dictador.

«Cuando, en 1929, Leguía logró que lo reeligieran de nuevo, la desconfianza pública se convirtió en hostilidad. Las conspiraciones, que no habían cesado ni un instante a través de los Once Años, se intensificaron. Comenzó a formarse el frente único. Si al principio de su gobierno Leguía conoció instantes de sumo peligro y de gran debilidad; si perdió el piso en los días azarosos del Laudo de Estados Unidos en el litigio con Chile, al principiar 1929 ya era hombre perdido.

«Para colmo de desdicha, empezaron los años de las vacas flacas. Vino la pobreza. Y el hombre que, durante diez años, había gobernado gracias a la opulencia, no supo ni pudo adaptarse a la medianía. Sus amigos le retiraron la confianza. El país, sin dinero, resultó algo así como un automóvil sin gasolina. Carente de instituciones y de espíritu cívico, con todas las leyes falseadas y sin un hombre o un grupo que reanimaran a las gentes desencantadas, la caída de Leguía era cosa de horas».

Sus propios amigos, sus ministros, sus congresistas, sus directores de empresas públicas, sus secretarios, sus alcaldes, los áulicos que lo acompañaban —la cúpula de Palacio como se dice hoy— causaron la ruina de Leguía y de ello él se lamenta amargamente. En su obra *«Yo tirano, yo ladrón»*, de escasas páginas escritas en la prisión y editada poco después de su muerte, Leguía los acusa de medrar con la concesión de contratos de obras públicas, urbanizaciones, carreteras o ferrocarriles: *«sacaban provecho de estas concesiones, explotándolas o traspasándolas por pingües sumas, a terceras personas. Otros, aprovecharon también de esta situación especial, para conseguir expoliar al prójimo a su antojo»*. Como los picaronazos del actual régimen, ellos se llenaron los bolsillos con los millones de dólares y de libras esterlinas que Leguía consiguió de la banca extranjera después de haber restablecido el crédito del país. *«Pueblo sin crédito es como mujer sin honra»*, se ufanaba Leguía.

Ministro de Hacienda de Candamo, Primer Ministro y Ministro de Hacienda del presidente José Pardo, presidente él mismo de 1908 a 1912, Leguía era un político nato. Pero las alturas del poder lo marearon. Porque necesitaba un Congreso de títeres, ad hoc a sus designios, volvió a Palacio en 1919 por la puerta falsa de un cuartelazo militar cuando las urnas lo habían ungido ya como el primer presidente independiente en nuestra historia republicana. Sin ningún partido que lo respaldara, ganó las elecciones de ese año con 122,736 votos contra los 64,936 que obtuvo su más cercano competidor, el civilista Antero Aspíllaga.

1929: Leguía ya estaba muy enfermo pero una ambiciosa cúpula palaciega impulsó su segunda reelección. En la foto aparece con su hijo Juan, empresarios, gamonales y uniformados que se beneficiaron con generosos ascensos durante todo el oncenio.

El golpe militar del 4 de julio de 1919 rompió la tradicional coexistencia de unos peruanos con otros peruanos. Como dice Basadre: *«Comenzó a abrirse entonces un abismo en la ciudadanía, para quedar diferenciados permanentemente los favoritos o usufructuarios del poder, los neutrales o convenidos y los inconformes vistos como réprobos o malditos»*.

Sus áulicos aplaudieron la idea de la Patria Nueva, que Mariano H. Cornejo, presidente de la Asamblea Nacional creada por el propio Leguía para hacer la Constitución del «Nuevo Perú», definía como *«la trinidad de un pueblo, de una idea y de UN HOMBRE; de un pueblo derribado que no quiere morir; de una idea que ilumina y de UN HOMBRE que levanta al noble herido y que convierte su deseo de vida y la luz de una idea, en método y acción»*.

Pura palabrería: Leguía estaba convencido que era el hombre predestinado para llevar al Perú a la modernidad. Y para él modernidad era hacer obras. Detrás de él estaban —dice René Hooper


Mundial

Calle de Mantas No. 152

EL CLASICO "PRESIDENTE DE LA REPUBLICA" SERA UN WALK-OVER

CHOCOLATE NESTLÉ

CHOCOLATE NESTLÉ

AUN la prensa adicta al régimen no podía menos que hacer notar que Leguía se presentó a la reelección de 1924 teniendo todas las ventajas a su favor, pues no había rival que se atreviera a enfrentarlo. Lo mismo ocurrió cinco años después.





LA ALTA burguesía, enriquecida por el oncenio, engrosaba, al lado de entorchados militares y reinas de clubes sociales, las manifestaciones «populares» en honor a Leguía. Esta tuvo lugar en 1927, en la Alameda de los Descalzos.





LA REVOLUCION del comandante Sánchez Cerro abrió las puertas de las cárceles donde sufrían reclusión los opositores de Leguía. Luis A. Flores es llevado en hombros por las calles del Callao después de desembarcar procedente de El Frontón.



EL PUEBLO, en cuyo nombre Leguía quiso eternizarse en el poder para construir la «Patria Nueva» se volvió contra él y, a su caída en agosto de 1930, asaltó su residencia de la calle Pando y las de sus amigos con quienes arruinó el país.

López en su libro «*Leguía*»— los amigos y los áulicos «*que explotaron su apetito de hacer, de realizar, más que su ansia de poder*».

Así, Leguía se hizo reelegir en 1924 por un período de cinco años más, los que cumplió con las justas. Abel Ulloa Cisneros, uno de los contados verdaderos amigos de Leguía, anota en su obra «*Escombros*»: «*Leguía padecía de una inflamación prostática, que le ocasionaba, a veces, retención de orina. Siendo mandatario, tenía dispuesto que en el momento tal cosa aconteciese, fuera inmediatamente llamado el doctor Eugenio Mac Cornack, el cual acudía enseguida, en automóvil provisto con placa de carro—ambulancia, a fin de salvar distancias sin tropiezos, llevando consigo los instrumentos necesarios para verificar la sonda*».

La «Patria Nueva» no era meta que se podía ensayar y ofrecer permanentemente, dice René Hooper, quien agrega: «*La opinión y los pueblos van cambiando. Leguía lo comprendió así, también muchos de los que lo rodeaban, pero, los más, los espíritus prácticos, de manera indudable, los ansiosos del poder y de sus goces, no querían que aquello terminara. Para eso, había que seguir hasta el fin, que, no lo veían, ni siquiera cercano, o no lo deseaban ver. Leguía sólo debía durar, era necesario que durase. De allí la explicación de la reelección de 1929. Ya estaba abatido, enfermo. Su enfermedad había aparecido con caracteres crónicos, pese al tratamiento a que se le sometía y a la gran capacidad de reacción que tenía. Su mal de próstata se presentaba con períodos dilatados pero con persistencia*».

No obstante, como dice Hooper, el régimen siguió. «*El gobierno iniciado en el año 1929 no tenía ninguna fuerza, ni política, ni económica, tomándolo en el sentido fundamental. Los grupos que lo rodeaban eran 'heterogéneos y moralmente débiles'. No existían ni fuerzas políticas ni sindicales debidamente organizadas*». Funcionaba una caricatura de Congreso; los tribunales de justicia eran atropellados por el Ejecutivo; la universidad había sido intervenida y el periodismo independiente también había sido arrasado.

Basadre anota en su «*Historia del Perú*»: «*Después de 1921 se esfumó todo atisbo o destello de oposición. Los diarios no fueron en aquella época, salvo excepcionales momentos hasta 1925, una expresión de las pugnas de la opinión pública*». Y añade que también el periodismo satírico se extinguió como símbolo de que la libertad de prensa había desaparecido.

Para acallar a la prensa se utilizaron métodos salvajes: la misma madrugada del 4 de julio de 1919 una turba asaltó la imprenta de *El Comercio* y dinamitó sus talleres; suerte semejante sufrió *La Prensa* que acabó siendo confiscada al año siguiente y entregada al colombiano Guillermo Forero Franco. Con el correr de

(Pasa a la página siguiente)

LEGUIA

los años y la experiencia, otras formas más sutiles serían empleadas para acallar a la prensa independiente: la más eficaz de ellas, el acoso económico a través de los organismos estatales recaudadores de impuestos.

«Sólo existía una organización: los institutos armados», señala Hooper. En efecto, Leguía supo dominar al Ejército y la Marina premiando a sus cómplices en el golpe del 4 de julio con ascensos escandalosos. Basadre anota: *«Los ascensos políticos, iniciados en pequeña escala después de la revolución de mayo de 1908, aumentados con motivo del 29 de mayo de 1909 y con vastos alcances al amparo del golpe de Estado del 4 de febrero de 1914, llegaron a una amplitud todavía mayor en 1919»*. Pero no fue esa cúpula militar la que encabezó la rebelión contra la dictadura del Oncenio que se incubaba en los cuarteles entre los comandantes, mayores y capitanes. Ellos fueron los precursores de la actual organización secreta autodenominada COMACA.

«El año 1930, fue el desmoronamiento. La crisis económica mundial hirió de muerte a todos los gobiernos que habían tenido idéntico sentido político. Machado en Cuba, Ibáñez en Chile, Yrigoyen en Argentina, Washington Luis en Brasil, cayeron estrepitosamente, por falta de aire, diría un historiador contemporáneo, por falta de aliciente o de metas para satisfacer las hondas inquietudes de los pueblos», dice Hooper.

«Las larguezas hacendarias, las complacencias del régimen que habían traído hondas censuras; la incomodidad social en pueblo jamás habituado a la prolongación de un solo régimen de gobierno que necesitó de rigor y resolución para cumplir su acción transformadora; he ahí en verdad las causas de la caída de Leguía, que desde 1929 era un caso previsto», anota, por su parte, Ulloa.

Leguía cayó el 22 de agosto de 1930, derrocado por la revolución que estalló en Arequipa, encabezada por el comandante Luis M. Sánchez Cerro. El 25 dimitió y abandonó Palacio; fue llevado al Callao y embarcado en el «Almirante Grau», buque—insignia de la Armada, rumbo al destierro. Pero Sánchez Cerro ordenó el retorno del presidente depuesto. Leguía fue internado en las mazmorras de la isla San Lorenzo. Después fue traído al Panóptico.

En *«Escombros»*, Ulloa describe los últimos días de Leguía que aquí reproducimos en apretada síntesis: *«Durante su encierro en San Lorenzo y el Panóptico, se agravó su enfermedad, habiendo estado sin atención médica especializada durante veintiún días. En San Lorenzo fue visitado por el médico Eduardo Ojeda, el cual cumplió sólo el encargo oficial de comprobar las condiciones de salud del derrocado presidente, no habiéndole practicado ningún examen.*

«La celda que compartía Leguía con uno de sus hijos, en condiciones infrahumanas, era no mayor de nueve metros cuadrados. En ella, durante el tiempo de su encierro, Leguía había sufrido varias retenciones de orina, habiéndole practicado su hijo un sondeo, en forma inexperta y en condiciones insalubres, lo que provocó en el ex mandatario una infección en la vejiga. Debido a su gravedad, fue nombrada una junta de médicos para la evaluación del prisionero, los cuales recomendaron la práctica de una cistotomía. Pero debido a que el gobierno no iba a permitir que Leguía sea trasladado a una clínica u hospital, los médicos aceptaron operarlo en el Panóptico. A esto se opuso el doctor D.M. Mac Cornack, hermano del médico de Leguía, Eugenio Mac Cornack, quien estaba de viaje en los EE.UU.. Debía aún de prolongarse por largos meses la agonía de Leguía.

«En diciembre, al complicarse la enfermedad de Leguía con una bronconeumonía, fue trasladado al Hospital Naval de Bellavista. Ahí fue víctima de un atentado con dinamita, del cual salió indemne. En el Hospital Naval fue evaluado nuevamente y se llegó a la conclusión de que debía extirparse la próstata, pero habí a que hacer una operación preliminar (la cistotomía). Los cirujanos fueron los doctores Mac Cornack, Aljovín y Belisario Sosa. La intervención quirúrgica tuvo buenos resultados.

«El 5 de febrero se realizó la operación a la próstata. Los cirujanos fueron los doctores Mac Cornack, Guilliland, Congrains, Venero, Crane y Sosa. La operación fue perfecta, pero el débil cuerpo del anciano ex presidente no la resistió».

Leguía fue sepultado un día de Carnaval —la fiesta pagana que él había entronizado en el Perú, durante la cual Lima era un jolgorio, con bailes en Palacio, desfiles de reinas de belleza y verbenas populares—, el 7 de febrero de 1932. Los restos del hombre que se creyó predestinado para construir en el Perú una «Patria Nueva», pero cuyo régimen sucumbió en medio de una corrupción tan ostentosa como sus obras, fueron sepultados en el cementerio de Baquijano. ■

OIGA Y ALAN GARCIA

LA CRITICA SOLITARIA

por PEDRO PLANAS

PARECEN tan lejanos esos esforzados años de 1985 y 1986. El seductor verbo de un joven candidato presidencial, recompensado con la Presidencia de la República por remozar la vetusta arquitectura de su partido de origen, portando un ego visiblemente alterado por ese penoso deporte peruano de los aplausos, encuentra a Igartua –como Ulises– amarrado en su poste principista, intentando triturar una a una las múltiples promesas musicales que fluían de la inatajable labia. Y donde otros festejaban una mar plácida y quieta, al grado de zambullirse en las nuevas aguas sin ninguna precaución, Igartua –desde su puesto de alta vigía, allende la arena– advertía aguas movidas y detectaba solitariamente objetos oscuros y engañosos moviéndose a sus anchas, bajo el aparente remanso. Igartua... ¡aguafiestas! Claro que sí: aquel paisaje de postal, que espontáneamente repartía la prensa nacional e internacional, tenía como casi único detractor, a un tozudo y vasco metereólogo, cuyo mérito (pecado, dicen los coyunturales) fue siempre proyectarse más allá del petrificado horizonte captado por la postal. Y así, cuando bramaron los cielos y apareció el intempestivo tsunami estatista de 1987, todos olvidaron la esforzada labor del vigía. Todos se parapetaron en torno al puesto de salvavidas, más, en esa nueva foto de postal, Igartua era visto como uno más...

Al caer la popularidad de Alan García (en tendencia proporcionalmente inversa al ritmo inflacionario), la voz de OIGA tiene mayor eco. Sus denuncias, ahora sí son escuchadas y hasta reproducidas. Sus editoriales, son leídos en voz alta y citados con orgullo. Precisamente en esa época, cuando Igartua compartía –gustoso– su rol de atento vigía y de insobornable catón. Por contraste, la actitud hacia OIGA en 1985 y 1986, tuvo caracteres de lectura clandestina, comentario a media voz y hasta hubo editoriales cuya lectura fue negada con orgullo («leo OIGA, pero no leo a Igartua»). Aun quienes estuvimos en el equipo de OIGA en aquellas jornadas, tenemos algo de desmemoriados y nos asombra encontrar, a mediados de 1986, críticas a Ulloa y a D'Ornellas por su perpetua «luna de miel» con García y hasta un valiente artículo de nuestra muy leída «Pandora» (Evelyna Fassio) cuestionando al



OIGA advirtió el peligro de la «luna de miel» con AGP y quienes la criticaron se encaramelaron luego con el fujimorismo anti-García.

periodista de «La Ventana de Papel» por reprocharnos a nosotros no tener esperanzas en ese joven presidente que hace tantas cosas buenas por el Perú (¡!).

Imaginamos que nadie creerá hoy que la posición de OIGA frente al gobierno aprista obedeció a prejuicios mentales o a escondidas *vendettas*. «Desafortunadamente, Igartua tuvo razón», era el único reconocimiento que tuvo a bien circular alrededor de 1987 y 1988. En todo caso, que quede en nuestra memoria la campaña casi solitaria que emprendió OIGA en esos años de pletórica «luna de miel». Ahí está el *Editorial* clave: «Por qué y para qué seremos oposición» (22/4/85). Ahí están los llamados permanentes de Igartua a construir una auténtica «oposición democrática y fiscalizadora»: vano llamado, que fue incapaz de romper el estado hipnótico de nuestra prensa. Ahí están las tempranas advertencias en torno a la «moralización» (predicada por altoparlante desde el 28 de julio) y las primeras campañas de denuncia, aquellas campañas tan demandadas –en su lectura– allá por 1988 y 1989. Ahí está la protesta contra el manejo que realiza Palacio de la información y de los titulares (Edit. «*El cerebro político*», del 16/9/85), gracias al permiso otorgado por una prensa voluntariamente domesticada (caso peor a si hubiese sido censurada por decreto).

Precisamente, ese editorial –que explica con triste realismo la crueldad de los peñascos que habría de lidiar la cada vez más frágil embarcación en la que navegaba el espíritu sanamente inquisidor de OIGA– culmina con esta sensible y desgarradora *post data*: «En una columna del diario HOY se nos amenaza con quitarle a OIGA el avisaje estatal. ¡No se nos ocurrió que el gobierno comenzaría tan pronto a atentar contra la libertad de prensa! Pero no cambiaremos de línea. Creemos que sin oposición no hay democracia y no estamos dispuestos por lo tanto a plegarnos a la mayoría de la prensa nacional, domesticada por el Apra».

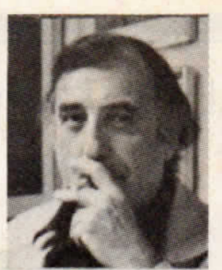
Y así sucedería también, luego, con los avisajes privados. La amenaza –el chantaje– sobre el empresario timorato, sin más óptica que su bolsillo, tuvo exitoso resultado, aun después del intento de confiscar la banca y los seguros (y acaso por el temor surgido desde entonces). Tal política, digna de pupilos de Al Capone, fue estrictamente recogida por la administración actual, como el único medio de doblegar la crítica de OIGA. ¿Hubiese sido preferido acaso, para gozar de los ingresos que trae la publicidad, ingresar entusiasta a la «luna de miel» con García y, luego, sin ninguna vergüenza, encaramelarse con el fujimorismo anti-García? Sí, sin duda hubiese sido más provechoso para las arcas de OIGA. Pero, Igartua sabía que, de rodillas, nunca se hace buen periodismo. Y así, cierra esta etapa, pero con el honor en alto. ■


ALVARO Vargas Llosa.


TULIO Cusman: gran fotógrafo.


EL popular Jaime Bayly.


FERNANDO Flores Araoz.


VALERO de Palma: crítico taurino.


EL padre Harold Griffiths, en pipa.

El largo adiós

HE copiado el nombre de una novela policial del consagrado escritor de este género Raymon Chandler, para este testimonio que en realidad es un largo adiós.

Se remonta al año 1961. Francisco Igartua había roto su sociedad con Doris Gibson y dejó CARETAS, la revista que habían fundado juntos en 1950. Víctima de una depresión profunda se refugió en un pequeño departamento, que gracias a sus contactos consiguió en un nuevo edificio de la Compañía de Seguros EL SOL, situado en la esquina de La Colmena y Camaná. Era entonces un edificio moderno, el más bonito del centro de Lima, de pocos pisos, pero arquitectónicamente muy bien diseñado.

Recluido voluntariamente en el ámbito de dos habitaciones, sin más muebles que unos dados modulares grandes y una pequeña cama monacal. Pero estaba bien situado. En el primer piso funcionaban las flamantes oficinas de ALITALIA; en el segundo, parte de la organización de Luis Banchero; en el último vivía el «play boy» de moda, Julio Tijero. Todos lo conocían a Paco y lo visitaban a menudo. Pero su salud estaba quebrantada, se le presentó una bronconeumonía y los síntomas de una úlcera sangrante. Lo atendía un buen muchacho que había sido mensajero de CARETAS, él le traía los alimentos, las medicinas, le hacía la limpieza y los encargos. No le faltaron por suerte ángeles guardianes. Amigos y amigas, entre ellas Chabuca Granda, la Chabuca que nos ha hecho soñar y bailar con sus canciones. Le llevaba médicos, le daban a beber yerbas y hasta lo atormentaban con terribles frotaciones de ungüentos.

Quizás en una afiebrada noche de su enfermedad Paco soñó con una nueva revista y la vio con su nombre en redondas y rotundas letras rojas como fuego. Este sueño sería como los que Borges comenta en sus fantásticos ensayos, en los que dice que la literatura es sueño, un largo sueño, en que se constituye la gran obra poética universal, que vale por sí misma, más que por los poetas que a través de los siglos la escribieron. Y por otro lado sostiene que escritores como Wells, Stvenson, Emerson, Coleridge, recibieron el argumento de sus libros en sus sueños.

Lo real de esta nota que me ocupa, es que una mañana que visitaba a Paco, me dio la sorpresa. Sobre uno de sus grandes dados estaba el «machote» de la nueva revista que se llamaría OIGA. «Machote» en términos periodísticos equivale a maqueta de casa o edificio en el lenguaje de arquitectos. Era el modelo de la nueva revista semanal estilo tabloide.

No puedo extenderme en detalles, aunque es una lástima, pues son de mucho contenido humano. La historia es extensa, y no seré quien la escriba. Esto corresponde al fundador, director y dueño de OIGA, Francisco Igartua, por ello tengo que saltar a los momentos que son para mí culminantes.

En la primavera de 1962, en el edificio Nº 674 de la avenida Salaverry, oficina 702, para ser más precisos, se bautizaban las flamantes oficinas del nuevo semanario. Con escritores y máquinas no tan flamantes, pues, con poco capital, tuvieron que comprarse viejas máquinas UNDERWOOD y ROYAL, esas máquinas en que los más grandes escritores peruanos llenaron las primeras carillas de sus novelas. Y fueron las metralletas de los más duros o ácidos periodistas. El primer número apareció el 28 de noviembre de 1962. Culminaba ese año, de largas conversaciones y trajines, en que se iba concretando el proyecto de la nueva revista. Francisco Igartua se reunía muy a menudo con Jorge Aubry, Eduardo Orrego, Guillermo Ugaz y Francisco Campodónico, este último sería la pieza clave para la salida del semanario OIGA, pues sería en los grandes talleres de su imprenta «Industrial Gráfica», donde se imprimiría.

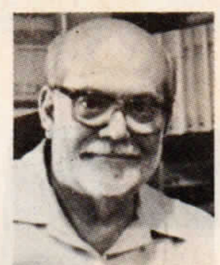
Pero otro aspecto muy importante era conformar el equipo de periodistas que saldría a la cancha en ese primer encuentro con el público. Estuvimos en ese primer número de OIGA: Sebastián Salazar Bondy, quien publicó un reportaje que había hecho con premonitorio acierto al general FAP Jesús Melgar, entonces ministro de Agricultura, antes de su fatal viaje a Brasil. Murió junto con otras 96 personas en el impactante accidente del gran jet de VARIG que venía de Río de Janeiro. El desastre se produjo justo en vísperas de la salida de este semanario, y sonó como un terremoto en Miraflores. Un excelente reportero gráfico, Eduardo Caso, tomó fotos de los cadáveres calcinados y los restos del avión esparcidos en más de un kilómetro a la redonda. A esta noticia de primera plana, seguían, un artículo de las guerrillas de Chaupimayo, escrito por Héctor Arellano; Carlos Ortega hizo un reportaje al cantante brasileño Sergio Murillo; Juan Ríos iniciaba su columna «Tierra de nadie», que dedicó a Enrique López Albújar; Mario Belaúnde un artículo sobre el boxeador peruano Mauro Mina, que regresaba triunfante de New York, y con el seudónimo de JUAN GRIS, una encuesta entre las chicas lindas, algunas reinas de belleza, incluyendo a la bella Lucía Buonani que fue «Miss Mundo». La pregunta era: «¿Te casarías con un negro?», tema que curiosamente se trató últimamente en un programa de T.V.; además JUAN GRIS comenzaba una columna social llamada «Ver, oír... y no callar».

El editorial de Francisco Igartua fue como un grito de guerra y un voto de principios para los que siguieran su línea de combate, tomo algunas líneas que dicen: «*...Este semanario se llamará OIGA... me acompañan ahora un grupo de amigos unidos por igual preocupación generacional, a quienes desde nuestra ya distante mocedad se nos ha tenido por disconformes. Y lo somos. Es la voz cantante que queremos llevar. Pensamos distinto a la inmensa mayoría de los que 'opinan' en este país y abominamos del gregarismo*».

Frases escritas hace 33 años, con una lucidez proyectada al futuro, y que parecen formuladas para el momento actual, de un gregarismo irracional. La mayoría del pueblo peruano, sobre todo limeño, ahora parece una manada de ovejas conducidas por un pastor nisei que se disfraza con chullo cuando va a la sierra, con plumas y atuendos ashaninkas en la selva y con elegantes ternos en Lima. Desde que su rostro apareció en las pantallas de T.V., sentí como una premonición. Presagié malos tiempos. Llegó al poder mintiendo y siguió engañando.


NINI Ghislieri: gran colaboradora.


S. Salazar Bondy: mítica figura.


«EL Cumpa» Donayre: maestro del costumbrismo.


ALFONSO Bermúdez: Jefe de Redacción.


ROBERTO Cores: reportero gráfico.


DORIS Bayly: con hábito.

por MARIO BELAÚNDE GUINASSI

Algunos medios de comunicación lo han llamado Emperador, otros «Samurai». Ofensa a ambos títulos. Si un Samurai mentía o engañaba, consideraba que había cometido grave falta contra su honor y se hacía el harakiri.

Este párrafo, este improntus, me debe ser disculpado, pues me salió la rebeldía arequipeña. Ahora sigo con algunos episodios de la gran carrera de OIGA, que desde que fue lanzada, cual proyectil de grueso calibre, ha atravesado años y décadas, atacando a dictadores, tiranos y tiranuelos, y políticos corruptos.

El equipo de OIGA en 1963 se fortaleció con el ingreso de periodistas y personajes como Francisco Moncloa, Tomás Escajadillo, eminente médico laboratorista, Jefe de los Laboratorios del Hospital del Empleado, como se llamaba en esa época. También se unió el poeta Paco Bendezú, joven de refinada cultura, buen poeta e hipocondriaco incurable, y el embajador José Alvarado. Fueron esos años, en la Av. Salaverry, los que más disfruté. Se había logrado un grupo muy integrado. Aunque en esos años yo sólo iba algunos días, pues tenía un trabajo importante, que me daba ingresos para mantener a mi familia.

Los martes nos reuníamos todos para almorzar en un restaurante-jardín de comida criolla, en la avenida Cuba. La comida no importaba, eran horas de «cachondeo», alegría y gran compañerismo.

Eso duró hasta 1967, que se inaugura ITAL PERU, complejo de oficinas e imprenta de OIGA, cuyo financiamiento lo obtuvo Paco en parte de su cuñado italiano, un arquitecto de Milán. La mudanza de Salaverry a la avenida Faucett, cambió un poco esa fisonomía de grupo integrado, más no el espíritu de la revista ni de quienes escribíamos en ella. Ya hacía tiempo que había ingresado Jesús Reyes, un periodista profesional de primera. El ha sido durante décadas uno de los sólidos pilares que han sostenido OIGA, siempre con un perfil bajo. Su carácter, su personalidad, es de los que no les gusta la figuración. También aparecían nuevos colaboradores de calidad como el padre Harold Griffiths, cuyos artículos de transparente serenidad complacía leerlos.

Finalizando la década del sesenta Francisco Igartua contrajo matrimonio con Clementina Bryce Echenique, lo que cambió su vida de bohemio a lo social. Adquirió más disciplina para su trabajo.

De la década de 1970, yo no puedo dar testimonio de nada referente a OIGA. Nuevas ocupaciones y grandes responsabilidades, me alejaron totalmente del periodismo por diez años. Pero seguía de lejos la trayectoria de este histórico semanario. Eran tiempos críticos, tiempos de cambio. La misma ciudad variaba, el tráfago urbano aumentaba, la gente comenzó a vivir una vida presionada.

En esos tiempos de mi trabajo a «full time» en algún rato libre fui al VIVALDI a tomar café expreso. Por casualidad Paco pasó y me vio. Se sentó en mi mesa y me dijo que venía de un negocio situado al frente, donde ahora es VILLA NOVA, que quería adquirir unos muebles para amoblar el cuarto de sus pequeños hijos, en la casa que había logrado construir en Monterrico. El obstáculo es que los quería comprar al crédito y le pedían una persona que le garantizara. Como me pidió que lo hiciera yo, no tuve inconveniente y lo acompañé a la tienda y firmé los papeles. Esa transacción de compra nunca se realizó. Esa noche Paco me dijo que tenía en su casa un grupo de invitados a comer, que iba a cocinar un plato de perdices, lo cual es su hobby, y Oscar Peschiera, otro. Me invitó, pero yo me excusé de asistir. Al día siguiente me enteré que la casa de Francisco Igartua había sido allanada la noche anterior por la policía y agentes de seguridad del gobierno. Alguien logró advertirle por teléfono, lo que dio tiempo a que sus invitados escaparan y Paco, en al auto de «Gody» Szyszlo, buscó asilo en la Embajada de México, de donde salió deportado al país azteca. OIGA fue cerrada. En México, Paco soportó un largo y duro exilio de tres años. El ya había conocido esa vicisitud con Odría, y esa experiencia lo ayudó a subsistir.

Cuando las condiciones políticas cambiaron los hermanos Jesús y Alfonso Reyes, en una actitud heroica, lograron volver a publicar OIGA, trabajando en condiciones casi artesanales en el garaje de su casa. Por eso OIGA estuvo vigente cuando Francisco Igartua retornó del exilio, tomando nuevamente el timón. Con su experiencia y contactos, este semanario cobró nuevamente fuerza, poder y prestigio.

En 1982, yo retorné a OIGA, a raíz de un duro revés provocado por una infame injusticia del poder político de turno. Quedé en la calle y se me cerraron todas las puertas. Sólo Francisco Igartua me abrió las de OIGA, donde comencé a retornar al oficio de periodista. Me chocó al principio la nueva atmósfera de la prensa y me costó adecuarme. Pero finalmente, por primera vez en mi vida, me dediqué de lleno exclusivamente a esta ingrata profesión. Ingrata pero apasionante. Poco a poco comencé a tener comunicación con algunos colegas, para mí nuevos, como Fernando Flores Araoz, que era Jefe de Redacción, Gerardo Barraza, Evelyna Fasio «Pandora», Regina Seoane y el poeta «maldito» Roger Santivañez. De la nueva generación llegaron algunos jóvenes brillantes como Jaime Bayly, Alvaro Vargas Llosa, Pedro Planas y Doris Bayly.

Estábamos en el quinquenio del saqueo del APRA. Y, naturalmente, OIGA se enfrentaba —con todo— a esa corrupción, caos y desbarajuste. Cuando Alan García decretó la estatización de la Banca, nuestro semanario, que no había servido nunca a la oligarquía económica, esa vez dedicó todos sus esfuerzos a combatir esa barbaridad. Dio páginas de páginas y carátulas, para defender la libertad, en este caso confundida con los banqueros. Triste es decir que algunos de ellos han sido los peores verdugos de OIGA.

El APRA no sólo saqueó al Perú sino nos endosó al gobernante actual, cuyos sibilinos métodos de atacar arteramente se han visto bien reflejados en la reciente inauguración del By Pass de la Plaza Dos de Mayo, en que se vio como los mismos guardias municipales convirtieron este acto en una batalla campal. Cosa planeada en contra de Ricardo Belmont. El estilo autocrático de gobierno en el que sólo el «Chino» inaugura obras.

En la nueve sede de OIGA se fueron recibiendo los primeros golpes. La SUNAT nos acosaba. En la fecha del golpe de Estado del 5 de abril se quiso cerrar este semanario. Todos estos conflictos obligaron a la gerente, Carolina Arias, a grandes reajustes para seguir. Finalmente, en una nueva mudanza de hace sólo dos meses, la noticia fatal: «el no va más» de OIGA.

Los últimos mohicanos que resistimos hasta el fin, hasta arrojar las armas al abismo, han sido, con la jefatura de Francisco Igartua, el Sub-Director Jesús Reyes; Alfonso Bermúdez, Jefe de Redacción; Laura Gonzales, los hermanos Carlos y Luis Michilot, reporteros gráficos y Juan Michilot en la Producción Gráfica, José Reyes, César Campos, Rodolfo Esquivel, Niní Ghislieri y algunos colaboradores finales.

Felizmente para mí, que detesto los temas políticos, un buen día de 1983 me llamó Paco para hacerme cargo de la página GOURMET. Y allí he estado y terminado con este largo ADIOS. ■

NEW YORK *



SERVIVENSA anuncia la salida de sus vuelos a la ciudad más fascinante del mundo: New York ! vuelos diarios, en el mejor horario (07:30 am.), un servicio de primera y la hospitalidad de su mejor compañía.



SERVIVENSA

Su mejor compañía...

Consulte con su Agencia de Viajes o a **SERVIVENSA** Telf.: 4472694 - 4441916 - 4469563 - 4466878

CARTA DE FBT



EVOLUCION PARADOJICA

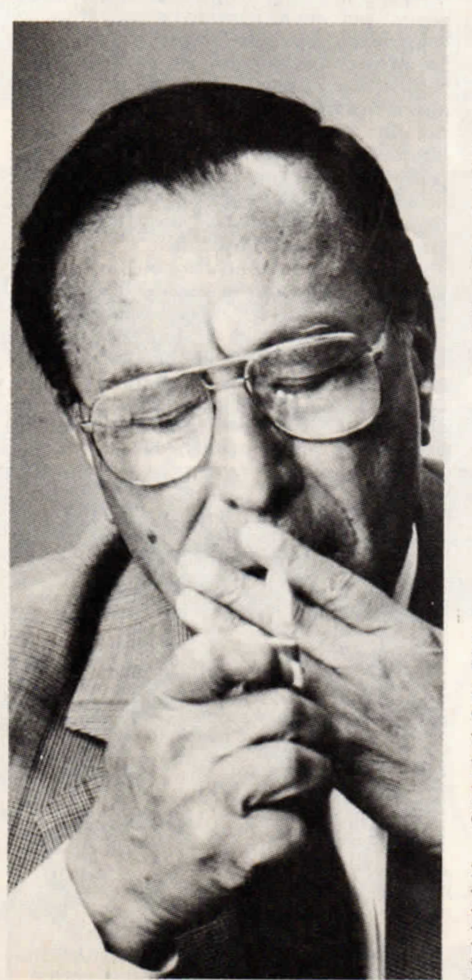
SEÑOR Director: En una interesante entrevista que ha aparecido en OIGA, el doctor Luis Bedoya Reyes ha dicho que «en 1969, el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada hizo lo que se ha denominado la revolución estructural», y que «ahora estamos en la contrarreforma estructural, pero siempre bajo un cierto impulso o una cierta visión angular de la Fuerza Armada».

Ha ocurrido una paradójica evolución, pues como bien dice el doctor Bedoya Reyes, «los autores fundamentales de la fracasada reforma estructural del año 69, son ahora los inspiradores en alguna forma de la contrarreforma estructural». Obviamente, quienes con tono vociferante declaraban años ha que los «cambios revolucionarios» eran «irreversibles», olvidaron un sabio refrán: nadie debe decir «de esta agua no beberé».

Entre las medidas adoptadas en el último trienio está la abolición de la banca de fomento. Conviene recordar que fue creada con anterioridad al régimen de la Primera Fase (1968-75), y a partir de los años 20 por sucesivos gobiernos que nada tenían de izquierdistas.

De otro lado, un efectivo desmantelamiento de la «revolución estructural» no puede limitarse a la privatización de las empresas o actividades estatificadas por la dictadura castrense —campo en el que todavía hay mucho por hacer—, pues debe incluir también la restauración de la productividad ascendente del agro. Esta fue muy afectada por una Reforma Agraria que significó la liquidación del empresariado y la tecnocracia agropecuarias, si bien preservó curiosamente el latifundio y en la Sierra lo agrandó aún más (una de las causas de algunos éxitos iniciales de la subversión terrorista).

A fin de ir modificando las nocivas consecuencias de esa Reforma Agraria mal orientada, el segundo gobierno acciopopulista (1980-85) procuró apoyar —dentro de sus posibilidades políticas— el proceso de parcelación espontánea de muy numerosos fundos seudo cooperativizados. Se inspiró en la necesidad de difundir la pequeña propiedad campestre, lo que también traería consigo un incremento de la productividad por la incorporación de agrónomos y expertos. Que en los valles costaneros del departamento de Lima, según una nota de «El Comercio», haya ahora 6,366 productores de fruta, es una prueba de que fue acertado ese afán de promover un pequeño empresariado rural, que en los países en que existe ha sido siempre un factor de estabilidad y progreso sociales.



BEDOYA: «son los mismos de ayer».

Hace un cuarto de siglo, cuando parecía que el mundo se deslizaba inexorablemente hacia el izquierdismo estatista, los personajes del régimen de la Primera Fase optaron por sumarse a esa corriente. Para obrar de esa manera no había en realidad ningún obstáculo, porque la aplicación de «cambios estructurales» en un país latinoamericano, no sólo era vista con simpatía en el llamado mundo socialista sino también en influyentes círculos de los Estados Unidos y la Europa Occidental. Y si los generales «revolucionarios» pudieron realizar todas las «reformas» que les vinieron en gana, ello se debió al apuntalamiento de la economía por las inversiones de las compañías extractivas estadounidenses y los cuantiosos préstamos de la banca capitalista mundial.

Dice el doctor Bedoya Reyes que la «revolución del año 69 terminó mal» y que los dirigentes castrenses «tuvieron que entregar el poder a los civiles». Los personajes de la Primera Fase nunca previeron ese desenlace, ni tampoco que tres o cuatro lustros después se derrumbaría la Unión Soviética, y que ese sensacional acontecimiento desacreditaría en todas partes al estatismo absorbente y al colectivismo anticapitalista.

Tampoco anticiparon la crisis del marxismo-leninismo los gobernantes del Futuro Diferente (1985-90). Desde el primer momento expropiaron las instalaciones de la Belco Petroleum, y a los dos años pusieron

(Pasa a la página siguiente)

en marcha un plan para la absorción de la banca privada por el sector público.

Como se creía que el mundo estaba evolucionando hacia el izquierdismo estatista —impresión forzada por la expropiación en Francia de grandes bancos y algunos grupos industriales en la etapa inicial del primer período del presidente Mitterrand (1981-88)— el PAP propuso recobrar su virginidad revolucionaria.

Y seguramente el doctor García Pérez y su «brain trust» consideraron que era de gran sutileza política empalmar con la orientación económico-social de la dictadura castrense. Desde mucho tiempo atrás los dirigentes apristas habían adquirido la costumbre de halagar al «establishment» militar, ante el cual padecían de un complejo de inseguridad. Debe recordarse que los grupos de poder económico más afectados por los «cambios estructurales» del régimen de la Primera Fase, habían estado vinculados a dicho partido en los tiempos de la Convivencia (1956-62) y de la Coalición Apra-UNO (1963-68).

El gobierno del Futuro Diferente cometió un gravísimo error, ya no sólo político y económico, sino histórico. Porque al tratar de convertirse en una especie de «junior partner» ideológico de la dictadura castrense, le quitó a ésta el monopolio o la exclusividad de la estatificación compulsiva y atolondrada.

Y cuando se produjo el desmoronamiento de la Unión Soviética y quedó desacreditado el estatismo, el PAP resultó compartiendo responsabilidad con el régimen de la Primera Fase. Y pese a que la expropiación de la banca privada no llegó a concretarse, pues el gobierno del doctor García Pérez terminó «rajándose», en el sentido mexicano del vocablo.

Naturalmente, el estatismo imitativo del PAP le hizo daño al sistema democrático restaurado en 1980, ya que dicha fuerza política había llegado al poder por la vía del sufragio y el quinquenio 1985-90 transcurrió dentro del orden constitucional.

Y ciertos connotados miembros de nuestra «bussines community» que ahora presumen de «liberales» —no obstante que «rodearon» a la dictadura militar y que incluso desempeñaron cargos directivos en empresas públicas— pueden acusar con todo desparpajo de estatismo al PAP y la democracia, lo que les permite «liberarse» de la incómoda obligación de criticar al Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. ¡La pita se rompe por lo más delgado! **FRANCISCO BELAUNDE TERRY.** ■

amigos y enemigos



MONUMENTO a los fundadores (¿Manco Capac y Mama Ocllo?). Las autoridades ediles se han excedido, seguramente con muy buena voluntad, al tratar de ornamentar la ciudad.

Otra vez el Cuzco (*)

Querido amigo:

Quizás esta carta debería referirse solamente a la aflicción que nos causa estoy seguro a un enorme grupo de habitantes de este país, la anunciada desaparición de OIGA. Sentiremos profundamente su falta, sobre todo en un momento como el presente en que la oposición parece diluirse aplastada por una mayoría arrogante y una dudosa búsqueda de unanimidad. Mantenemos viva la esperanza, sin embargo, porque recordamos la tenacidad y la energía con que OIGA ha sabido renacer muchas veces de circunstancias igualmente adversas.

Ahora quería compartir con sus lectores las impresiones que traigo de un reciente viaje al Cuzco adonde he regresado después de nueve años. No es el propósito de estas líneas relatar el deslumbramiento repetido ante la misteriosa cueva de Kenko, el reencuentro con la geometría palpitante de Machu Picchu o la admiración renovada ante la fortaleza de Sacsayhuamán –De la que alguna vez José María Arguedas me dijo que una de las traducciones de su nombre en quechua podría ser: «el Halcón satisfecho»–, sino de tratar de contribuir a su defensa y mejor preservación. Porque si hablamos de la conservación y el ornato del Cuzco no nos estamos refiriendo a un asunto que concierne únicamente a las autoridades locales de esa ciudad sino a algo que afecta el más importante patrimonio cultural de este país en todo el profundo significado de la palabra.

Es preciso decir antes que nada que la ciudad luce más limpia y cuidada que nunca. Pero es preciso también decir que las autoridades municipales se han excedido, seguramente con muy buena voluntad, al ornamentar, o mejor dicho al tratar de ornamentar la ciudad con unos monumentos que calificarlos solamente de feos y de pésimo gusto, dejaría de lado el aspecto más criticable de su presencia en las calles de la ciudad: Tanto el Cuzco inca como el Cuzco colonial son mues-

(Pasa a la página 62)



HAY UNA DELIBERADA deformación y destrucción de la belleza del Valle que rodea a la ciudad con unos enormes letreros grabados en los cerros.



MONUMENTO al cóndor. El cartel del municipio no mejora en nada el paisaje urbano.

tras de una concepción de ciudad deliberadamente severa y concebida para ser un centro político y ceremonial. No ciertamente para exhibir esculturas de pésimo gusto y factura aún si con ellas se trata de exaltar a personas o conceptos que lo merecen. Adjunto unas fotografías tomadas de algunos de los «monumentos» en cuestión y que hablan por sí solas. Me permito hacer notar que a la derecha del monumento al cóndor hay unos carteles del Municipio de Wanchaq que realmente no contribuyen a mejorar el paisaje urbano. De todos estos ejemplos seguramente el más criticable es el monumento a Pachacutec. (Desgraciadamente no hay foto de éste último).

Nuevamente al contemplar el paisaje me encontré con la visión, al momento de aterrizar, y más tarde desde casi todos los rincones del Cuzco, de la deliberada deformación y destrucción del Valle que rodea la ciudad con unos enormes letreros grabados en los cerros –cerros que para todo amante del Cuzco deberían ser sagrados, como lo eran para los primeros cuzqueños–, letreros con Vivas al Perú, inscritos originalmente por soldados, que equivocadamente nos participan su amor a la patria, desfigurando su territorio, y –la mala moda prende– ahora también por escolares mal dirigidos por patrióticos maestros.

Una última decepción: este viaje tenía por uno de sus primeros motivos ver la serie de cuadros cuzqueños de la Procesión del Corpus del Museo del Arzobispado de la Ciudad. En el Museo me dijeron como toda explicación que los cuadros no estaban allí hacía mucho tiempo. Sería importante que estos cuadros, indudablemente, las obras maestras del arte colonial cuzqueño, fueran colocados en este o cualquier otro Museo para su apreciación por el público sea simplemente turistas o estudiosos de la historia del arte.



A LO LARGO de toda su vida periodística OIGA formó una gran familia unida por un solo ideal: servir al Perú. Periodistas, empleados, obreros, formaron un equipo que cosechó muchos triunfos hasta en el terreno deportivo.



ALCALDE Morales: «Ojalá que OIGA continúe enriqueciendo el necesario debate político».

Es casi un lugar común decir que el Cuzco es la ciudad más interesante de este país, que es la más peruana, la que mejor muestra las vertientes que constituyen nuestra identidad y también, la más bella. Si Cuzco no existiera la idea que nos hacemos del Perú sería distinta, más pequeña, la noción de la existencia de un Perú anterior a la llegada de los españoles tendría menos sustento físico, menos cuerpo: sería menos real. El Cuzco es una parte importante de lo que hemos recibido del pasado, indígena y colonial, y constituye por ello una grave responsabilidad para las autoridades encargadas de su custodia, responsabilidad que a todas luces deberían compartir con la asesoría de una comisión de expertos y personas versadas no solamente en historia, sino en arte y urbanismo.

Con un abrazo

Fernando de Szyszlo

(*) *Me alegró ver un artículo de Carlos Rodríguez Saavedra en el que reclama la ortografía tradicional para el nombre de la ciudad del Cuzco. Los nombres de las ciudades, evidentemente, no pueden estar a merced de sus Concejos Municipales.* ■

¡OIGA! seguirá retumbando

Estimado Paco:

Hace algunos años fui interrogado por

Crónica de un colaborador apenado

HE sido y soy un inveterado lector de hebdomadarios y publicaciones mensuales nacionales y extranjeras. Desde mis veinte años de edad, que con algún optimismo calificábamos entonces como mayoría de edad o edad de la razón, comencé a coleccionar mis suscripciones. Conservo entre mis repletos estantes, difuntas y vivientes ediciones. Daré como ejemplo el primer número de LIFE, del 23 de noviembre de 1936, que costaba US$ 0.10; y el último del 29 de diciembre de 1972, cuyo precio era de US$ 0.50, cosas de la inflación. Habían transcurrido muchos años y esa revista, además de los noticieros FOX y MOVIETONE, eran la televisión inocente de aquellas décadas. Mi instructiva manía me ha dejado recuerdos y testimonios permanentes, invalorables y, motivado por ello, intentaré expresar puntualmente mi sentir cuando, el 5 de setiembre, la momentánea postrer edición de OIGA aparezca. Si LIFE circuló durante 36 años, para nuestro medio editarse durante 33 es valiosa hazaña, es respetable madurez, vigorosa ancianidad.

Cuando transcurrían los iniciales años del lejano sesenta, en casa del buen Jorge Aubry, generoso en amistad, conversación y whiskies, nos reuníamos con abusiva frecuencia Eduardo Orrego, Julio Meyer, Lucho Larco, los jóvenes hermanos Fernando y Rafael Belaúnde Aubry y otros incontables. Desde luego, estaba siempre el infaltable Igartua. Éramos libantes pensadores que creíamos merecer mejores gobernantes y Paco quería decirlo por escrito y semanalmente. ¡Qué pesadez y qué ingenuidad!

Colaboré con mi aporte para fundar el inquieto semanario y si bien mis actividades de entonces eran ajenas al periodismo y vergonzosamente horribles -tenían, según se supo después, propósito de lucro-, peregriné por solidaridad de asociado por todas las sedes que la revista tuvo. En lo que andaba quedando de la Ciudad Jardín: la avenida Salaverry, la avenida Faucett, la calle Chinchón; luego Pedro Venturo y ahora, en el terminal de la partida, en el Paseo Parodi, ausencia que intuyo no será definitiva.

Debo a esa espontánea, impensada decisión de participar en OIGA, presuntuosas satisfacciones de ver aparecer mis notas entre otras de mejor calificados colaboradores. Debo, pues, a OIGA el haberme introducido tímidamente en el artículo periodístico. Debo además a OIGA, según carta que publiqué en el Nº 137 de setiembre de 1965, una atinada profecía al decir acertadamente que «lo que ocurría en los valles del Satipo dejaría a la montaña desierta de hombres

unos colegas extranjeros sobre el origen del nombre de nuestra revista. La verdad, en ese momento lo desconocía. Apelé entonces a la voz de la memoria hurgando entre nuestros diálogos, a la búsqueda de «indicios razonables» que me permitieran una respuesta sustentada en la realidad y en la lógica.

Mi explicación fue certera. Aquel logo de «OIGA!» de noviembre de 1948, presentado así con su signo de admiración en los días posteriores al golpe militar que depuso a José Luis Bustamante y Rivero –cuyo afán de construir un Perú basado en el orden jurídico, delineó tu perspectiva del mayor requerimiento nacional– sólo podía imaginarse como producto de un reclamo, una interpelación al poder de turno, un disentir sin miedo con quienes en aquella oportunidad, como en muchas otras, no fueron más que risueños contempladores de las sombras platónicas proyectadas en nuestra propia caverna, en su ditirámbica alegoría dictatorial.

Hoy que concluimos un ciclo en la vida de este semanario, pienso que un sonoro ¡OIGA! seguirá retumbando en la conciencia de muchos peruanos. Para su gusto o disgusto.

No serán el canilla de los lunes o los comentaristas de otros medios quienes hablen de su terca vigencia y sus polémicas campañas. Será, Paco, el unamuniano hombre de carne y hueso que halló en estas páginas el fundamento para exigirnos un país más claro, más moral, más justo, donde la verdad de cada uno se escuche con tolerancia aunque discrepe con elevada pasión.

Tengo muy presente algo que leí en un

(Pasa a la página siguiente)



Por MARIO CAPURRO

de bien». Aquel fue mi debut en la revista. Luego vino el silencio y el desastre del velascato; y después, por años OIGA fue la lectura predilecta de mi esposa y la mía. Eclipses parciales me ocurrieron, pero nunca en desmedro de nuestra amistad.

Por ello me apenará no recogerla y leerla semanalmente. El «more solito» cala profundamente. Para expresarlo a cabalidad y que bien se entienda, quiero definir mi pesar con la contraparte de la alegría que me proporcionarían los obituarios de algunas indeseadas publicaciones, algunas bien escritas, es verdad, pero cultoras permanentes de las mentiras convencionales del populismo. Hago fácil parafraseo de Max Nordau, autor de un viejo libro que presté y naturalmente perdí. Termino mis «saudades» de colaborador de OIGA diciendo «arrivederci» a todo el personal ido y presente, que siempre me atendió con deferencia y cortesía. ■

PRESERVAR LA DIGNIDAD EN EL PERU

Por LEOPOLDO CHIAPPO

«Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible».
(Don Quijote, Parte II, cap. XVII).

NADA más oportuno y realmente saludable que recordar estas palabras de Alonso Quijano, el Bueno, elevado a la dignidad oble de Don Quijote. Sí, los encantadores existen, son los embaucadores y falsificadores de la palabra, los burladores de las leyes, los encubridores y amnistiadores de criminales, los que hacen lícita la impunidad con la prepotencia del poder armado y el cinismo



«CONSIDERAR mito a una religión como la católica es, como diría Cantinflas, 'falta de ignorancia'».

de su civil testaferro, monstruo poco frecuente, híbrido de demagogia y tiranía que ha aparecido en el Perú.

Cualquier lector podrá perfectamente identificar lo que digo. Me refiero a la elección sin base jurídica limpia y con trampas verbales y en desleal ventaja; me refiero a los transnochantes y obsecuentes legisladores que aprueban la ley que interrumpe el proceso legal para entregar al encubridor fuero militar el juicio a los militares comprometidos en la masacre de La Cantuta; me refiero, mejor dicho, denuncio a los amnistiadores de los criminales de la pollada de los Barrios Altos, a los interventores de las universidades como San Marcos, la ilustre, y La Cantuta. Me refiero al atrevimiento de quien, desde la alta investidura que no le corresponde, llega hasta el extremo de vejar a la Iglesia Católica, ignorando la tradición milenaria de sabiduría y de arte, de civilización y grandeza, de alta espiritualidad, utilizando manidos lugares comunes como «vacas sagradas» para calificar al Vicario de Cristo y a los arzobispos, obispos y sacerdotes, personas espiritual y sacramentalmente ungidas, y se apodera del término técnico «mitos» para referirse a la religión establecida por Dios mismo. Estas son verdaderas pisotadas de rinoceronte en la casa de cristal que debiera ser por su transparencia justiciera y su dignidad el Congreso de la República. Dos mil años tiene la Iglesia Católica y ha experimentado muchas turbulencias. Este vejamen de un gobernante elegido mediante una ley que Luis Miró Quesada Garland llamara «inmoral e impugnable», evidentemente no afecta en absoluto a la grandeza de la Iglesia Católica y a su misión espiritual en el Perú y en el mundo. Pero avergüenza, sobre todo por venir de quien se le atribuye la personificación de la Nación Peruana. Felizmente no es así. Debe ser por esto, por la insignificancia del actor ante la majestad de la Iglesia ofendida, que ésta no ha recogido el guante. Es la experiencia milenaria de una institución sagrada frente a la prepotencia de los transitorios detentadores del poder, desde Atila y Felipe IV de Francia y Enrique V de Alemania. Imagínense el insulto «chicha» de éste. Sí, considerar «mito» a una religión como la Católica es, como diría Cantinflas, «falta de ignorancia».

Sí, digo, nada más oportuno que recordar las palabras de Quijote. Los encantadores podrán quitar la ventura, pero, dice Don Quijote, «el esfuerzo y el ánimo será imposible». Y esto es precisamente referido al gran caballero de la dignidad periodística Francisco Igartua, en estos momentos en que los encantadores acosan, los tibios se esconden, los vivos y no caídos del palto se alinean y adulan, los «inteligentes» callan. Sí, como he leído a lo largo de los años los editoriales firmados de puño y letra de Igartua, es oportuno citar el libro del Ingenioso Hidalgo, que me parece es su libro de cabecera. Sí, es oportuno mantener el «esfuerzo y el ánimo», en época de debilitamiento moral de nuestra patria.

(Pasa a la página siguiente)

cuadro que colgaba de una de las escaleras del veterano periodista Enrique Rivero Vélez: «Una sociedad puede convulsionarse por lo que su prensa diga; pero esa misma sociedad puede sucumbir por lo que su prensa calle». Vale esto último como desafío para alentar la esperanza de que OIGA jamás habrá de permitirse un silencio prolongado sobre los escombros de tantos valores sociales, ahora en receso pero siempre más grandes, antiguos y perennes.

César Campos Rodríguez

OIGA: Vocero de la conciencia nacional

Estimados amigos:

Profundo dolor me ha causado el anuncio de que han decidido suspender la publicación de la prestigiosa Revista OIGA, quedándose el país sin el vocero de la conciencia nacional que el semanario significaba para muchos peruanos.

La oposición que ejerció OIGA durante sus 33 años de existencia ha sido indeclinable y quienes reconocemos el valor que tiene el debate de los asuntos nacionales debemos asignarle a esta Revista un aporte valioso, incluso en las importantes conquistas recientes como la recuperación de la democracia, la reinserción de nuestra economía al marco internacional; la derrota de la implacable inflación, los logros contra el terrorismo, etc.

Hacemos votos porque el periodismo serio, aunque a veces intransigente pero siempre elegante y sobrio que caracterizó a OIGA reaparezca prontamente pues tiene conquistado un espacio en un largo quehacer, que difícilmente podrá ser reemplazado.

En esta especial ocasión les renuevo mi mayor consideración y fraterna amistad.

Atentamente

Miguel J. Fort B.

● *Presidente de la Sociedad Francesa de Beneficencia.* ■

De colega a colega

Estimado Paco:

Acabo de enterarme de que es posible que OIGA deje de circular. En primer lugar lamentaría mucho que esto sucediera; en segundo lugar, valdría la pena hacer todo lo posible para que esto no sucediera.

A tu llamado, yo trabajé en OIGA por mucho tiempo como Redactor Principal y sólo renuncié por causa de la intemperancia de Mario y malos entendidos sobre mi apoyo a la revolución cubana; sin embargo, siempre me sentí ligado a la Revista por su constancia en el quehacer periodístico aunque hubiera discrepado sobre algunos aspectos de su línea política.

Te ofrezco modestamente mi concurso: Estoy llano a colaborar desinteresadamente en el momento en que tú lo determines y por el tiempo que te parezca conveniente.

Aprovecho la oportunidad para alcanzarte mi plena solidaridad profesional.

Un abrazo

Manuel Jesús Orbegozo

En la trinchera

Don Paco:

Esta carta no es de despedida, simplemente es un puente para dejar que transiten por él los afectos, las convicciones que siempre es bueno proclamarlas en voz alta o ponerlas en negro sobre blanco cuando las circunstancias lo exigen. Valga pues la oportunidad para testimoniar reconocimiento al periodista, al hombre fiel a sus ideales, y también, a todos, desde el más encumbrado colaborador hasta el más modesto trabajador que, a su manera, también optó por esta trinchera periodística que tuvo como Biblia la

amigos y enemigos



EL CINCUENTA aniversario periodístico de Paco Igartua fue celebrado por la familia de OIGA. A lo largo de sus 33 años de existencia OIGA fue crisol donde se formaron periodistas que hoy integran las unidades de investigación y las redacciones de otras empresas locales; algunos laboran en agencias noticiosas internacionales y no pocos trabajan en la prensa extranjera, principalmente en los Estados Unidos.

Constitución y que, como usted ya lo dijo, sólo ha hecho un alto en el camino.

Sí, don Paco, porque después de todo lo vivido en OIGA, me reafirmo inspirado en su ejemplo: Todo se ha perdido, menos la alegría ni la ilusión de los quince años.

A la orden.

Alfonso Bermúdez Flores

Gratitud y apoyo

Señor Director:

Con la presente, quiero expresarle y dejar constancia de mi profundo pesar y solidaridad por la inminente clausura de la revista que usted, con tan encomiable acierto, honestidad y dedicación, dirige, y en la cual tuve la honrosa oportunidad de colaborar en las ilustraciones. Tan lamentable hecho es aún más doloroso dadas las difíciles y trascendentales circunstancias por las que atraviesa nuestro país, por lo cual la ausencia de la voz de OIGA significará un vacío difícil, si no imposible, de llenar. Deseo fervientemente y confío en que pueda usted encontrar, ojalá que pronto, los medios y recursos necesarios para un relanzamiento de la revista. En esa esperada perspectiva, y en tanto que me identifico plenamente con la línea y los principios periodísticos que usted encarna, quisiera que me tomara en cuenta para que, cuando usted lo considere necesario, me permita ofrecer mis servicios y colaboración en forma absolutamente gratuita, no solo en lo concerniente a las ilustraciones sino en cualquier otra labor en la que usted juzgue que yo pueda desempeñarme. Creo que no puede ser menor mi manera de demostrarle mi inmensa gratitud por haberme usted brindado la oportunidad de ver publicados en OIGA mis trabajos; así como mi sincera voluntad de colaboración con cualquier posible relanzamiento de la revista y la

(Pasa a la página 98)

La dignidad es la mayor y esencial riqueza de una persona y de un pueblo. Cuando se hace escarnio de la dignidad todo se trivializa. Se convive con la vulgaridad. Y así se alienta la corrupción y se tolera la impunidad de los delincuentes y criminales más feroces. OIGA y su líder, Francisco Igartua, desempeñan en el Perú la lucha por la preservación de la dignidad en nuestra patria. Digo nuestra utilizando la significación quechua de «ñocanchis», que sólo somos nosotros, los peruanos que estamos angustiados por la pérdida de la dignidad y el derrumbamiento estructural y ético de las instituciones, el «ñocanchis», el nosotros que excluye a los callados o entusiastas partidarios del envilecedor principal del Perú, haciéndose de la vista gorda de todas las actuaciones cínicas de su voluntarismo político inescrupuloso.

Hay un caudal muy grande de dignidad en el Perú. Y si momentáneamente han dado resultado todos los sortilegios y mañas y trampatojos de los «embaucadores», aprovechándose de una nación debilitada y angustiada, no ha de tardar el día en que la razón y la limpieza ética triunfen y con ello la restauración en el Perú de la dignidad en la vida política y en la institución militar. Hay que superar el pragmatismo sin valores superiores. Sí, superar el voluntarismo político inescrupuloso. Entonces florecerán la educación y la cultura en nuestra patria vejada. ■

Hay decisiones donde se juega la vida...

...Pero él sabe que con la vida no se juega, por eso nos confió la salud de sus trabajadores.

En Alerta Médica somos "Especialistas en Emergencias". Por eso, 450 empresas ya nos han confiado la salud de sus trabajadores. 170 mil personas tienen la tranquilidad de poder ser atendidas de inmediato en caso de suceder alguna emergencia médica.

Alerta Médica

Nuestro **Plan Corporativo** incluye:
- Atención dentro y fuera de la empresa para sus trabajadores en horas laborables.
- Atención a cualquier visita eventual durante las horas laborables.
- Control de Inasistencia Laboral vía consultas domiciliarias.

Además de otros beneficios dependiendo del plan que más se adecúe a su empresa.

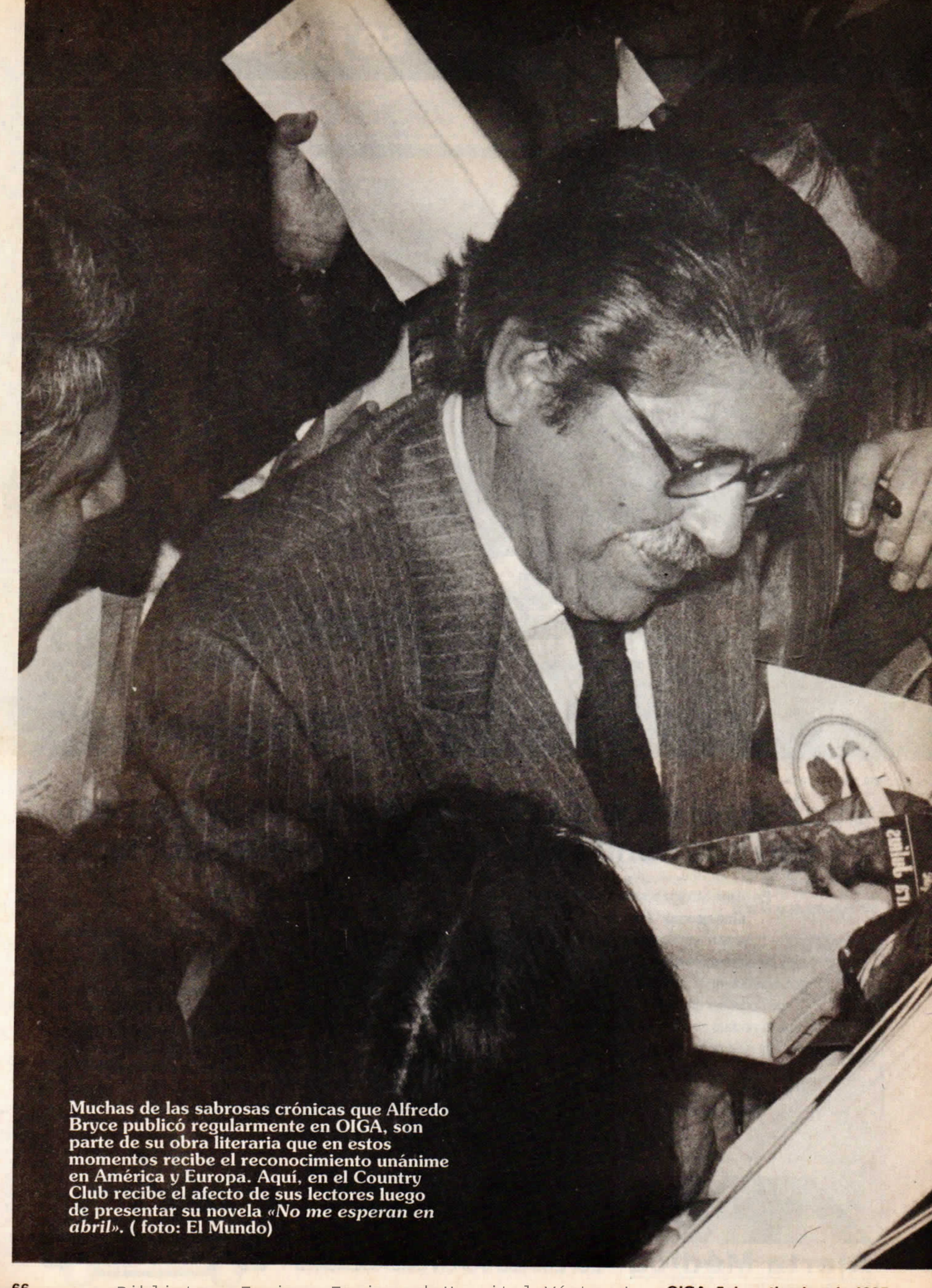
Mientrás Ud. maneja su empresa permítanos atender la salud de sus trabajadores.
Solicite más información a nuestros promotores.



Afíliese hoy mismo
Telf.: **470-7054**

ESPECIALISTAS EN EMERGENCIAS





Muchas de las sabrosas crónicas que Alfredo Bryce publicó regularmente en OIGA, son parte de su obra literaria que en estos momentos recibe el reconocimiento unánime en América y Europa. Aquí, en el Country Club recibe el afecto de sus lectores luego de presentar su novela *«No me esperan en abril»*. (foto: El Mundo)

CONSTANTE Y FRATERNA PRESENCIA

por ALFONSO BERMUDEZ F.

UNA presencia permanente en estas páginas de OIGA ha sido y es Alfredo Bryce Echenique, el laureado escritor peruano que estuvo entre nosotros con motivo de la presentación de su novela «***No me esperen en abril***», un libro que hace veinte años le dijo en París a Abelardo Sánchez León lo había empezado a escribir con la frase con la que hoy comienza su extraordinaria historia de amor, amistad y tiempos idos: «Púchica Diegos...».

«Esta novela la empecé a escribir varias veces con impaciencia, pero yo no estaba listo para ella ni ella estaba

(Pasa a la página siguiente)



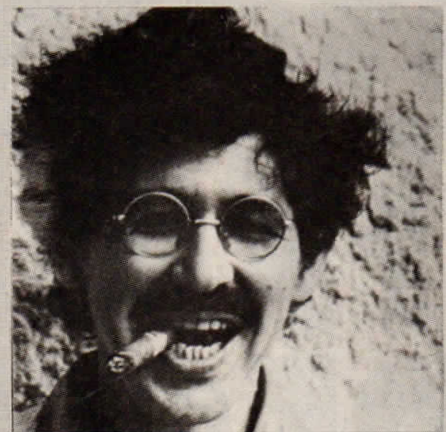
AL CIERRE DE OIGA, Bryce había iniciado la publicación de una Zapatos vagabundos» que formarán parte de su nuevo libro

ESCRIBE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

¿Y España cuándo?

¿LA pregunta que da título a esta reflexión se refiere a una eventual presencia de España como geografía y tema de uno de mis libros de ficción. Vivo en España hace poco más de diez años y creo que, aparte de un largo artículo sobre Madrid, toda referencia a este país y a su geografía brilla por su ausencia en casi todos los libros que he publicado desde que llegué aquí. Sin embargo, cada vez que se me pregunta por esa omisión, yo siento como si mis lectores olvidaran que Madrid, Zaragoza y Barcelona, por ejemplo, son escenario de tres de mis cuentos («Muerte de Sevilla en Madrid», «Dijo que se cagaba en la mar serena» y «Antes con la cita con los Linares», respectivamente) y que hay capítulos enteros de novelas como *La vida exagerada de Martín Romaña* y *La última mudanza de Felipe Carrillo* situados en España.

¿Quiere decir esto que los lectores han olvidado esas historias? No, pues a menudo los mencionan y cada uno de esos títulos se ha vuelto a imprimir en los últimos años. ¿Qué ocurre, entonces? Yo creo que la respuesta a estas preguntas tiene varios matices y que no se trata, en ningún caso, ni de la presencia ni de la ausencia de una ambientación determinada de mis ficciones. Prueba palpable de ello es que situé, de hecho, en España,



«HE dicho mil veces que lo único que he aprendido desde que salí del Perú es hasta qué punto soy peruano y de que no hay doble nacionalidad».

varios de mis cuentos y parte de dos novelas, cuando menos, y que para el lector lo mismo es que hubiesen estado situados en Perú, Francia o Sebastopol.

Todo esto se debe a la facilidad con que se emplea la clave autobiográfica para calificar y hasta clasificar lo que escribo. Defenderse de este sambenito es empresa imposible, pues la crítica periodística ha optado casi siempre por la perezosa regla antes que por el enriquecedor matiz y, en los difíciles tiempos sin tiempo para nada en que vivimos, también al lector le gustan las grandes simplificaciones con que hoy lo alimentan aquellos reseñistas que, según Kundera, han reemplazado la crítica por lo que él llama la *actualidad* literaria. *Actualmente*, yo soy autobiográfico, por más que Camus nos haya demostrado en los ensayos de *Noces* y hasta qué punto es improbable que un hombre se muestre a sí mismo en un libro y hasta qué punto aquello de «escritor del absurdo» se lo debe él a la crítica más reductora y comodona. Pero, en fin, absurdos resultan los esfuerzos de Camus por probarnos que él lo único que intentó fue sistematizar un tema que estaba en todas las calles, plazas y mentes de su época.

En cuanto a mí, en cuanto al autobiográfico yo al que se me ha reducido, ¿qué ocurre ahora que vivo en España y escribo en España pero que no escribo *de* España? ¿Y España, cuándo? Claro. Pero, el desconcierto de algunos lectores *autobiográficos* los lleva a recurrir a un nuevo lugar común tan cómodo como reductor para evitar tan incómoda interrogación: para escribir, los escritores necesitamos estar lejos de la experiencia que vivimos. Y como yo vivo en España, no voy a escribir de España hasta que me haya ido de España. Pero, ¿y los cuentos y novelas de ambientación española...? ¿No fueron escritos, acaso, antes de haber *llegado* a España y de acercarme a cualquier experiencia *made in Spain*?

Este es el momento, por supuesto, de pasar la página de tan incómoda constatación. Y de no meterse ya en mayores honduras. Pero yo quisiera mencionar algunas hondurillas más, provenientes del diálogo con algún lector. Por ejemplo, aquel lector que afirma que yo peruanizo todo lo

no estaba listo para ella ni ella estaba lista para mí», confesaría luego Alfredo Bryce en el Hotel Country Club, símbolo de una época y escenario del encuentro de Manongo Stern y la inolvidable Tere, los personajes centrales de «***No me esperen en abril***».

El viejo hotel donde, ante una multitud de amigos, admiradores y periodistas, Alfredo Bryce anunció que, recordando el amor manifiesto esa noche, las sonrisas, los gestos amables de todos los presentes, escribirá «un libro sobre la locura, sobre los manicomios, sobre el horror de estar enfermo en un manicomio en una ciudad llamada Montpellier» a la cual había viajado para ser profundamente feliz. «El fracaso de esa felicidad ¿cómo se arregla eso con humor?, ¿cómo escribirlo con humor para que duela menos?», se preguntó y dijo que inspirándose en lo vivido la noche del 16 de agosto en el Country Club escribirá «con algo de humor, ese libro que empieza diciendo: Yo soy ese hombre que bajó del tren...».

Bryce, ese día de fuertes emociones, había estado en la mañana en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos testimoniando su adhesión al claustro sanmarquino que lleva en su corazón: «...ahí aprendí lo que era el Perú».

Antes, en compañía de Abelardo Sánchez León, Fernando Ampuero, Guillermo Niño de Guzmán y Germán Coronado, de PEISA, viajó a Chiclayo y estuvo en su querido Pimentel y, al igual que lo hizo en esa cálida tierra norteña de querendonas gentes, en el Country Club también inició su presentación rindiendo homenaje «a uno de los más grandes maestros y amigos que tuve en mi vida: Julio Ramón Ribeyro».

Y en sus ojos enjugó una lágrima.

Más adelante recordaría los domingos que solía pasar en París con JJR: «El me enseñaba a oír a Agustín Lara y yo le enseñaba a oír a Frank Sinatra». Al célebre cantante norteamericano lo volvió a citar al evocar las conversaciones y las entrañables madrugadas vividas con «Balo» Sánchez León. «Ese amigo —dijo refiriéndose a Sinatra— que ha cantado tanto para mí que a veces pienso que sólo escribe para que yo lo quiera más».

Convertido en el más conspicuo promotor de la amistad, afecto que aparece devaluado en estos tiempos de vértigo y egoísmo, Alfredo Bryce la destacó a su manera como cuando dijo que en París no quiso que Fernando Ampuero le contara sus penas. «Yo no quería que tuviera penas, las penas son para mí. Hay que saber algo de penas, él no sabía todavía del tema y para qué iba a dejarlo que



que toco al escribir y que mi París y mi Madrid o mi Peruggia y mi Venecia son antes que nada limeñas. De ahí, sin duda, aquella valiosa contribución de mi traductor al francés. J.M. Saint Lu, cuando escribí, dudando de sus resultados, mis primeras páginas ambientadas en París. «Acertaste» —me dijo, agregando que mi visión de parís era valiosa por ser insólita.

Pero también hubo aquel arquitecto naturalmente preocupado por el *hábitat*. «¿Dónde viven tus personajes?» —me preguntó, haciendo hincapié en la ausencia total de descripciones de las casas, calles y hasta ciudades en que los hago habitar. Desde mi primer libro, señalé que omitía las descripciones porque el lector suele saltárselas. También he señalado a menudo que de mis personajes mismos emana el ambiente, el paisaje, ciudad y hasta el país en que viven y que éstos no tienen por qué coincidir y de hecho no coinciden muy a menudo. Y también he dicho mil veces que lo único que he aprendido desde que salí del Perú es hasta qué punto soy peruano y de que no hay doble nacionalidad hispano—peruana que valga para que yo entre en un manual de literatura española, o de literatura francesa, de haber sido *franco—peruano*, a fuerza de vivir una punta de años en Francia y novelar París y qué sé yo cuánto más de ese país. Y todo esto sí que es autobiografía pero nadie la toma como tal porque no suena a confesión *de profundis* o algo así. Y entonces, claro: ¿Y España, cuándo? ■

CADA VEZ que se le pregunta a Bryce por esta omisión –la del titular de este artículo–, el escritor siente como si sus lectores hubieran olvidado algunos de sus cuentos, en los que este país y su geografía sirven de escenario. Ej. «Muerte de Sevilla en Madrid»...

dejarlo que aprenda». También al referirse a su amigo Guillermo Niño de Guzmán «que ha hecho de la amistad un culto, un hombre que es puro cariño, un hombre que se dedica a ayudar a todo el mundo pero al cual yo voy a ayudar mucho, siempre, toda mi vida... Le voy a enseñar que yo pienso en él antes que en cualquiera».

Ese escribir para que a uno lo quieran más que subrayó en su obra «***Permiso para vivir***», lo volvió a manifestar al referirse a la dedicatoria de «***No me esperen en abril***» donde con palabras de Joseph Conrad postuló «que solamente es posible escribir para los amigos».

Y como sus amigos y sus querencias siempre están presentes en su vida, Bryce, antes de partir, ha dejado un recuerdo desde Lima por España que OIGA presenta en estas páginas. ■



EN CHICLAYO, Alfredo Bryce con Marigola Cerro y Guillermo Niño de Guzmán.



MÁS de una vez he escrito sobre don Miguel de Unamuno y muchísimas veces lo he citado aquí en OIGA. *No puede, pues, aparecer esta edición de despedida sin una nota mía sobre el maestro, el máximo orientador de mi conducta y cuya obra es la más obsesiva de mis lecturas. Y, aunque podría decir que la presencia espiritual de Unamuno está en el editorial de este postrer número de* OIGA, *no quiero dejar de rendirle tributo directo republicando algo de lo que alguna vez escribí sobre el insigne rector de Salamanca y faro permanente en las tormentas por las que ha pasado esta revista. Será una nota que publiqué con ocasión del medio siglo de su muerte y que reproduje más tarde con estos comentarios tan válidos ayer como hoy: "Y, ahora, en que pareciera que vamos quedando en minoría de minorías, los que no creemos en el embeleco democrático que nos toca cruzar, creo oportuno reproducir el siguiente artículo sobre don Miguel de Unamuno, escrito en un comienzo, igual que hoy, con el propósito de alzar el ánimo, de darnos coraje: ayer ante la rendición de la mayoría –de casi todos los peruanos– a la retórica bullanguera de Alan García y hoy a la demagogia chicha, a la despótica arbitrariedad de Fujimori".*

Este fue el artículo, escrito por primera vez pensando en el desolador panorama que, estaba seguro, dejaría como herencia Alan García:

Pronto, muy pronto, en las últimas horas del año, se recordará que el 31 de diciembre de 1936–hace medio siglo– murió en Salamanca, donde se hallaba recluido bajo arresto domiciliario, don Miguel de Unamuno, un hombre del que se ha hablado y se habla mucho, pero al que hoy se lee poco. No se le lee bastante porque molesta, porque irrita, porque suscita contradicciones. Aunque eso, crear inquietud en las almas, era su principal propósito al escribir. Y nunca han sido ni serán legión los que se dediquen a leer para desgarrarse interiormente.

No se le lee lo suficiente porque su lectura es impertinente, molesta, y de él dicen quienes lo han leído de pasada que es una figura demasiado recia, difusora de demasiadas verdades. ¡Cómo si la búsqueda de la verdad –Unamuno nunca se sintió dueño de ella– y la reciedumbre moral pudieran excederse, pecar de demasía y causar espanto!

Lo lamentable sería que lo que podría ser una baja en la lectura de Unamuno y una alza en el hablar de él termine por difuminar la sólida imagen de quien dijo: «¿Tropezáis con uno que miente? Gritadle

UNAMUNO Y SU CAMINO

por F. IGARTUA





EN LO ALTO: Unamuno confinado en su casa, días antes de morir. Y aquí, arriba, un dibujo del maestro y su rostro.

a la cara: ¡Mentira! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que roba? Gritadle: ¡Ladrón! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? Gritadles: ¡Estúpidos! y ¡adelante! ¡Adelante siempre!».

Lamentable sería que por falta de conocimiento de su obra quede desdibujada la figura del preclaro rector de Salamanca, de ese vasco medular –»lo soy puro por los dieciséis costados»– con paradojal devoción a España.

Con la muerte de Unamuno, ocurrida hace cincuenta años, se apagó una de las inteligencias más alertas, más lúcidas de nuestro tiempo y con mayor carga de actualidad. La de un hombre cuya vida y obra resultan la negación de cualquier sistematización o encasillamiento, pero que, una y otra, perdurarán como una meditación y un vivir trascendentes, que nos llevan a vislumbrar una singular metafísica existencial.

(Pasa a la página siguiente)

Representativo de la contradicción como elemento vital del pensamiento le agradaba Spinoza «porque se contradice»– don Miguel de Unamuno murió con sus últimos meses envueltos en graves contradicciones. Contradicciones de orden cívico que desconciertan Unamuno jamás dejó de desconcertar–, pero que no desmienten sino aclaran su terco y persistente antimilitarismo y su inabdicada fe política. Una fe amplia, sin membretes, como su espíritu; expresada en confesiones públicas e íntimas como la que le hace en carta de 1895 a su paisano Pedro de Mujica, residente en Berlín: «Soy socialista convencido, pero amigo, los que aquí figuran como tales son intratables; fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo, en fin, que de todo tienen menos de sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más. Me incomodé cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo socialismo de exclusión, de envidia y de guerra y no de inclusión, de amor y de paz».

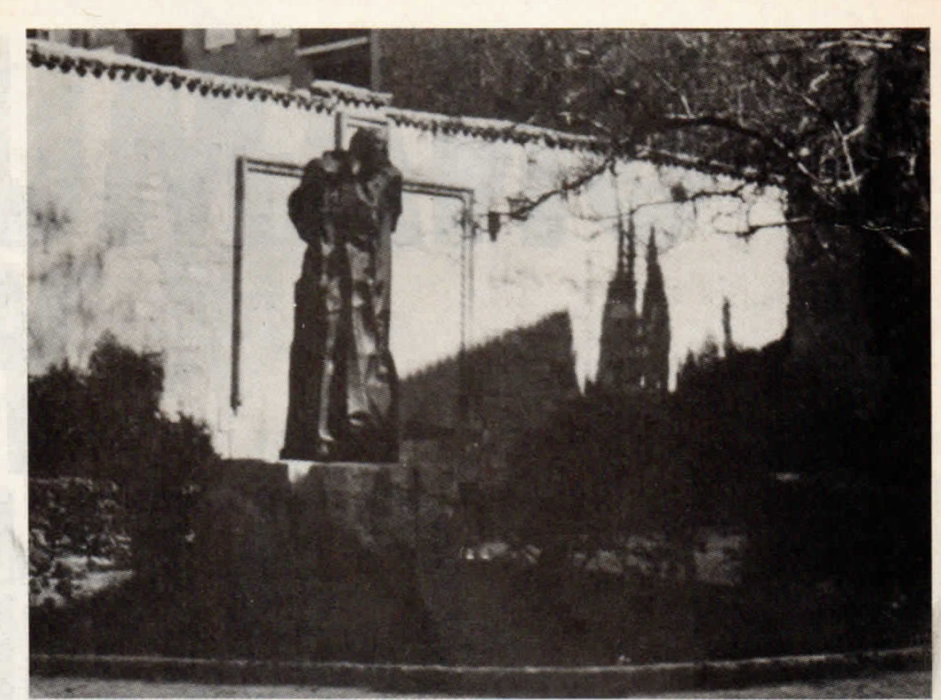
¿Pueden tener esas ideas mayor actualidad? Y pensemos que fueron expresadas en 1895.

No podía ser de otro modo la fe política de don Miguel de Unamuno. Heterodoxo por temperamento y convicción intelectual, no tuvo desmayo en su aborrecimiento a todo sectarismo. Amante del diálogo, del enfrentamiento de opiniones, del intercambio de pareceres contrapuestos, se cuidó así de explicar sus llamados monólogos: «Acaso podría llamarlos monodiálogos; pero será mejor autodiálogos, o sea diálogos conmigo mismo... Los dogmáticos son los que monologan y lo hacen hasta cuando parecen dialogar, como los catecismos, con preguntas y respuestas».

La quietud espiritual, el aletargamiento de la mente, las ideas con digestión hecha es lo que repugna a Unamuno. De allí su violento rechazo a cualquier capilla, credo, dogma o partido que signifique obediencia ciega, disciplina vertical, ausencia de diálogo, de discrepancia, de oportunidad a la contradicción.

Y, por ello, sus últimos años son los más angustiosos y torturados de su vida cívica.

Aunque a don Miguel de Unamuno ya no le interesaba en esas fechas la episódica española –se había declarado «cartujo laico, ermitaño civil y agnóstico, acaso desesperado de esta vieja España»– y su inquietud estaba centrada en descubrir la compleja y mutable entidad que es el hombre, no pudo dejar de angustiarse viendo a los españoles preparándose con frenético fervor e inconciencia a matar y morir. Se colocó por encima de las banderías y empleó su mágico dominio de la lengua para reclamar, en vano, que se aquieten las pistolas y se avive la razón y el diálogo, porque «cuando calle la palabra no quedará ya nada».



MONUMENTO a Unamuno en un rincón de Salamanca, su ciudad de adopción, en la que fue rector de su afamada Universidad...

En julio de 1936 se inició con intensidad dramática la orgía de muerte que los escritos del maestro intentaron detener. Y Unamuno, con descontrolada impaciencia, aceptó la rebelión militar. Creyó que era el camino para recuperar la paz y salvar las vidas de los que se disponían a morir. Pero muy pronto descubrió que la muerte se había enseñoreado de España y que a él lo rodeaba el salvajismo uniformado.

El error lo abruma y comprende que está en juego, en él –en «el hombre que tengo más a la mano»–, esa problemática entidad que tanto lo inquieta y preocupa: el ser humano.

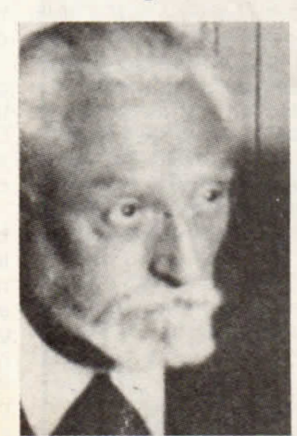
Y, abrumado, se presenta, dos meses después del pronunciamiento de Franco, a una ceremonia en su Universidad de Salamanca, a la que asisten las máximas figuras del franquismo. Y es allí donde de pronto se alza, irguiéndose en el estrado con su figura venerable, y proclama que «hay momentos en que callar equivale a mentir».

El gesto es de enfrentamiento, cara a cara, al general Millán Astray, el mutilado de los Tercios africanos, endiosado por su tropa, el más bárbaro de los seguidores de Franco, a quien acompañan varios cientos de legionarios que gritan «Viva la muerte» y quien, con el afán centralizador de la vieja España, acaba de pronunciar un discurso lleno de improperios e injurias contra Cataluña y el País Vasco.

Es entonces cuando lentamente Unamuno se levanta frente al desaforado soldadote, delante de la señora de Franco, de Pemán y otros académicos, del obispo y de diversas autoridades, para decir serenamente, sin miedo:

«No puedo aguantar más. No quiero aguantar más.«Todos vosotros estáis pendientes de mis palabras. Todos vosotros

(Pasa a la página 74)





AL INICIO no se opuso Unamuno al levantamiento de Franco, pero no aguantó mucho y muy pronto rompió su silencio...

PASEANDO por Bilbao, el Txoco de su niñez y mocedad...

COMENTARIO PUBLICADO EN 1951

AMAUTA E INCOGNITA

por F. IGARTUA



MARIATEGUI visto por Julia Codesido.

EN estos días en que se habla mucho de revisión del pensamiento de José Carlos Mariátegui, no es ocioso publicar la siguiente nota de nuestrodirector, Francisco Igartua, aparecida hace cuarenta y tres años con ocasión del cuarto centenario de San Marcos. La hemos hallado revolviendo papeles de 1951. Hoy recobra vida y se hace actualidad. Va a continuación:

La Pontifica y Real Universidad Nacional Mayor de San Marcos –burguesa y reaccionaria, decia José Carlos Mariátegui– cumple este mes su cuarto centenario; y hemos querido iniciar estos artículos de homenaje a San Marcos precisamente con un recuerdo de Mariátegui, por la influencia que en el pensamiento peruano y sanmarquino de los últimos años ha tenido el gran 'extrauniversitario' y porque entre toda su generación es quien ha logrado resumir mejor y con sentido marcadamente universitario las inquietudes de estos tiempos. Como muchos escritores –casi todos, apunta Federico More– cumplió con proclamarse no sólo ajeno sino enemigo de los claustros. Pero, sensible a su verdadero temperamento, mostró entusiasmo ante la posibilidad de ser catedrático de esa Real y Pontifica Universidad. El 10 de enero de 1928 escribe: *«Soy un autodidacta. Me matriculé una vez en Letras en Lima, pero con el solo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extrauniversitario y, tal vez, si hasta antiuniversitario. En 1925 la Federación de Estudiantes me propuso a la Universidad como catedrático de la materia de mi competencia; pero la mala voluntad del Rector y, seguramente, mi estado de salud, frustraron esa iniciativa».* José Carlos Mariátegui no pudo ni podrá desligarse de San Marcos. Fue antes que nada un hombre de letras, ansioso de cultura, y un enamorado de Occidente que creyó encontrar en el marxismo la fórmula apostatal de la civilización occidental. Su pensamiento pertenece al claustro sanmarquino como el de todos los hombres de su generación; casi todos ellos alejados físicamente de las aulas por culpa de los diplomas.

Nosotros –muchos periodistas, por timidez, tenemos la inmodestia de hablar siempre en «nos»– hemos tenido hasta hoy una idea muy borrosa de Mariátegui. Apenas nos habíamos detenido a apreciar al extraordinario periodista que había en él –a cualquier tema le encontraba un lado virgen y escribía con igual soltura una crónica política como una nota sobre Navidad o el Carnaval–, nunca nos adentramos en su pasión por la literatura que lo llevó en sus años mozos a escribir varias piezas teatrales y a dejarnos, en su afán de abarcar todos los géneros, los apuntes de una novela: 'Sigfrido y el profesor Cantella'; poco sabíamos de sus arrebatos en defensa de la libertad de prensa y hemos quedado admirados leyendo el editorial de 'La Razón', que tuvo que circular en volantes, dejando en blanco las columnas del diario: *«Llegar al poder es poca cosa para un hombre de vastas aspiraciones, con clara conciencia de su deber histórico, con profundo concepto de su misión en la vida pública, con aguda percepción de las corrientes sentimentales de su tiempo y con talla, en fin, de verdadero héroe popular»* –esto lo escribió en 1919–; nunca habíamos sabido de su accidente colegial en el que por culpa de una patada tuvo que abandonar sus estudios, hacerse autodidacta, perder una pierna y morir tan joven; ni siquiera conocíamos la ternura de su carácter ni su inmensa capacidad para sufrir. De Mariátegui sólo teníamos la idea de un hombre excepcionalmente versado en el movimiento político de su época y se nos hacía duro creerlo sectario. Hoy, después de hurgar en sus papeles e

(Pasa a la página siguiente)

AMAUTA...

intimidades, después de revisar su álbum de recuerdos y fotografías se nos presenta la figura de Mariátegui tal como la deseábamos ver: Apóstol y mártir –bien pudo ser misionero franciscano–, pero no del comunismo sino de todos los menesterosos del mundo.

Mariátegui –¿qué habría llegado a ser Mariátegui con el tiempo?–, al morir tan joven nos ha dejado una duda. Ya en las primeras publicaciones que se hacen en el extranjero, después de su muerte, se habla de la posible desviación de su credo y filiación. El mismo escribe el 10 de marzo de 1929 refiriéndose al libro que preparaba sobre el marxismo: *«Agradezco y acepto su ofrecimiento de gestionar la publicación de este libro por 'La Vanguardia'. Pero temo que mis conclusiones desfavorables al marxismo, aunque no abordan la práctica de los partidos socialistas, sea un motivo para que 'La Vanguardia' no se interese por este libro»* (Vida Literaria, mayo 1930, página 5, carta a Enrique Espinoza). Y uno de sus panegiristas, Ramón Doll, sin afirmarlo enfáticamente, pone en duda su fidelidad a la ortodoxia, negándose a creer en el marxismo sectario de este hegeliano de la política. Doll dice en 1930: *«Era demasiado inteligente, muy apasionado de la verdad y esclarecedoramente abierto a todas las corrientes espirituales, para que no supongamos que en su última polémica comenzaba a considerar el marxismo como fórmula que importa un juicio condenatorio para la sociedad moderna, más que una explicación científica de la realidad»*. Para nosotros, a pesar de proclamar su filiación –como cuando se califica de antiuniversitario– sólo tiene fe: fe en el destino más humano de las relaciones entre los hombres. Creyó en el marxismo porque lo acercaba al proletariado, la capa más llagada de la sociedad. No tuvo tiempo para prever que ese proletariado, sin el freno moral que le negaba el marxismo, incubaba la opresión de sus mismos hermanos. Le faltó contemplar cómo el triunfo del proletariado en sí, a la larga, no crea justicia sino una nueva casta aristocrática, tan cruel e inhumana como otras. Sin embargo, su sensibilidad no podría haberlo colocado, en su tiempo, en una trinchera distinta a la que él escogió. Desde ahí se veían las masas en su justa dimensión, en su condición de oprimidas por una sociedad egoísta y desalmada. En opinión de muchos, al hacerse la revisión de la crisis de Occidente y del Cristianismo habrá que llegar a esta conclusión: sólo el comunismo ha ofrecido en el último siglo esperanza de redención a las masas.

Hoy, la sensibilidad del mundo ha cambiado. La vieja trinchera de Mariátegui está corrompida, porque en la misma doctrina lleva el germen de la descomposición. Pero, el panorama continúa siendo igual. El que la Tercera Internacional o el comunismo soviético no ofrezcan esperanza al desvalido, en nada hace variar la situación de injusticia en la que vive el mundo. Frente a los problemas que planteó Mariátegui –que son los de hoy– hay confusión en todas partes; pero con esperanza de que alguien señale el camino de la justicia sin obligarnos a abandonar nuestra dignidad de hombres libres. Mariátegui, de no haber muerto tan temprano habría sido nuestro apóstol. Cuando dice: *«Residí más de dos años en Italia donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y mi hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con varios peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época señalan las etapas de mi orientación socialista»*, nos hace pensar en lo cerca que estuvo de su última etapa socialista –siempre lo hubiera sido–, en la que, quizás, nos hubiera señalado la solución justa a los problemas que expuso hace veinte años. El general MacArthur, soldado de una nación capitalista, en la exposición que acaba de hacer sobre el Asia, señalando lo absurdo que significa hacer política



CUANDO era cronista de «La Prensa».

asiática sin considerar el hambre y la miseria de esos pueblos y lo irreal de toda acción política que pretenda mantener al Asia colonizada e impedida de lograr su impajaritable independencia política y económica, sólo difiere de los apuntes de Mariátegui, que publicamos más abajo, en que MacArthur, como militar, no presenta una solución doctrinaria y Mariátegui, por no haber iniciado aún su revisión del marxismo, vivía en esa época esperanzado en la Tercera Internacional Comunista. Es halagador, sin embargo, ver cómo el mundo de hoy, por lo menos, intenta no ponerse de espaldas a la realidad que Mariátegui nos describió hace más de veinte años.

Al celebrar casi conjuntamente el centenario de San Marcos y el aniversario de la muerte de José Carlos Mariátegui, rendimos tributo a la clarividencia del Amauta 'extrauniversitario' y a su exquisita sensibilidad para comprender el dolor de la humanidad a la que, sin haber podido completar su obra, señaló un camino con el ejemplo de su vida.■

(Publicado en OIGA Nº 699, del 11 de julio de 1994)

conocéis y sabéis que soy incapaz de guardar silencio. Hay ocasiones en que permanecer callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como asentimiento».

Millán Astray vocifera, apoyado por su coro armado, contra los intelectuales, pero el maestro continúa:

«Voy a comentar el discurso —de alguna manera hay que denominarlo— del general Millán Astray, que se encuentra entre nosotros. Pasemos por alto la afrenta personal que implica la repentina explosión de insultos a vascos y catalanes. Yo soy vasco. Nací en Bilbao. El obispo aquí presente (leve inclinación hacia monseñor Pla y Daniel), quiéralo o no, es un catalán, de Barcelona...»

La soldadesca aúlla «Viva la muerte»...

«Acabo de oír el necrófilo grito «Viva la muerte». Y yo que me he pasado la vida creando paradojas que han despertado iras incomprensibles, os debo decir, en calidad de autoridad experta, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un hombre desarbolado. Lo digo sin pizca de malicia. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Desgraciadamente en estos momentos hay demasiados en España. Y pronto habrá más, si Dios no viene en nuestra ayuda. Me apena pensar que el general Millán Astray pudiera dictar el modelo sicológico de las masas. Un mutilado que carece de la grandeza espiritual de Cervantes es capaz de buscar un siniestro alivio ocasionando mutilaciones en su alrededor».

El vocerío es tremendo y Millán Astray, malparado, rabia a gritos. Unamuno mirándolo le dice:

«Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pediros que penséis en España...»

Sus últimas palabras no se escuchan por el ruido de la soldadesca y el asombrado silencio de académicos, eclesiásticos, dignatarios y otros invitados.

El final ya se conoce. No fue atropellado allí mismo porque, según parece, intervino directamente a su favor la señora de Franco. El maestro, ignorante del gesto de la dama, salió altivo, con su blanco pelamen invicto y su mirar insolente. Quedó confinado en su domicilio. Y a las pocas semanas murió, con el corazón destrozado, interrogándose sobre el destino del hombre, autodialogando.

Unamuno no será olvidado. Se le recordará como uno de los grandes heterodoxos de nuestro tiempo, como uno de los hombres que, en este siglo, se negó con vigor resonante a ser rebaño y nos enseñó con lucidez a no serlo. Quedará memoria de él por sus vitales contradicciones, su desesperación por trascender, su sed de inmortalidad y su fe en la libertad del hombre.■

(Publicado en OIGA Nº 309, del 15 de diciembre de 1986)

VIGOROSO APORTE

NARRADORAS FEMENINAS IGNORADAS

por LILIANA CHECA



ISABEL Allende reflexiona sobre el papel de la mujer en una sociedad regida básicamente por códigos machistas.

EN la última década, las librerías del mundo occidental se han visto invadidas por novelas escritas por un grupo de narradoras que se han aventurado a dar el difícil paso del periodismo a la novela con un éxito inusitado.

Sin lugar a dudas, la más leída, la más traducida, la más controvertida y la más popular de estas escritoras es la chilena Isabel Allende. A través de ***La casa de los espíritus***, ***De amor y de sombra***, ***Eva Luna***, ***Los cuentos de Eva Luna***, ***El plan infinito*** y su reciente autobiografía, ***Paula***, dedicada a su hija recientemente fallecida, la autora reflexiona acerca del papel de la mujer en una sociedad regida básicamente por códigos machistas que analiza desde distintos puntos de vista de acuerdo a las circunstancias y al momento histórico que describe. Su condición innata de narradora y su magnífico manejo de un realismo mágico muy peculiar la hacen acreedora y merecedora de grandes elogios por parte de la crítica internacional.

El caso de la mexicana Laura Esquivel es similar. El éxito sin precedentes de la película ***Como agua para chocolate***, basada en la novela única de Esquivel del mismo nombre, hecha con un presupuesto mínimo pero profundamente fiel a la magia del texto, hace que se produzca un interés retrospectivo hacia la obra que se comienza a traducir y vender masivamente.

Habría que mencionar también a la mexicana Angeles Mastretta que luego de una exitosa trayectoria periodística debuta en la narrativa con su novela ***Arráncame la vida***, título de una ranchera mexicana, y un libro de cuentos ***Mujeres de ojos grandes***. El tema que describe Angeles Mastretta es el de la situación de la mujer en una sociedad particularmente machista como la mexicana. Los personajes que habitan sus páginas son mujeres insatisfechas, frustradas, que luchan por hacer valer sus derechos y cuya verdadera personalidad sólo se da a conocer en los momentos de ofuscación.

Sin embargo, esta nota pretende reflexionar más bien acerca de algunas narradoras también muy talentosas pero menos conocidas que las anteriores. Este es el caso de la puertorriqueña Rosario Ferré. Su trayectoria se remonta a 1970 en que comienza a publicar una exitosa revista literaria: ***Zona de carga y descarga***. Luego, vendría una colección de poemas y cuentos: ***Papeles de Pandora*** y tres libros de relatos además de algunos de

(Pasa a la página siguiente)

crítica literaria y ensayos feministas. Su primera novela, publicada inicialmente en inglés bajo el título ***Sweet diamond dust***, obtiene el premio ***Liberatur Prix*** en la Feria del Libro celebrada en Frankfurt en 1992. Sin embargo, es su segunda novela, ***La batalla de las vírgenes***, la que nos interesa para los efectos de esta nota. Rosario Ferré incursiona aquí en un género nuevo para ella: la sátira religiosa.

La novela analiza los conflictos a los que puede conducir la religiosidad mal llevada y las consecuencias trágicas de un fanatismo exacerbado que lidia más con lo profano que con lo sagrado. El relato es un crudo testimonio de una sociedad que por ser fiel a los ritos externos olvida el verdadero valor de la caridad cristiana. Escrita con una pluma ágil y amena la narración se detiene a explorar las conciencias de aquéllos cuya fe cristiana es sólo para la exportación sin detenerse a meditar y a poner en práctica la verdadera vocación de servicio a Dios.

Otra escritora cuyos libros aún no han llegado a los escaparates de las librerías limeñas es la chilena Marcela Serrano. Con tres novelas en su haber, cada cual más exitosa que la anterior, la autora confiesa ser profundamente autodidacta. Su primera novela, publicada sólo en 1992 bajo el sello de la editorial chilena Los Andes, está ya en su decimocuarta edición. Si bien, a mi modo de ver, la insistencia en describir los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en Chile a raíz de la caída del gobierno Salvador de Allende, y la manera como éstos repercuten en la vida de las protagonistas, opaca la narración, no se le pueden negar otros méritos. La novela desarrolla fundamentalmente el tema de la amistad. En el verano de 1900, después de haber compartido una serie de vivencias, que de una u otra manera las han afectado a todas, se reúnen cuatro amigas chilenas, todas profesionales y compañeras de trabajo en un instituto de investigación, en una casa en los Lagos del Sur. La ocasión sirve como terapia para todas y les permite hacer un balance de su presente y su pasado. Al contar cada una su situación personal tenemos acceso a un mundo mucho más vasto, que hasta ese momento no tenía voz propia: el de la mujer de las clase media chilena. Agil, ligera, fácil de leer, a pesar de los enormes defectos que la propia autora confiesa reconocer en su novela, ***Nosotras que nos queremos tanto*** es una lectura obligada y profundamente placentera. ***Para que no me olvides***, su segunda novela, está probablemente mejor lograda técnicamente hablando pero la angustia que brota de sus páginas la convierte en un texto más difícil de comprender que el anterior. Recientemente publicada por la editorial Alfaguara su tercera novela, ***Antigua vida mía***, según la crítica es la más sólida y mejor escrita de las tres. Fiel a su principio de dar a conocer la visión de la vida de la mujer chilena, el relato tiene nuevamente como protagonistas principales a mujeres que hacen una radiografía de la sociedad chilena de los últimos treinta años.

Finalmente, me queda por mencionar a una narradora peruana, Laura Riesco, cuya novela, ***Ximena de dos caminos***, publicada bajo el sello de la Editorial Peisa, ha tenido un éxito relativo entre los lectores limeños. Desde la perspectiva de una niña pequeña y precoz, Ximena, la novela hace un recuento de la vida en un centro minero de la sierra, La Oroya. Ximena percibe que las estructuras sobre las que este mundo se sostiene son frágiles y vulnerables y aprende a madurar tempranamente recuperando las vivencias cotidianas que acaban por enriquecerla en algunos casos y por hacerla crecer prematuramente en otros. Su curiosidad sin límites le ocasiona sorpresas ingratas también y la ayuda a penetrar a fondo dentro de una realidad que de otra manera habría permanecido herméticamente cerrada para aquéllos que no la han vivido de cerca.

Lo más rescatable del relato es la sensibilidad extrema de Ximena y la magia que ejercen las palabras sobre ella; el poder fascinante de las letras, que aún no ha aprendido a descifrar y anhela desesperadamente conocer. Sin embargo, mientras la visión que recrea de la sierra está impregnada de una nostalgia infinita y revela un profundo conocimiento de esa realidad por parte del narrador, la imagen que se da de la costa carece de esas cualidades, quizá por resultarle más extraña y menos familiar a la autora, cuya infancia transcurre como en la novela en un pueblo minero de la sierra.

Las novelas de Rosario Ferré, Marcela Serrano y Laura Riesco son un aporte significativo y novedoso a la literatura femenina. No son sólo escritas por narradoras femeninas sino que tienen como protagonistas principales a mujeres que aprenden a sobrevivir en un mundo dominado fundamentalmente por hombres y cuyas reglas del juego con gran esfuerzo llegan a manejar en muchos casos bajo un costo muy alto.■

Hasta pronto con dignidad

por Lily Panay

La verdad cuando ingresé a trabajar en OIGA, hace 18 años, no pensé que me quedaría tanto tiempo. Sabía que era una empresa periodística y que yo necesitaba trabajar allí. Tenía dos hijos muy pequeños que mantener y la revista se había convertido en mi principal esperanza para el futuro. Hasta ese momento había leído mucho pero sabía muy poco de periodismo y menos sospechaba que andando los años me convertiría en lo que llaman «ratón de biblioteca» o más propiamente de archivo.

Eran los tiempos en que todos los que trabajaban desempeñaban varias funciones. Esto se convirtió en una característica y en los años siguientes los amigos del señor Francisco Igartua, don Paco, se admiraron siempre de que cada edición de la revista pudiera ser hecha por tan poca gente. Empecé a laborar como secretaria de don Paco, desde el segundo número de esta cuarta, heroica etapa de la revista. Al mismo tiempo era telefonista, encargada del archivo, coordinadora periodística porque concertaba entrevistas para el personal de redacción y fotógrafos también, y hasta me daba tiempo para pasar a «Letraset» los titulares de las notas periodísticas, dejándolos listos para ser procesados en fotomontaje, en la imprenta.

Muy pronto, el trabajo de archivo me fue absorbiendo cada vez más y fue muy explicable para mí: don Paco le daba a la parte gráfica (fotos) una gran importancia. El siempre ha dicho que no bastaba que las fotos sean del personaje aludido en la información o ni tampoco era suficiente que las fotos sean del «tema», sino que debían guardar entre ellas una armonía y contribuir a completar el mensaje. Don Paco mismo me fue ubicando cada vez más en el archivo. Muy pronto aprendí —y lo repetí tanto como el mismo señor Igartua— lo que él sostuvo siempre como una de las sentencias más sagradas de su concepción gráfica: «La nota puede ser muy buena, pero sin fotos... ¡No sale!. Y la verdad era que sin fotos, las notas no salían.

¡Cuánto aprendí de sus enseñanzas! Y como yo, todos los que pasaron por OIGA aprendieron mucho. Claro, cada cual según su propia capacidad. Recuerdo, por ejemplo, un día que la famosa «Pandora» llegó a mi oficina un poco asustada y me dijo: «Lily, Paco está furibundo, no grita sino que da alaridos»; es que don Paco estaba en una reunión con todos los gráficos.

También recuerdo como, con el mismo tono magistral que usaba para corregir verbalmente los errores de construcción que detectaba en los originales, enseñaba también a los redactores novatos algunos recursos, no digamos trucos, de la redacción periodística. No fue de los que consideran que los jóvenes »deben experimentar en carne propia para que aprendan». Todo lo contrario. Fue el primer colaborador de sus redactores jóvenes. Los orientaba en la parte creativa, los estimulaba para que sean incisivos pero respetuosos, y si era posible les evitaba trabajo inútil. Y siempre respetó mucho el talento de los periodistas jóvenes.

En cuanto a mí, me siento orgullosa de haber trabajado en este OIGA de 1978 a 1995 porque creo que hizo historia y porque no me ha deparado riqueza ni comodidades, pero sí me ha dejado mucho de bueno y de edificante que contar a mis hijos. ¿Qué cosa más enaltecedora puede haber que el haber trabajado en este OIGA, cuarta etapa, que si algunos poderosos detractores se ganó no fue por promover intereses ajenos a los específicos de la patria o por silenciar las inmoralidades, o por permitir el avance de la barbarie en perjuicio del futuro de las instituciones tutelares que sustenta a todo el país?

En estos momentos siento el deber de mencionar mi recuerdo y mi homenaje al joven reportero gráfico Amador García, un ayacuchano noble y trabajador, sacrificado innecesariamente con balas asesinas en las alturas de Uchuraccay. Al escribir estas líneas de despedida, quiero agradecer a todos los que colaboraron conmigo en las labores diarias del archivo, y a quienes me brindaron su amistad. Gracias a ti Gloria, Carolina, Anita.

Sobre todo, gracias a usted, don Francisco Igartua. Gracias por habernos mantenido a su lado hasta el final. Gracias por habernos enseñado a levantarnos más estimulados apenas caemos. Y gracias porque nos ha contagiado el espíritu rebelde que impulsa a defender las ideas constructivas que tanta falta hace en nuestro país. Por eso estamos seguros que mientras le queden a usted fuerzas para levantarse una vez más OIGA volverá a resurgir. Entretanto, no un adiós sino un hasta pronto.■



A LO LARGO de toda su vida periodística OIGA formó una gran familia unida por un solo ideal: servir al Perú. Periodistas, empleados, obreros, formaron un equipo que cosechó muchos triunfos hasta en el terreno deportivo.

TRES VISIONES DEL PERU CONTEMPORANEO

por NINI GHISLIERI R.

Considerando que OIGA, en su larga trayectoria, no ha sido únicamente un semanario político, sino un importante medio donde el ac acontecer cultural halló siempre un espacio abierto y digno, deseamos –en este número de cierre material– contribuir con una selección de entrevistas a tres destacados estudiosos de las Ciencias Sociales. Ellos son los doctores Franklin Pease, Federico Kauffmann Doig y Fernando Fuenzalida. Sus respuestas, aunque concretas por la vastedad de los temas, son –en parte– un balance muy considerable de los últimos tiempos dentro del campo de la Historia, la Arqueología y la Antropología. Veamos.

EL HISTORIADOR

Doctor Pease, ¿qué importancia tiene para el progreso nacional el sentimiento compartido de una conciencia histórica?

–La historia es experiencia colectiva. Asumirla es particularmente importante no sólo para definir la identidad de los peruanos, sino también para emplearla como instrumento que permita comprender el presente, e incluso –como tantas veces he dicho– para diseñar el porvenir. Por ello pienso que es especialmente serio que se haya diluido la información pública y hasta el respeto por el pasado. Me refiero a la forma cómo la enseñanza ha ido generando una imagen en la cual sólo la historia de los incas es un pasado glorioso mientras que, en otro extremo la historia republicana pareciera producir la desagradable imagen señalada por el fracaso y la corrupción. Hay gente que piensa que no hay en el pasado republicano nada que merezca reconocimiento o adhesión; sólo se salvan los héroes, sin embargo, pareciera que para algunos el pasado republicano debería condenarse en bloque, quizás para ofrecer un asidero a la utopía o al pragmatismo presentista. No habrá futuro deseable si desdeñamos la historia; como repetía Basadre, si olvidamos la historia podríamos estar condenados a repetirla.

¿Cuáles considera han sido los trabajos más destacados en la historia nacional que, en los últimos veinte años, hayan tenido mayor impacto en la cultura peruana?

—En las reconsideraciones a *Perú. Problema y Sociedad*, Basadre decía que el acontecimiento más importante en la cultura peruana de este siglo había sido el reconocimiento del hombre andino. De hecho, se ha replanteado la historia de los incas y la historia colonial, considerando al hombre andino como actor de esa historia y no solamente como el sujeto pasivo de una historia importada, como un sujeto histórico que ha sido únicamente el objeto de la adulación. Si bien es necesario todavía ampliar esta tendencia hasta el siglo 20, debe recordarse que hoy ya no es extraño hablar de una historia andina integrada en la historia del Perú. Desde este punto de vista debe resaltarse el aporte de la etnohistoria, cuyo desarrollo en los últimos veinte años se vinculan a un conjunto de autores peruanos ejemplificados en María Rostworowski.

Si bien es notable el desarrollo de la historia colonial, sigue siendo imprescindible desarrollar una historia republicana contemporánea.

¿Qué acontecimiento de los últimos treinta años puede considerarse de relevancia en la historia republicana?

—Posiblemente la transformación de un país mayoritariamente rural en otro

(Pasa a la página siguiente)

con mayoría urbana. Luis Valcárcel decía premonitoriamente en los años 20 que el país cambiaría cuando la población andina ocupara las ciudades. Ello ya ocurrió.

Dejando al margen la tentación frecuente de precisar la importancia de acontecimientos como la reforma agraria y su fracaso, me parece importante llamar la atención sobre el incremento de participación de la población en la formación de la opinión pública, que ya no es un privilegio de minorías urbanas o políticas sino que busca canales nuevos, de igual forma como la economía popular de épocas de crisis encontró canales, que con frecuencia se llaman informales para ejercer una actividad urbana.

Otro acontecimiento, grave esta vez, es el progresivo deterioro de la clase política originado, antes que en la sola actividad de los gobiernos, en la frecuencia con que se presenta –desde Leguía– el ejercicio autoritario del poder; éste ha roto la continuidad de la vida política y cancelado con frecuencia el surgimiento de nuevas generaciones de dirigentes.

Otro acontecimiento visible es el incremento demográfico, notable desde la década de 1940.

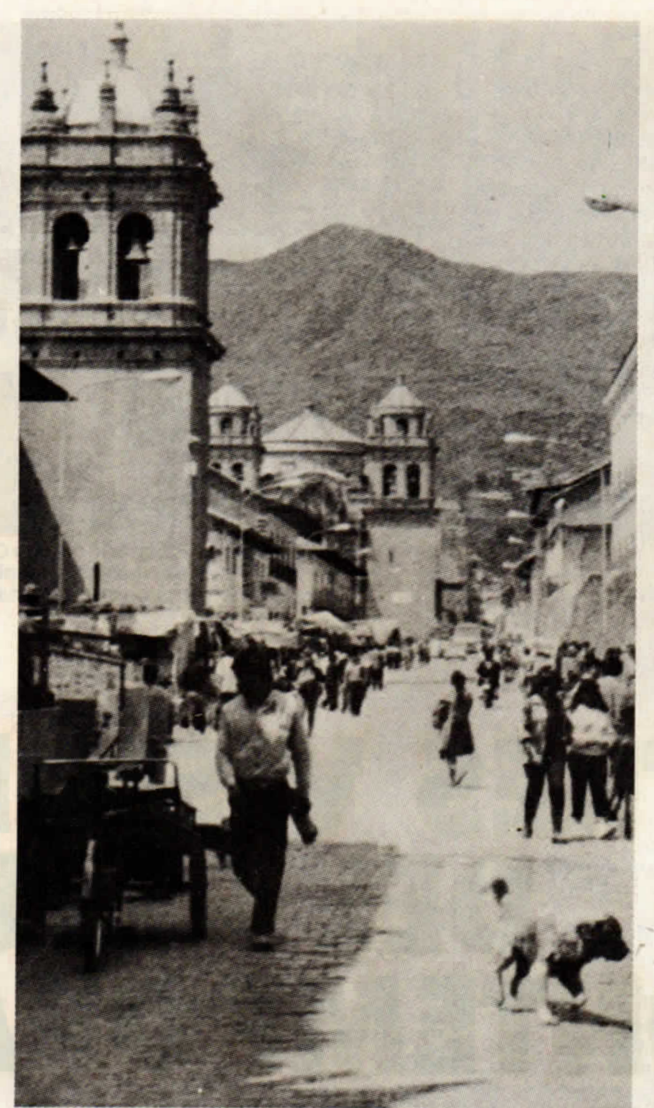
EL ARQUEÓLOGO

¿Qué descubrimientos arqueológicos, doctor Kauffmann, considera han sido los más trascendentes en los últimos veinte años?

–Hay dos clases de «descubrimientos» arqueológicos. El común, el de hallar una huaca más, un recipiente ceremonial fuera de serie, una pared pintada, se refiere a descubrimientos, por decir así, materiales. Para lograrlos no se necesita ser profesional, y estos descubrimientos son más bien asuntos del azar o de una búsqueda de huaquero, o sea propiciada por afanes mercantilistas.

La otra forma que reviste el descubrimiento arqueológico es la del descubrimiento teórico. Aquí sí se precisa que el «descubridor» sea un técnico en la materia, experimentado y que de resto se sienta llamado a estudiar lo que está detrás del testimonio arqueológico. No sólo sus medidas y peso, con lo que se dan por satisfechos mis colegas, con poquísimas excepciones.

Un ejemplo lo ofrece Tello, el gigante de los estudios arqueológicos en nuestro país. Lástima, y no sólo en libros elementales, que Tello sea recordado como «descubridor» de Chavín, de Paracas o de Sechín. El no fue el descubridor material de estos testimonios soberbios de nuestro pasado ancestral. Las ruinas de Chavín fueron descritas por primera vez en la primera mitad del siglo XVI por Cieza de León, las telas de Paracas fueron inicialmente botines de huaqueros y el monumento de Sechín fue un niño quien guió a auxiliares de Tello cuando éste se encontraba explorando el valle de Casma. Por eso el sabio Tello debe ser recordado por sus importantes descubrimientos teóricos. Su teoría sobre el papel de las ruinas de Chavín en la aurora de la civilización andina, su análisis de los maravillosos tejidos de Paracas y de los muchos monolitos de Sechín que le permitió ubicarlos correctamente en el curso histórico del Perú antiguo.



SEGUN F. Fuenzalida la Antropología ha contribuido a llamar la atención y ofrecer alternativas sobre los nuevos y viejos problemas del Perú.

FRANKLIN Pease: avisorando el futuro viendo el pasado.

F. Kauffmann Doig: «El legado arqueológico une a los peruanos».



F.Fuenzalida: «Hay que dejar el trabajo monográfico y volver al trabajo teórico».

Contestando ahora concretamente la pregunta, puedo afirmar que entre los descubrimientos de mayor importancia de los últimos veinte años, más materiales que teóricos, corresponden a los realizados en Sipán, por haber despertado los áureos fulgores de sus joyas la atención del mundo entero.

En cuanto se refiere a descubrimientos arqueológicos teóricos considero que, falsas modestias aparte, es una propuesta nuestra la que debería figurar por incidir en la perspectiva de la civilización peruana ancestral toda y por ofrecer puntos de vista sobre las raíces profundas de la crisis actual, que consideramos comenzó a asomar a partir del año de 1940, cuando quedó roto el equilibrio entre población y posibilidades de crecimiento de su sustento. Me refiero a nuestra tesis acerca del fenómeno de sobrepoblación que se presentó en el Perú desde que fue implantada la agricultura compleja hace algo más de 3,000 años, debido a la considerable limitación de suelos aptos para el cultivo que promovió la gestación de nuestra antigua civilización. Sin embargo, éste es hoy el factor principal que explica los signos de la profunda crisis actual, que no podrá recuperarse sin una programación efectiva de la tasa de natalidad. De seguir el crecimiento poblacional se agravarán nuestros problemas. Esto lo afirmamos desde 1985, desafortunadamente sin mayor eco. Nuestro ensayo publicado por la Alianza Francesa en 1990 lleva el título de «Sobrepoblación en los Andes».

¿Qué rol cumple la Arqueología en el desarrollo del país?

–Su rol en el desarrollo del país es muy variado. Por ejemplo, nos ha llevado a descubrir las causas últimas de nuestra actual crisis de sobrepoblación. Además el legado arqueológico une a los peruanos de las más diversas extracciones culturales y fortalece el beneficioso sentimiento de fraternidad e identidad nacional.

En su criterio, ¿qué región del país promete las mayores revelaciones arqueológicas en el futuro?

–No hay lugar en el Perú que no exhiba testimonios del pasado incaico y preincaico. Conocerlos es imprescindible para aproximarnos a su historia y delinear nuestro proceso ancestral. Mientras que la costa norte seguirá sorprendiéndonos con becerros de oro, en otros lugares testimonios de barro seguirán prestando invalorable contribución para introducirnos en nuestras épocas arqueológicas.

Después de tantos años de ardua y fructífera labor profesional, ¿cuál sería su mensaje?

–Debemos cuidar de nuestra herencia arqueológica puesto que también son dueña de ella generaciones futuras de peruanos que, se mostrarán ávidas de exhibir ante el mundo las singulares reliquias del legado ancestral que llaman a ser emuladas por la belleza e incomprensible perfección puestas en su factura.

Hay también otras formas culturales del pasado que nos pasman. Por ejemplo la política, para su tiempo óptima y efectiva, a que llegó al administración estatal de los incas sabiamente adaptada a las exigencias de la realidad de la naturaleza andina y totalmente inmersa en la mística de garantizar el sustento de los súbditos del incario. Esta excepcional experiencia estatal desarrollada en el incario no puede ser calcada en la realidad actual. Pero nos sirve para emular sus objetivos y logros en aras del bienestar de los peruanos de hoy y de mañana.

EL ANTROPÓLOGO

Doctor Fuenzalida, en su opinión, ¿cuál sería el balance que se puede hacer sobre el desarrollo de los estudios antropológicos del Perú, en los últimos veinte años? ¿Cuáles han sido los campos más y menos tratados en esta disciplina?

–La historia de la Antropología, como disciplina, es muy reciente en el Perú. No tiene más de cincuenta años. Se puede hablar de un período de pregestación que surge dentro de los estudios históricos y otro de gestación propiamente, que se da en las Facultades e Institutos de Investigación. No obstante, a pesar de su corta existencia, en la década de los noventa se puede hablar ya de una Antropología en el Perú, comparable a las de más alto nivel dentro del hemisferio. No exagero al decir que estamos en condiciones de competir con la Antropología europea y norteamericana.

Hay que reconocer, por otro lado, que la Antropología (a nivel mundial) pasa hoy por una crisis de modelos y paradigmas que han sido puestos en tela de juicio o desmentidos en su totalidad. Esto ha conducido, a su vez, a que se lleve a cabo una revisión teórica, actitud que se aprecia también en nuestro medio. En este balance o revisión de teorías, modelos o metodologías, no nos hallamos en desventaja. Se puede decir que científicamente tenemos mucho futuro, pero, la-

(Pasa a la página siguiente)

LIBROS

"ZONA DE PENURIAS"

por ALFONSO BERMUDEZ

En 1973, la UNESCO al señalar los rangos definitorios de los países marcadamente subdesarrollados, acuñó el término «zona de penuria» para referirse a las repúblicas como el Perú cuya población crece pero su producción de libros disminuye notablemente.

De entonces a la fecha han transcurrido 22 años. El Perú pasó por una dictadura militar, dos gobiernos democráticos y un régimen cívico militar, sin embargo el drama de libro y las publicaciones no sólo persiste sino que se ha agudizado radicalmente.



DURANTE gobiernos democráticos y regímenes autoritarios, el libro ha sido siempre tratado como la quinta rueda del coche. En 1995, sin incentivos pero sí con la exigencia del pago de fuertes tributos, los editores sufren el golpe artero de la piratería.

Situación sumamente crítica que, mediante impuestos ciegos y abusivos, amenaza con destruir la industria editorial y a todas las instituciones dedicadas a divulgar cultura y cimentar las bases de la nacionalidad de un país que desde su gestación pugna por encontrar su destino como nación.

Un tema medular que OIGA, a lo largo de toda su existencia, ha demandado atención y medidas correctivas convencida de su trascendencia. Serio asunto ignorado por gobiernos de toda laya que, en esta hora de dura prueba, vuelve a tocar cuando se habla de «revolución educativa», pero, paradójicamente, se olvida que ésta se forja y cimienta en las aulas, en las carpetas y los escritorios de los estudiantes y maestros donde el libro es un extraño.

Y es que los gravámenes han vuelto prohibitivo al libro, al igual que han limitado su producción en el Perú los impuestos al papel, a la tinta y a todos los insumos de la industrial editorial. Contradictoria política cuando en América y el mundo entero hay un florecimiento de las publicaciones gracias a las leyes de protección y fomento.

Los impuestos ahogan todo esfuerzo editorial. A diferencia de lo que ocurre en Colombia, donde la industria del ramo trabaja exonerada de impuestos, en el Perú el papel que se importa está gravado con un arancel del 15%, al que hay que sumar pagos por concepto de supervisión (1%), seguro (3%) y el 18% por IGV ¡37 por ciento!. En el caso de las revistas y periódicos a esos pagos hay que añadirle el cobro del IGV por concepto de venta, impuesto que es imposible trasladar a los canillitas.

Pero si esta realidad descrita explica, en gran parte, el porqué languidece la producción de libros y desaparecen publicaciones, también sirve para ilustrar lo que sucede con el libro que se importa o exporta y recibe el mismo trato que un saco de papas. De esa manera, un libro que en España cuesta 10 dólares en el Perú vale 16. Y es que en la Madre Patria el libro sí es considerado artículo de primera necesidad.

A propósito, en 1993, cuando el gobierno español incrementó la tasa del I.V.A. (equivalente a nuestro IGV) del 12% al 15%, a los libros se les redujo la

(Pasa a la página siguiente)

mentablemente, el futuro no siempre depende de la calidad sino del dinero. Aquí cabe, también, añadir que la ciencia tiende a pasar de moda ya que viene siendo reemplazada por la tecnología pura. Precisamente, las ciencias que tienden a pasar más de moda, son las Sociales y eso debido al descrédito de sus ideologías.

En el Perú hay que reconocer deficiencias y virtudes. Hemos ganado, en parte, y perdido en otras.

¿De qué manera?

–Hemos ganado al seguir la tradición de que la Antropología se funde en el estudio de comunidades arcaicas. Ha habido una gran concentración de estudios sobre comunidades andinas y tribales. Como resultado, hemos logrado algo positivo, al reunir una gran cantidad de información sobre estas sociedades. Lo negativo estaría en la insuficiente atención que se le ha dado a las sociedades contemporáneas, modernas y complejas. No se ha reconocido con suficiente claridad que las sociedades arcaicas ya no existen en estado puro, sino como parte de las sociedades modernas y complejas. En este balance hay compensaciones. Una es la circunstancia que, al internarnos en las sociedades andinas hemos derivado nuestro interés a los pueblos de economía agraria, a las migraciones, al proceso de urbanización y población, en general.

¿En qué medida considera que la Antropología ha contribuido –como Ciencia Social– a despertar conciencias y/o a solucionar los problemas del país?

–Volviendo a lo anterior, los mismos estudios sobre sociedades arcaicas nos han abierto las puertas a una sociedad moderna, lo cual nos ha colocado en condiciones de comprobar el viraje y por ende, de ofrecer una nueva Antropología ya no del hombre arcaico, sino del hombre moderno que, aunque suene a una contradicción, cada momento parece ser más primitivo.

¿Podría darnos algunos ejemplos concretos?

–A escala mundial, la emergencia de los etnicismos. El 100% de las guerras hoy en día son de carácter étnico o intercultural. Así tenemos el caso de Ruanda, Ceylán, Yugoslavia, Chechenia, el Cáucaso, etc.; y están los Estados Unidos (con el problema de los hispanos), muchos países de Europa Oriental (que tienen grandes dificultades con las minorías gitanas), Alemania (pleitos con los kurdos y turcos) y Francia (con los argelinos).

Muchos de estos conflictos surgen como producto de las migraciones urbanas, procesos de urbanización, desajustes interétnicos y también por aquellos derivados de los mercados de trabajo. En este tipo de conflictos es que el antropólogo puede estar con enorme ventaja en relación a otros profesionales.

¿Cómo explicaría este tipo de acción antropológica en nuestro medio?

LIBROS...

tasa del 6% al 3%. Y ojo que ahí no paga ningún otro tipo de arancel.

En Chile, donde también paga un I.V.A. del 18%, todo lo recaudado por ese concepto tiene un fin cultural: adquirir libros para mantener actualizadas las bibliotecas públicas del país.

Pero el caso más ilustrativo de lo beneficioso que son para un país las medidas de fomento de la industria editorial lo da Colombia. Ahí se dio una ley promotora que, en 20 años, ha convertido esa actividad en el tercer rubro de exportación de ese país, hoy en franca competencia por el primer lugar del mercado sudamericano con México.

Los extraordinarios beneficios, que en diciembre de 1993, mediante la Ley Nº 98 se han prorrogado hasta el año 2013, exoneran de tasas arancelarias y de todo tributo a la industria editorial, liberan la compra de rotativas, maquinarias e insumos, crea fuentes de financiamiento y otorga al rubro categoría de actividad industrial beneficiándola con créditos directos y mecanismos de redescuento. Además dispone la realización de ferias, señala, por ley, la compra de libros para todas las bibliotecas públicas del país y crea tarifas postales preferenciales.

Una realidad, con acordes de música celestial, que, a pesar de su cercanía, está muy distante de lo que ha pasado y pasa en el Perú donde la producción de libros sigue postrada, ha quebrado más del 50% de las librerías limeñas en los últimos 15 años y, donde por los aranceles, las inspecciones y el IGV, el libro importado ha desaparecido.

Hoy, en el Perú de 1995, los libros de ciencias, de ingeniería, las obras con los últimos avances en todos los campos del saber humano se han esfumado de las escasas librerías existentes, con el grave perjuicio para nuestros estudiantes y profesionales que de esa manera han quedado desactualizados en un mundo donde el conocimiento es clave para poder competir.

Y también, como signo de los tiempos contradictorios que padece el país, la piratería editorial ha adquirido carta de ciudadanía cuando en realidades tan distantes y disímiles como Estados Unidos y la China comunista, que apuesta a la modernidad, se vela por los derechos de autor y la propiedad intelectual. ■

–Acá estamos en condiciones de entrar ya en este tipo de Antropología. Lo mismo ocurre en el campo religioso, al antropólogo le resulta más fácil comprender la emergencia de los fundamentalismos y la difusión de nuevos cultos. Esto, debido a la experiencia de las investigaciones que se han realizado sobre las religiones arcaicas. Esta experiencia es totalmente utilizable en los nuevos procesos religiosos. Nuestros trabajos de tipo tribal y los conocimientos shamánicos le otorgan al antropólogo una situación privilegiada. Estamos, por ende, plenamente capacitados para enfrentar este nuevo tipo de problemas que vivimos.

¿En qué otro aspecto de interés actual puede ser útil la Antropología?

–En el campo de la Ecología. Las cuestiones ambientales son fácilmente comprensibles al haber investigado sobre las sociedades primitivas y arcaicas. Esto nos ayuda a ver soluciones alternativas en este aspecto y poderlas aplicar con gran ventaja.

¿Cuál debería ser la orientación de los trabajos antropológicos a fin de permitir un mejor servicio a la sociedad?

–La orientación debería encaminarse a dejar el método monográfico y volver al ensayo y al trabajo teórico. Hemos acumulado demasiada información, estamos sepultados en montañas de monografías. Hay que pasar del análisis a la síntesis para retomar el análisis monográfico con un instrumental más sofisticado.

Por lo anteriormente expuesto se deduce, entonces, que la Antropología resulta un medio fundamental para resolver una gran gama de situaciones que afronta el país...

–Así es. Y en un país donde existe una conciencia secularmente adormecida y donde la mayoría raramente ha tenido voz o portavoces (a lo largo de la historia) para expresar sus aspiraciones o sus demandas. Por lo general, todo ha sido movimientos de cúpula y de minorías dirigentes. La Antropología aquí ha cumplido un rol muy importante al ser la voz de los que no tenían voz. La Antropología ha planteado las soluciones más claras a los problemas del país. Los partidos políticos y los movimientos ideológicos se han nutrido fuertemente de la Antropología aunque no han querido aceptarlo, a veces. Esto es un hecho. Se han valido de nuestra prestación y también han compartido errores (aunque, en ciertas ocasiones, se han interpretado nuestros planteamientos de acuerdo a determinados intereses). La Antropología ha contribuido a llamar la atención, para ver problemas que no se veían con claridad y hoy se halla pronta a ofrecer alternativas a nuevos y viejos problemas.

Demás está remarcar la importancia de todas estas declaraciones y su trascendencia en el quehacer nacional.

Sin más que añadir, nos despedimos con el pesar de que ésta ya no sea nuestra tribuna de expresión, pero con la satisfacción de haber contribuido, junto con OIGA y su director Francisco Igartua R., a la indispensable difusión cultural por la que se ha caracterizado siempre este semanario.■



Clínica Maison de Santé del Sur en la Av. Chorrillos 171-173 (Prolong. Av. Pedro de Osma) -Chorrillos-

Maison

Dos Clínicas

Al trasladarnos hacia el sur de la ciudad, específicamente por la Av. Pedro de Osma, en su límite con la Av. Chorrillos, divisamos al lado izquierdo, el nombre de la Clí-

La historia de la Sociedad Francesa de Beneficencia, con sus 135 años de actividad ininterrumpida, es muy rica y longeva para poder relatarla en un reducido espacio. Tuvo y desarrolla como principal objetivo el de brindar apoyo y servicio médico hospitalario a la comunidad.

Su quehacer sin fines de lucro tiene símbolos especialmente distinguidos: El R. P. Dintilhac (fundador de la Pontificia Universidad Católica del Perú), Georgette P. de Vallejo, Arturo y Teodoro «Lolo» Fernández, Jesús Vásquez, entre otros connotados pacientes.

Su presencia en el Sector Salud Nacional se distingue por un mejor y mayor servicio asistencial bajo las estructuras de Programas de Proyección Social, así como de una constante inversión inclusive en momentos de crisis y desajustes económicos, políticos o sociales.

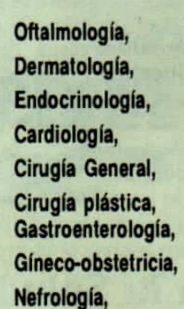
La creación del Centro Hospitalario MAISON DE SANTÉ en Lima fue hace 128 años y la moderna Clínica MAISON DE SANTÉ DEL SUR apagó su primera vela el 24 de junio de este año.

Ingresamos a esta última invitados por su Director, Dr. Augusto Mostajo Barrera. Por supuesto que llegar a la Clínica MAISON DE SANTÉ DEL SUR -ubicada a 5 cuadras del parque Barranco- nos tomó escasos minutos desde el centro de Miraflores.

Lo primero que observamos en su interior es una amplia playa de estacionamiento con hermosos jardines, donde los autos lucen como celosos guardianes de la Clínica.

La atención en ADMISIÓN no se hace esperar, es pronta y eficiente. La decoración, muy fresca, moderna y funcional.

Hicimos un recorrido por el primer pabellón, donde se encuentran ubicados los consultorios de las diversas especialidades.



Oftalmología,
Dermatología,
Endocrinología,
Cardiología,
Cirugía General,
Cirugía plástica,
Gastroenterología,
Gíneco-obstetricia,
Nefrología,
Neumología,
Neurocirugía,
Otorrinolaringología,
Patología,
Pediatría,
Psiquiatría,
Reumatología,
Traumatología,
Urología y Geriatría.

Cada consultorio se encuentra modernamente equipado con tecnología de punta; frente a ellos luce un amplio y bellísimo jardín florido que nos seduce a una gran pasividad y a la vez nos inspira mucho brío.

Avanzando hacia el interior de la Clínica, encontramos las áreas de:

Medicina Física y Rehabilitación,
Radiología,
Ecografía,
Electrocardiograma
y Odontología.

En el recorrido por los pasillos nos encontramos con el Dr. Antero Aspíllaga Pazos, Director Médico General de la Sociedad, quien nos invita a subir al segundo piso para conocer los ambientes de: Hospitalización, Centro Quirúrgico, Centro Obstétrico y Neonatología. Nuestra sorpresa fue comprobar la gran capacidad de atención y de servicios que ofrecen en estas áreas las dos clí-



de Santé

con Tradición y Modernidad

nica MAISON DE SANTÉ. Llama mucho la atención para quienes conocemos a la MAISON DE SANTÉ en su tradicional ubicación de Lima, a la espalda del Palacio de Justicia, el hecho de ver una nueva clínica en Chorrillos. Es que, sencillamente, ahora son dos Clínicas MAISON DE SANTÉ, que constituyen el GRUPO HOSPITALARIO PRIVADO MÁS IMPORTANTE DEL PAÍS. Son dos hermanas, cuya progenitora es nada menos que la SOCIEDAD FRANCESA DE BENEFICENCIA.

nicas MAISON DE SANTÉ, pues cuentan con:

260 camas clínicas,
6 salas de cirugía, cada una con equipamiento e instrumental propio,
3 salas de parto
2 salas de dilatación,
2 servicios de Cuidados Intensivos
2 servicios de Recuperación.
2 servicios de Neonatología



Algunas de las características de estos compartimientos son la amplitud y pulcritud en los ambientes.

Ingresamos luego a una habitación, vimos a una paciente que reposaba tranquilamente. Cada habitación está provista de TV a color, música, anexo telefónico, baño finamente decorado y ventanales hacia los jardines interiores. Con razón, hace poco tiempo, un paciente le dijo al Dr. Mostajo: «Doctor, aquí da gusto enfermarse».



El Dr. Aspíllaga nos explicaba que conforman el staff médico un total de 185 profesionales especialistas en todas las ramas de la medicina, con reconocida capacidad y grado de excelencia en su carpeta de datos. Además integran sus recursos humanos, alrededor de 80 enfermeras, 100 auxiliares de enfermería, 12 obstetrices, 24 médicos residentes, etc.

También observamos debidamente equipada la Sala de Neonatología (Bebés-Incubadoras) y los servicios de: Banco de sangre, Unidad renal, Farmacia.

Merece especial mención el servicio de EMERGENCIA, el mismo que siguiendo los pasos de la Emergencia del C. H. Maison de Santé de Lima, reúne las características de un mini-hospital, donde cualquier situación de urgencia cuenta con las mayores garantías para superar esos delicados trances.



Un Programa de Salud Sin Competencia

Finalmente, nos acercamos a la «casona» donde se encuentran las oficinas de TARJETA DORADA, nuevo Programa de Protección de la Salud que ofrece la Clínica MAISON DE SANTÉ DEL SUR para las personas que no quisieran encontrarse descubiertas en una situación de emergencia o simplemente para controlarse su estado de salud y seguir un tratamiento sin que esto les ocasione gastos repentinos.



Quienes se afilien al Programa TARJETA DORADA, sólo abonan una mínima cantidad mensual y pueden recibir tanto el titular, su esposa y sus hijos, toda la atención médica que requieran pues es sin límite de cobertura, sin límite de frecuencia y sin límite de edad, incluyendo hospitalización y cirugía.

Nos informaron en esta sección que el Programa TARJETA DORADA está diseñado para prevención y protección de la salud de toda la familia, con mejores características y condiciones que ofrecen sus similares a nivel mundial.

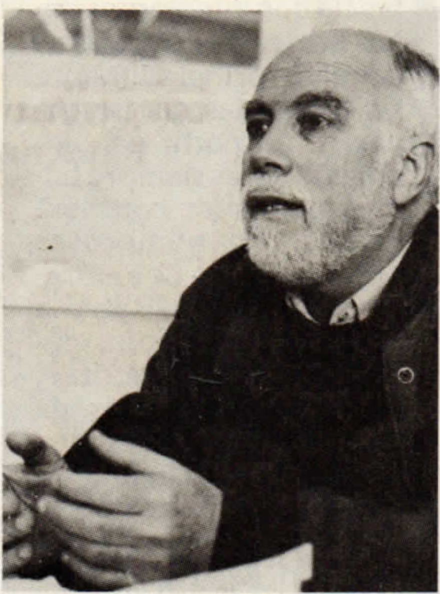
Nos quedamos complacidos de haber conocido esta acogedora y reconfortante Clínica y de poder mostrársela a nuestros amigos lectores.

AL CUMPLIR 100 AÑOS

¿QUO VADIS CINE?

por ANTONIO TORRES V.





SEGUN Chacho León (foto der.), el cine del futuro privilegiará —en términos de producción— los géneros de mayores posibilidades comerciales, como los de ciencia ficción o aventura, de los cuales es buen ejemplo *Congo*. (Foto: Penny Fernández).

EL primer centenario de ese querido arte que es el cine, se cumplirá en diciembre. En sus 47 años de vida, a su vez, nuestro semanario siempre tuvo un espacio dedicado a informar y comentar las películas nacionales y extranjeras. En este último número me pareció apropiado hacer un apretado balance de lo que es y podrá ser el celuloide, entrevistando a Isaac «Chacho» León Frías, fundador de la recordada* Hablemos de Cine*, decano de la Facultad de Comunicaciones de la U. de Lima, director de la Filmoteca de Lima y apreciado crítico. Aquí el resumen.

CHACHO, ¿podrías afirmar que existe ya un marco legal adecuado para el cine peruano?

–Bueno, sí existe un marco legal, aunque no sé si es el más adecuado. Con la legislación actual existe la posibilidad de hacer cine. Aunque sin ésta también era factible hacer películas, pero en condiciones más difíciles. Ahora se pueden producir en mayor número; además también se puede hacer algo que durante el período de vacío de la ley era imposible: cortometrajes.

¿Cómo queda lo referente a la exhibición?

–Eso no lo resuelve la ley de cine, quedando un poco librada al diálogo entre los productores y los dueños de las salas. Lo que la ley establece es que haya concursos, pero solamente en el caso de largometrajes. Se van a presentar proyectos y se ha establecido que se van a premiar seis al años, tres por semestre.

¿Y en el caso de los cortos?

–En su caso el premio sí debe cubrir la totalidad del costo. Aunque no está asegurada la distribución del corto. Por ello sería muy lamentable que se hagan cortos que no puedan verse. De todas maneras, la ley crea un mecanismo de arreglo por el cual si los exhibidores, por ejemplo, se oponen a proyectarlas, Indecopi puede actuar como una especie de árbitro que busque vías de solución al problema.

Respecto a protección legal, ¿cómo se encuentran otros países de América Latina?

–Mira, se han producido una serie de cambios en nuestros países, pero quienes han mantenido una política de coproducción con empresas privadas son México y Argentina. En México está el Instituto Mexicano de Cine, que prácticamente subsidia los proyectos más interesantes. En Argentina, por su parte, el Instituto de Cinematografía también lo hace. Esos son los únicos países que tienen una fórmula de intervención del Estado a través de la función productora. Ahora, en Brasil también

(Pasa a la página siguiente)

A la opinión pública

OIGA se despide de ustedes, queridos amigos, Cerramos por razones estrictamente económicas, pues desde hace varios años venimos padeciendo un acoso publicitario del gobierno, que se extendió en los últimos tiempos al sector privado.

Queremos dejar constancia que intentamos dejar saneadas nuestras deudas, principalmente las tributarias que se generaron a partir del último año, pues siempre fuimos puntuales contribuyentes. En numerosas oportunidades nos entrevistamos con el IPSS y la SUNAT enviándoles comunicaciones escritas, por conducto regular, de todo lo cual tenemos constancia pidiendo el uso de los espacios aprobados, de acuerdo a la disposición legal que estableció el pago de deuda tributaria mediante publicidad. Sin embargo, nuestras propuestas no fueron respondidas a pesar de que ese trato si se cumplió con todos los demás medios de prensa.

Como se ha podido observar en varios medios de comunicación, el pasado sábado 02 de setiembre, la SUNAT publicó suplementos Guías al Contribuyente. Lamentamos esta injusta situación y dejamos debida constancia de ello.

El Directorio



LEON afirma que con la ley del cine peruano hay que ser «razonablemente optimistas».

se ha creado una nueva legislación, hay créditos que el Estado da a la industria cinematográfica. Aunque no son inversiones en saco roto, sino como préstamos. Estas son las figuras más interesantes en A.L., porque hay otros países como Chile, que no poseen una legislación como la nuestra, ni apoyo del Estado, así que estamos mejor que ellos.

¿La ley será beneficiosa para el cine nacional en el futuro? ¿Tienes fe en ello?

–Creo que la ley es una herramienta importante, pero de ninguna manera la panacea. Incluso pienso que hay un riesgo: por alguna dificultad económica el gobierno de turno puede considerar que «no hay caja fiscal suficiente». Tú sabes que el terreno de lo cultural siempre ha sido el más débil entre nosotros. Entonces, puede ocurrir que no se tenga dinero para financiar los proyectos. Por otro lado, aún habiendo dinero, éste no garantiza que se hagan buenas películas; por último, tampoco se puede asegurar que las películas tengan buen rendimiento o puedan distribuirse...

El cine ha cumplido –cumple en diciembre, para ser más precisos– 100 años. ¿Adónde ha llegado? ¿En qué etapa consideras que está?

–Para empezar, creo que el recorte debemos hacerlo, en verdad, cuando la imagen electrónica se convierta en el soporte de la exhibición, como parece que va a ocurrir. Ahora bien, a lo largo de sus 100 años, el cine ha tenido un desarrollo muy rico y variado. Pero es evidente que han habido algunas formas expresivas que se han impuesto y aparecen como las modalidades más típicas o características: un cine narrativo, representativo, principalmente articulado en géneros, con los cuales ha llegado a tener un funcionamiento excepcional y ha dado obras de gran riqueza. Incluso buena parte del llamado cine de autor –que no forma parte de la tradición genérica– es también de carácter narrativo, aunque menos apegado a patrones, a los canones propios de los géneros. Esta ha sido la tradición cinematográfica impuesta durante estos 100 años. Pero el Séptimo Arte tiene mucho desarrollo por delante, a partir de formas, de expresiones que han podido ser esbozadas, u otras que son todavía inéditas.

Al respecto, ¿no crees que lo narrativo ha pasado a un segundo plano debido al tremendo avance de lo tecnológico?

–Pienso que todavía no, pues aún existe una supeditación de los tecnológico hacia lo narrativo. Claro que éste último tienen un peso mayor que antes; sobre todo, obviamente, en el cine norteamericano.

¿Qué países consideras que han evolucionado particularmente en los últimos años?

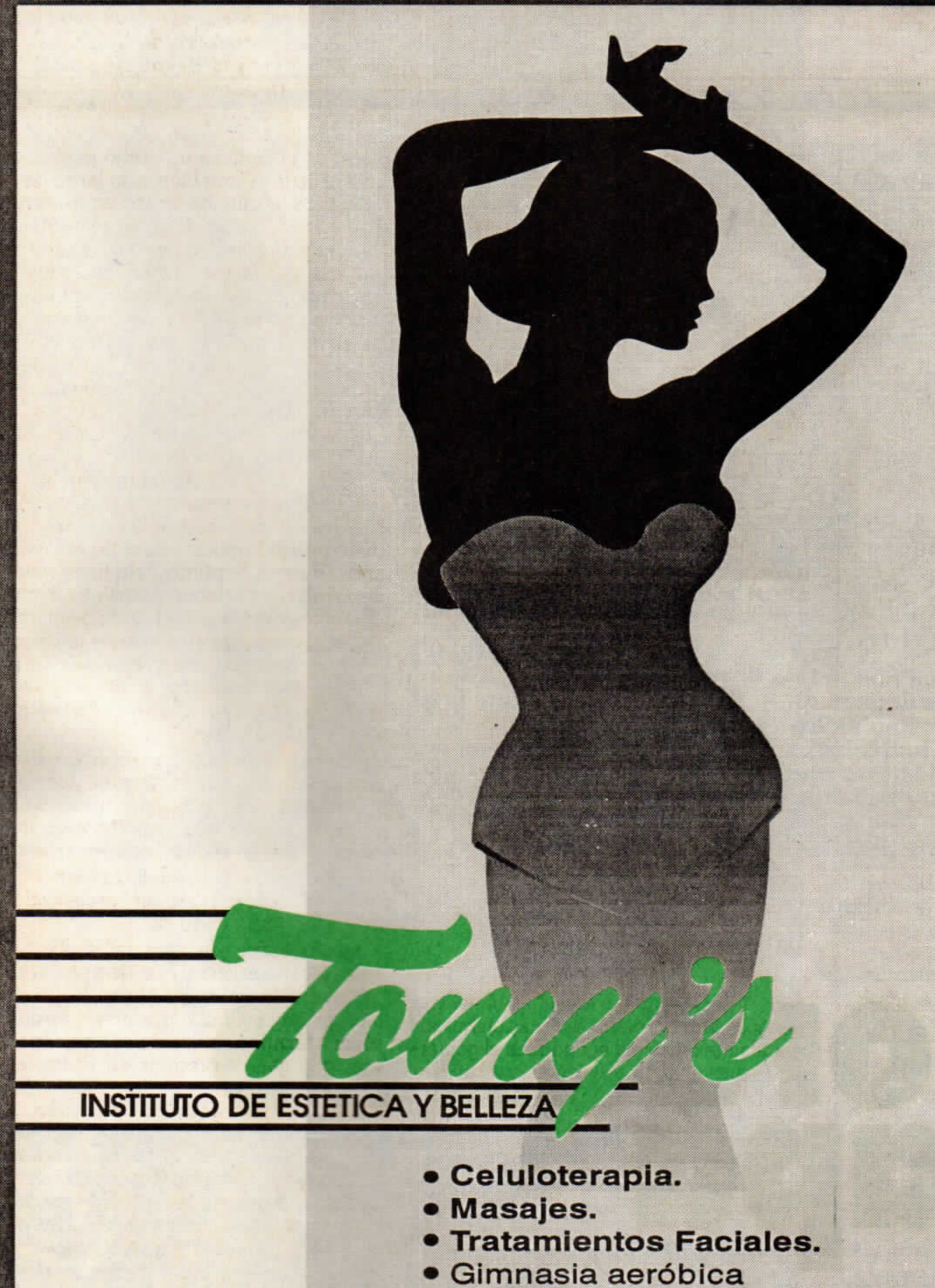
–Han aparecido cinematografías que antes casi no existían. Por ejemplo, el cine oriental. Ahí tienes los casos de Taiwán, Hong Kong y China, que han crecido no sólo en términos industriales sino expresivos, que ganan premios en festivales y obtienen distintos reconocimientos. También podría citar el cine de Finlandia, que está haciendo producciones muy valiosas. Existe, además, un resurgimiento del cine danés; en Portugal se está haciendo un interesante cine de autor. El cine italiano, por su parte, también está intentando levantar a través de realizadores como Pupi Avati o Nani Moretti (director de una estupenda cinta, *Querido diario*).

Decir adiós

«Dicen que las despedidas son muy tristes», reza un conocidísimo vals. Pero no lo es tanto cuando uno siente que la dignidad fue la bandera que se alzó. Entonces también existe una especie de orgullo en el adiós. Lo que sí es triste es tener tan poco espacio y querer expresar muchas cosas. Así que me limitaré a lo principal, a darle las gracias al indoblegable Francisco Igartua; gracias a sus consejos, su confianza, al haberme dado la primera oportunidad de incursionar en un medio de comunicación escrito, hace poco más de diez años. El afecto nunca dirá adiós, don Paco, amigo.■



LOS grandes musicales norteamericanos dieron celebridad a G. Rogers y F. Astaire.



- **Celuloterapia.**
- **Masajes.**
- **Tratamientos Faciales.**
- Gimnasia aeróbica
- Gimnasia con máquinas para todas las edades
- Sauna
- Ducha española
- Jacuzzi
- Tratamiento de celulitis

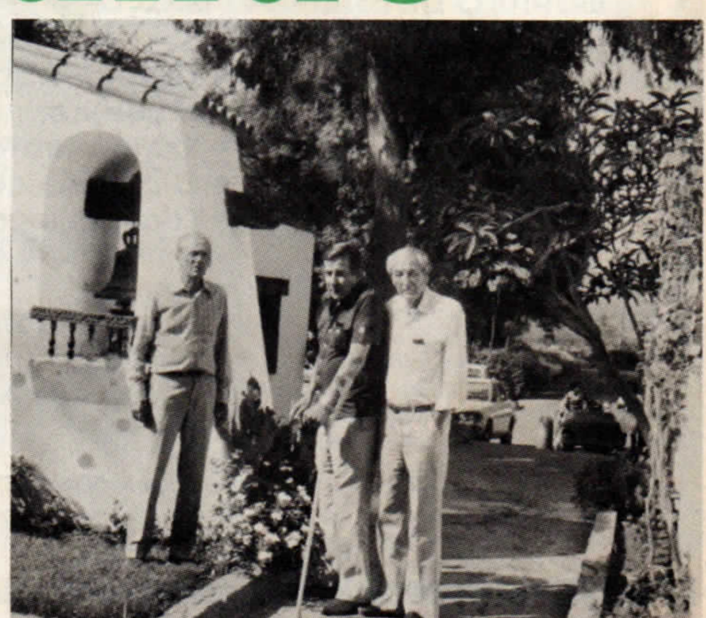
Av. Angamos (Oeste) 729 Miraflores - Lima 18
Turnos a los teléfonos 445-1007 / 446-0691

Este no es «El Jinete Pálido». Es Harry Schuler, hijo menor de don Roger Schuler, uno de los grandes de la hostelería peruana. Aquí su historia que nos la contó en Punta Ballenas.

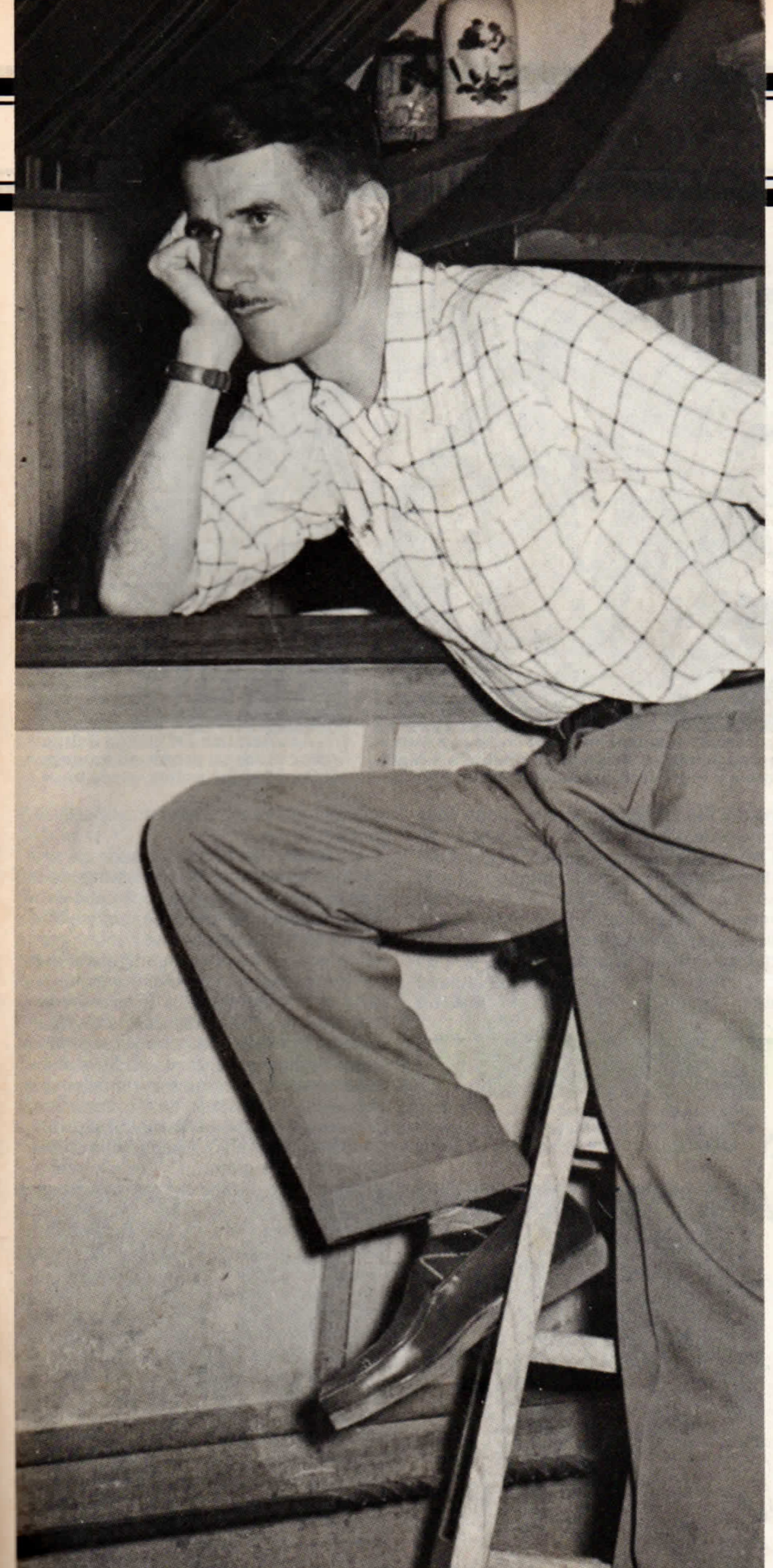
Recordando a Papá

Por JUAN GRIS

ME sentía en el Paraíso sentado en aquella terraza verdaderamente náutica, a pocos metros del mar intensamente azul. Estaba bebiendo unos tragos con Harry Schuler, dueño de aquel pedazo del Edén, que es el HOTEL PUNTA BALLENAS, en Máncora. Yo bebía un «negroni» y Harry su tequila alternado con un poco de cerveza helada. Este benjamín de los Schuler es todo un carácter: desenfadado, impetuoso, franco, violento e incansable contador de chistes no apto para menores. Un hombre que cae mal a los recatados o pacatos, pero aún así muchos de ellos lo llegan a querer cuando perciben



ROGER Schuler a la entrada de La Granja Azul, usando muletas por la mortal enfermedad que lo atacó.



JOVEN Y PENSATIVO ROGER Schuler en los comienzos de La Granja Azul, hermoso restaurante que aún existe. Suizo, pero enamorado del Perú, Schuler hizo obras como La Granja, El Pueblo Inn, Golf Santa Clara y el sofisticado restaurante Las Trece Monedas.

su espíritu sensible, su gran corazón y una mente con la imaginación y creatividad de su padre, el ya legendario Roger Schuler.

Harry me contaba sus aventuras y desventuras en aquel lugar del que yo gozaba, de su lucha por sacar adelante PUNTA BALLENAS y de los amigos y enemigos que se había ganado en ese sitio. Había furia cuando se refería a esos enemigos y a ratos ternura cuando se le acercaba su hijito o acariciaba a su perro «Argos».

Esta charla, que fue por episodios, en las horas libres de los días que estuve en el mencionado hotel encantadoramente rústico y a la vez cómodo, en un ambiente de cielo y mar límpidos, bellamente azules, sitio desconectado de la sucia, húmeda y horrible Lima. La conversación era generalmente en el bar, antes del almuerzo o cena, o por la mañana en la terraza. En esta búsqueda del tiempo perdido, manifesté mi admiración por don Roger Schuler, y el deseo aún no logrado de escribir algo de su historia, que es la historia también de LA GRANJA AZUL, el restaurante LAS TRECE MONEDAS y el Hotel EL PUEBLO. Cuando murió don Roger en marzo de este año, había tratado de encontrar fotografías de él, datos biográficos de este personaje. Desgraciadamente mis investigaciones para encontrar ese material fallaron y sólo pude publicar una pálida nota sobre la figura de quien ha sido el más grande en el desarrollo de la *hostelería* limeña (restaurantes y hotel).

Harry me dijo que él tenía todo ese material, fotografías de su padre y su familia, fragmentos de un diario que comenzó a escribir, el libro de firmas de LA GRANJA AZUL, dibujos y caricaturas. Todo un tesoro periodístico que iba a poner en mis manos. Así nació este gran artículo, que suma y sintetiza dos historias en una, debido a que este es el número del adiós, y ya no habrá más carillas en blanco que llenar. Este proyecto casi queda trunco cuando la noche en que cumplía años, Harry fue cobardemente atacado a puñaladas en medio de las tinieblas de la noche, cuando regresaba de Máncora con su compañera y un joven piloto español con una amiga. Desconocidos se abalanzaron sobre él, con arma blanca. Una puñalada que pudo ser mortal le penetró por el riñón, rozó el hígado y le desgarró parte de los intestinos. Obra de un asesino profesional, un sicario que posiblemente tenía la misión de asesinarlo. Pero Harry es duro de matar, además tuvo ángeles guardianes como su compañera que lo defendió como una leona y el joven piloto que casi le rompe el cuello a uno de los sicarios, que seguían pateando en el suelo al joven Schuler, ya fuera de combate. Dos operaciones hechas providencialmente a tiempo, una en Talara, donde llegó casi desangrado a la clínica, y la

(Pasa a la página siguiente)



1955: en un cálido almuerzo en La Granja Azul se ve —de izquierda a derecha— a Roger Schuler con dos caballeros extranjeros, Teresa Jiménez, quien poco después emigró a España con toda su familia y Francisco Igartua.



·ESTA caricatura del gringo Schuler lo dice todo; su profundo amor por el Perú lo hice echar raíces aquí.

segunda en Lima, en la Clínica «San Pablo», a la cual también ingresó justo a tiempo para controlarle la infección gravísima que le habían producido las heridas. Se salvó de ser liquidado, pero esto demuestra que los enemigos no son fantasmas de sus pesadillas. Realmente existen.

Felizmente, Harry está vivo y nuevamente activo, y los enemigos se han esfumado. Me invitó un domingo a una linda casa que tiene con su compañera en Cieneguilla. Aunque aún adolorido era el de siempre, bromista y pintando de rojo su vocabulario. Después de un rico almuerzo, simbólicamente a base de pollos, cumplió con entregarme el material que necesitaba. Quizás hubiera podido encontrar más en las cajas donde guarda estos recuerdos, pero quise ahorrarle un doloroso esfuerzo. Y aquí empieza la segunda historia.

EN EL LIBRO de firmas de La Granja Azul el legendario corredor Juan Manuel Fangio dejó estampados su firma y este dibujo al lado de las de sus acompañantes.

En el año de 1937, huyendo de una Europa convulsionada, en vísperas de la gran guerra mundial, desembarcaba en el Callao un joven espigado, de nacionalidad suiza, nación que se mantuvo neutral, pero casi sitiada por los ejércitos en guerra. Este era Roger Schuler y, según escribe en parte de sus memorias: ...*«En los próximos años tendría oportunidad de dedicarme a infinidad de ocupaciones en la costa, sierra y selva, como auditor, decorador, granjero, constructor y timbero para instalarme, finalmente, en el valle de Santa Clara a 14 kilómetros de Lima y abrir LA GRANJA AZUL. Me gustaba comer bien y conocer gente...»*. Y esto lo realizó en gran forma, y fue más allá de lo que concibió en esas memorias.

Pero Roger Schuler, aventurero y audaz, antes de anclar en el valle de Santa Clara, Lima, anduvo por los quintos infiernos de Sud América. Pasó a Bolivia, estuvo en Cochabamba, y allí se conectó con una gran empresa de caucho norteamericana que iniciaba sus operaciones en las zonas limítrofes con Brasil. Según los apuntes de la memoria de su vida, ocupó las oficinas que fueron del magnate de la minería boliviana, el famoso Patiño. Habla de esa zona que parece estaba en plena actividad: se construía el ferrocarril de Cochabamba a La Paz, y también un oleoducto. Los trabajos con esas empresas lo hacían vivir en pequeños pueblos serranos como Uyuja, Camiri o Yaruiba, que hay que ubicarlos en lupa en los mapas. De esa época comienza su afición por lo andino, los tejidos de los indios, sus ceramios, vestimentas y estilo



EN LOS DORADOS años de La Granja Azul se organizó una Fiesta Romana que dio mucho que hablar en la sociedad limeña. El español Santiago Ontañón, hombre de teatro, dibujante y decorador, llegó disfrazado de Nerón.

estilo de casas. Mucho de ello lo reprodujo en el Hotel EL PUEBLO.

No se explica bien cómo fue a dar a Brasil, cuando ya había estallado la Segunda Guerra Mundial y muchos países de Latinoamérica, como Brasil, tomaron partido por los Aliados. Roger Schuler fue a parar a la prisión de una ciudad amazónica del país carioca, porque la gente lo creía un espía alemán. Cuenta que si no hubiera sido por un amigo francés que le llevó un colchón, ropa y alimentos lo hubiera pasado muy mal. Pocos días después lo hacían liberar agentes de la embajada norteamericana, con la que Schuler tenía muy buenos contactos. Quizás este suceso lo impulsó a retornar a la costa del Pacífico y buscar un lugar donde establecerse, y este sitio fue el valle de Santa Clara. En estas tierras comenzó con una granjita para criar y vender pollos, lo que hacía en la GRANJITA AZUL de la Avenida Larco, en Miraflores.



ROGER Schuler en sus mejores años, cuando emprendió proyectos como La Granja Azul, el Pueblo Inn y Las Trece Monedas.

Roger Schuler dejó pronto ese negocio. Con su visión y lucidez y la formación extraordinaria que tienen los suizos en hostelería, concibió que la movida estaba en otro ámbito. Así se embarcó en un gran proyecto, adquiriendo más tierras en el valle de Santa Clara en las cuales había un viejo y ruinoso edificio, que dicen fue convento de monjes. En ese lugar decidió abrir su GRANJA AZUL, con un diseño neo_colonial, y decorado con puertas talladas de casas serranas, esculturas y cuadros de la era virreinal y objetos antiguos, con un entorno de césped, plantas y árboles, y hasta una pequeña lagunita. Había nacido el gran restaurante de los años cuarenta, pero que perduró. En los años siguientes LA GRANJA AZUL se disparó a lo más alto del firmamento restaurantero, fue la gran estrella de ese mundo, no sólo por sus dorados y ricos pollos con crocantes papas fritas, novedad culinaria que él puso de moda en Lima. Pero no era tan sólo un restaurante_pollería, era un lugar con arte culinario que se percibía en sus sabrosas ensaladas aliñadas con una salsa cuyo secreto se llevó don Roger a la tumba. El pan era horneado allí mismo y se servía caliente en cestitas. También los comensales tenían la alternativa de comer un auténtico *Pepper Steack*, grueso bife de carne jugosa, no congelada. La entrada consistía en deliciosos anticuchos de corazón e hígado de pollo, con un punto de ají y estupenda sazón. Y al final, sus célebres *«Crepes Suzetes»* flambeados ante el cliente con un experto jefe de comedor suizo, y que no han podido ser superados ni por el mejor restaurante francés de Lima.

Si yo tuviera que escoger cuál fue el mejor de los años dorados de las cinco décadas de LA GRANJA AZUL, fijaría mi recuerdo y atención periodística en 1955. Mágicamente en ese año los más famosos del Perú y el mundo pasaron por la gran puerta antigua, de roble tallado, para ingresar al fabuloso ambiente de este restaurante, con el cielo siempre azul (aún no había sido saturada su atmósfera por la contaminación limeña) y verde por los campos y árboles que la rodean. Los comensales se instalaban primero en su pequeño bar que luego fue ampliado a un gran «cóctel_lounge». Allí se dedicaban a beber los exóticos tragos creados por Schuler como la *Virgen viciosa, Gentleman Murder, Chicha milagrosa* o un *wiskhy escocés en las rocas*. Antes, todos los clientes tenían que haber pasado por el «chequeo» de don Roger Schuler, quien, luego de preguntar nombres y apellidos, los anotaba en su cuaderno para llamarlos cuando su mesa estuviera lista. La

(Pasa a la página siguiente)



LA FAMILIA Schuler almorzando en su casa de Santa Clara. Roger aparece al lado de su guapa esposa, con sus hijos Johnie, Jimmy y Tomy.

RINCON DE REGINA

DURANTE catorce años de mi vida tuve un compromiso semanal con la Revista OIGA, lo cual significó para mí una serie de cosas positivas. Entre ellas, un centro de trabajo al cual llegué a considerar como mi casa. También me permitió conocer interesantes personajes, y hacer amigos que mantengo hasta el día de hoy y pienso seguir manteniendo siempre. He investigado sobre miles de profesiones extrañas e ingeniosas formas de



ganarse la vida, como hoteles para perros, servicio de comida dietética entregada en casa u oficina, restauradores de almas, mercachifles, ingenieros que compraban y vendían chatarra, remendadores de alfombras, doctores curanderos, ecologistas que viven reciclando papel periódico, floristas a domicilio, etc. Como periodista, preguntando e indagando he llegado muchas veces al fondo del alma de personas maravillosas. No puedo sino agradecerle a Paco el haberme dado la oportunidad de ejercer un trabajo tan agradable y lleno de satisfacciones. ■

Regina Seoane.

RECORDANDO A PAPA

imagen de este personaje grande de la hostelería peruana, que se tenía entonces, era la de un hombre aún joven, delgado, de rostro curtido, con bigotes, un mechón de pelo castaño sobre la frente y ojos claros con su mirada irónica a través de sus lentes. Siempre vestía pantalones vaqueros y camisa a cuadros.

En 1955, habría que preguntar quienes *NO* estuvieron en LA GRANJA AZUL, antes que mencionar a los que estuvieron allí en ese año maravilloso. Gracias a la amabilidad de Harry Schuler, el duro de matar, tuve acceso al libro de firmas de los que almorzaron o comieron en el famoso restaurante el 55. Escogiendo algunos, figura entre ellos el argentino Juan Manuel Fangio, el gran campeón del automovilismo, que estampó su firma al pie del dibujo de un auto de carrera hecho por él mismo; y escribió: «*...conociendo este sitio es obligatorio volver...*». Luego se ven firmas de otros personajes como el legendario Thor Hayerdall, noruego que navegó del Callao a la Polinesia en su balsa «Kon Tiki» construida con palo de balsa y lianas. Estrellas de cine de la época como Ginger Rogers, Ava Gadner, Mary Pickford, Rosana Podestá, Viveca Lindfords, Sarita Montiel; actores que han hecho historia en el cine, como John Wayne y Clark Gable, estamparon su firma en el libro de LA GRANJA AZUL. También lo hicieron otros famosos artistas como el violinista Misha Eilman. Grandes magnates del mundo de las finanzas, peruanos y extranjeros, *tagarotes*, como se les llamaba en jerga por esos años, dejaron su millonaria rúbrica en las páginas del mencionado librote. Allí encuentro las rúbricas de Peter Grace, dueño de un imperio económico, que tenía una línea de barcos de lujo para pasajeros y carga, industrias, agroindustrias, haciendas y una formidable casa comercial y bancaria; de Donald Buting, que era presidente de Sears Roebuck, que ahora en Lima se llama SAGA; Augusto Wiese y su esposa Virginia Osma, también dejaron su huella escrita. Enrique Pardo Hereen, fundador de Seguros EL PACIFICO y el Club de Pesca «Cabo Blanco», recordman de pesca del pez *merlín negro*; Manuel Boza, hombre fuerte de PANAGRA, la primera aerolínea internacional que unía Lima con Miami y Nueva York. Y siguen otros famosos como el senador norteamericano Goerge Malone; y Paul Van Zeeland, Primer Ministro de Bélgica en esa era lejana. Bueno, y así la lista es muy larga para darla; hombres no sólo famosos sino poderosos almorzaron o comieron en LA GRANJA AZUL; presidentes de empresas como la «Shell», «International Petroleum», «Texas Petroleum», «Goodrich». LA GRANJA AZUL era el restaurante, el lugar para llevar a alguien muy importante que visitara Lima.

Pero Roger Schuler no era un tonto que se dejara marear por ese auge, ni por el roce con esa corriente de personajes. El no era un caído del palto y supo que esos personajes sólo eran aves de paso. El quería tener allí a la sociedad de Lima. ¿Y cómo lo logró? Con grandes fiestones. Isabel Allende ya lo escribió en su libro PAULA: el alto mundo social capitalino era de gente frívola, vanidosa, ostentosa. Con la ayuda de Santiago Ontañón, un hombre de teatro español, también dibujante y decorador, que aportó mucho a la cultura limeña y después de años se fue, organizaron la gran FIESTA ROMANA. Los invitados debían vestir trajes estilo romano. Santiago Ontañón caracterizó a Nerón. Algunos críticos comentaron que había sido una orgía romana, pero no hubo tal. La cosa no pasó de tragos, buena cena, vino y música. El resultado animó a Schuler a hacer otras fiestas como la de AÑO NUEVO el 31 de diciembre. Así la sociedad se convirtió en asidua de los comedores y bar de LA GRANJA AZUL.

Roger Schuler había conseguido otra victoria, subido otro gran escalón en su carrera de hostelería. Pero no era hombre para quedar ahí y abrió en Lima otro gran restaurante, más sofisticado, de comida francesa. Creó LAS TRECE MONEDAS; lo que fue se refleja en su carta, con fotografías del mejor fotógrafo que hubo: Pepe Casals, y letras de un calígrafo ahora en Florida: Mauricio Dietrich. Ofrecía como entradas exquisiteces como *Caviar, Foie Gras, Langosta* y qué decir de los platos de fondo. Fue también un ¡boom! El todo Lima estaba allí. Oscar Peschiera con su esposa —pareja guapa y famosa— cerró LAS TRECE MONEDAS para festejar su cumpleaños. Fue la fiesta del año.

Don Roger Schuler, no estaba feliz; traspasó LAS TRECE MONEDAS en pleno auge a un maitre suizo. Dijo que no le gustaba Lima y regresó a su granja de Santa Clara. Allí concibió lo que sería su último y más grande proyecto: el HOTEL EL PUEBLO.

En aquellos días dijo una vez, ya enfermo, en silla de ruedas, que antes de morir hubiera querido hacer dos monumentos, uno a los pollos —así, como suena— y otro al cholo peruano al cual quería y cuyas cualidades percibía mejor que muchos peruanos.

He olvidado un poco en el apurado relato a Harry, el heredero de esta fantasía creadora. El me contó que una vez su padre, cuando construía EL PUEBLO INN —así lo llamó primero— le dijo que le consiguiera 500 puertas de casas serranas, de madera tallada. Le ofrecía cincuenta soles por puerta. Harry con un amigo partió a la sierra y las consiguió. Para ello utilizó una ingeniosa táctica: tocaba la puerta de alguna casita de un pueblo de los Andes y convencía a sus dueños de que la puerta estaba vieja, apolillada, que ellos se la cambiaban por una nueva. Tomaban las medidas y en Lima las mandaron a fabricar; cada una les costaba 25 soles y su papá le pagó los cincuenta soles pactados. Salió con una buena ganancia. Así con los Schuler, así fue una era y una historia más dentro de esta historia del ADIOS de OIGA. ■

Sólo queda recordar

por MAGALY MEDINA

QUEDE impresionada y no pude evitar sentir una honda tristeza, cuando escuché a Paco Igartua leer a través del teléfono, en el programa «Hora 25», la carta en la que anunciaba el cierre de esta revista.

Hace seis años ingresé a trabajar a OIGA y, hace seis años también (un tres de setiembre), comencé a escribir estas páginas, las mismas que me han causado agrios sinsabores y alguna que otra satisfacción.

¿Cómo es que me involucré en este lío de escribir semanalmente mis descaradas opiniones sobre la televisión local y sus personajes? Desde que empecé en este ingrato oficio del periodismo, siempre me causó indignación ver la devoción servil que exhibían las crónicas y columnas llamadas de espectáculos. En busca de ganarme, además, un espacio propio en la revista, donde a mi llegada todos parecían tener un puesto y una ubicación, propuse crear un espacio de opinión donde sólo se comentara lo que sucedía en la televisión, en un lenguaje honesto y que se distanciara del ropaje sobón que caracteriza a otras columnas por el estilo.

Me aceptaron la propuesta por un «vamos a ver qué pasa», esa es la razón por la que no pensé en ningún nombre que la identificara y opté modestamente por firmar al final del artículo. Eso sí, jamás pensé en escudarme a través de un seudónimo. Eso es demasiado fácil. Tirar la piedra y esconder la mano, no va conmigo. Sin embargo, el medio de televisivo no acostumbrado a que nadie le llevara la contraria respondió en forma airada a mis comentarios, los personajes criticados devolvieron cada golpe, en cuanta ocasión tenían. Ellos nunca sabrán que el haberme dado tanta pelota en televisión logró que Paco Igartua (que ama la polémica y respeta como nadie la honestidad de los periodistas) me concediera a los pocos meses más espacio hasta completar las dos páginas (y que en muchos casos se han convertido en cuatro), que hasta hoy he tenido.

Fuera del libreto

Los personajes de la televisión estaban tan poco acostumbrados a que se les dijera las verdades sin adornos que enseguida empezaron a lloverme cartas insultantes, las llamadas telefónicas que siempre me negué a contestar, porque me parecía inútil discutir con los criticados el porqué de mis comentarios. Siempre tuve como norma decirlo todo a través de estas páginas, así como ellos antes de telefonearme me decían vela verde a través de sus programas de televisión.

Una de las más ofendidas con mis comentarios y a quien hoy recuerdo —aunque Uds. no lo crean— con aprecio, fue Susan León. Durante un tiempo no había programa donde ella y sus compañeros, Rocky Belmonte (el hombre de los 400 ternos), Fabiola Palomino y la larga lista de desneuronados de «Fantástico», saludaban mis críticas con «almibarados epítetos» que, prefiero no recordar.

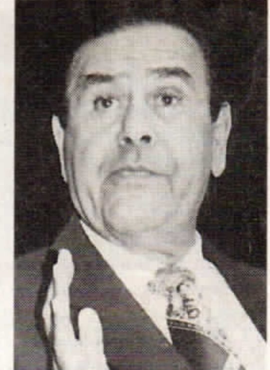
La furia de Susan

Pero eso no le bastaba a la modelo de Fantástico. Un buen día se apareció hecha un vendaval de enojo ante las puertas de la revista, exigiendo mi presencia a grito pelado.

Tuve que escuchar su vociferante reclamo, con cierto temor por mi salud física, ya que Susan ese día, parecía dispuesta a convertirme en alimento para gatos. Lo que más le había dolido no era que la acusara constantemente de tener un I.Q. por debajo del promedio, sino mis odiosas insinuaciones sobre sus rollizas carnes que desbordaban los apretujados vestidos que lucía en cada programa y, sobre todo, la malévola forma en que había descrito sus pectorales, en aquel desafortunado comercial en que aparecía saliendo de una ducha.

Harta de mi actitud parsimoniosa, se fue no sin antes dar un gran portazo y advertirme que iba a hacer todo lo posible, ayudada por sus influyentes amistades, para que en OIGA me dejaran sin empleo.





VARIOS dolores de cabeza y algún que otro altercado es lo que finalmente gané escribiendo esta columna semanal. Susan León y Augusto Ferrando me proporcionaron las anécdotas que más recordaré.

Otros personajes

Guillermo Guille, el libretista de «Risas y Salsa», programa al que zarandeé en varias ocasiones, quiso darme un poco de mi propia medicina y creó un personaje llamado «la brujita Magaly», que le resultó todo un boomerang, ya que acarreó una corriente de simpatía hacia mi persona y mis comentarios. Cuando se dio cuenta de ello, desapareció del programa cómico a la hechicera de marras.

Augusto Ferrando, luego de mi participación en «Fuego Cruzado», donde sostuve frente a él lo que me parecía su programa y su estilo de animación, me acusó públicamente de ser la culpable (al igual que la Dra. Hildebrandt) de casi provocarle la muerte.

Nada de eso me afectó nunca. En todo caso me divertía y conmigo ese diablillo que llevo dentro y que se apodera de mis manos al momento de escribir mi columna.

Aunque hubo una ocasión donde sí me sentí muy tocada. Fue cuando Gisela Valcárcel arremetió contra mí en su programa para insultarme de manera vil y arrastrar con sus palabras a mi familia y amigos. En esa oportunidad me sentí tan ofendida que me cuestioné seriamente el continuar escribiendo estas páginas. Ninguna columna vale tanto como las personas a las que amo por sobre las cosas.

Punto y aparte

En estos momentos en que escribo esta última columna para OIGA, sean mis últimas líneas para agradecer el apoyo y amplia libertad que Paco Igartua me brindó incondicionalmente en estos seis años, en que pertenecí —orgullosamente debo decir— al staff de periodistas de esta casa editora.

Jamás cuestionó uno solo de mis comentarios, nunca vetó ninguna de mis columnas, aunque yo estaba enterada de las presiones y peticiones que recibía continuamente.

Sé que lo metí en muchos aprietos con mis críticas, que en múltiples ocasiones afectaron a gente de su entorno. (Mis disculpas, don Paco). Pero él siempre defendió mi postura porque valora y practica, como pocos, la libertad de opinión. Esta revista es prueba de ello.

Ahora que termina una etapa de mi vida profesional, no creo que en algún otro medio me permitan tomarme las libertades que Paco Igartua me dio. Por ello y por su confianza en mí, infinitas gracias. Me voy, satisfecha de haber compartido muchas horas de trabajo al lado de periodistas como Igartua y Jesús Reyes, cuyo ejemplo me acompañará por siempre en la vida. A ellos, mi gratitud y respeto y este dolor inmenso que me impide por hoy, continuar estas líneas. Hasta siempre.■





LA CENA DEL MILENIO

Por JUAN GRIS

IMAGINEN ustedes compartir y degustar una cena realmente exquisita, como banquete en la mesa de los zares de Rusia, o nobles y reyes de Francia, cuyo precio por cubierto fue de mil dólares (US$ 1,000) en uno de los más bellos y lujosos restaurantes de New York, en la que los cuatro chef más célebres de Francia y quizás del mundo, prepararon, cada uno de ellos, un plato que representaba lo mejor de su arte culinario. Esto dio lugar a que esta comida se convirtiera en un gran evento social, que se calificó como la fiesta de fin de siglo.

Esto sucedió hace algunas semanas en LE CIRQUE, restaurante que fue abierto hace 20 años por un gran restaurador italiano llamado Sirio Maccioni, en un local situado en el Este de Manhattan, en 65th Street, y se disparó a la fama, no sólo por su rica comida, sino por su carta de vinos, que un comentarista calificó que más parecía una enciclopedia de vinos.

Para la celebración extraordinaria de las dos décadas de LE CIRQUE, Maccioni invitó a los chef más grandes del mundo culinario como Paul Bocuse, que tiene su restaurante en «Collenges aun Ment d'Or», en Lyon, y además asesora a cadenas de hoteles y aerolíneas en materia culinaria. El otro, Alain Ducasse, tiene el restaurante LUIS XV del Hotel de París, Mónaco, casi al lado del Palacio Real, y está en la lista de los diez mejores restaurantes del mundo. Sigue Roger Vergé, dueño de MOULIN DE MOGINS, situado cerca a Canes, y del cual escribí hace algunas semanas; y el cuarto de esta selección mundial de cocineros es Gérard Boyer, de CRAYERES, famoso establecimiento culinario de Rheims. Cuando estos «cuatro mosqueteros» de la gastronomía recibieron la invitación, llenos de entusiasmo llamaron a Sirio para comunicarle que se habían puesto de acuerdo para preparar la gran cena, cada uno su mejor plato.

Así se gestó LA CENA DEL MILENIO, que se llamó así no por los mil dólares que valía el cubierto, sino porque se consideraba que cerraba con broche de oro un milenio, o sea el siglo XX, en que la gastronomía ha tenido el más sobresaliente perfeccionamiento y/o refinamiento. Y los escritores especializados en el tema dicen que esa era está llegando a su ocaso, y que nacerá un nuevo arte culinario. Así, había que celebrar por todo lo alto el fin de una era y el comienzo de otra, y esto se hizo con una cena que valió no sólo por las exquisitas especialidades, sino por los vinos, la distinguida liturgia de la mesa y la unión de los chef más grandes del mundo que no se repetirá en mucho tiempo. Los preparativos del gran Menú causaron suspenso en el mundo neoyorquino y algunos casos tuvieron ribetes de novela policial, como lo hecho por el chef Ducasse que introdujo en los EE.UU., en una valija diplomática, unos pajarillos raros, parecidos a los ruiseñores, cuya caza ya está prohibida, y su nombre en francés es *Orteland* y en español *hortelanos*; el precio de cada uno es de 50 dólares y no son más grandes que un limón. El costo total de esta operación significó a Alain Ducasse 15 mil dólares.

En el Menú de LA CENA DEL MILENIO, que publicamos en recuadro, cada plato era acompañado de un vino extraordinario, diferente. Comenzó con unos delicados entremeses acompañados de *Perrier-Jouet, fleur de Champagne* en botella *Magnun* (botella muy grande). Y luego el Menú, con letras mayúsculas, cuyos platos se distribuyeron por orden de edad, comenzando por el veterano Paul Bocuse, que presentó su sopa favorita *Black Tuffle Soup Elysée*. Sopa hecha en un consomé muy concentrado de carne con trufas negras en una preparación muy sabrosa y servida con una original tapa como masa de pizza, tortilla o pan. El vino correspondiente fue *CHATEAU LAVILLE HAUT BRION 1985 in MAGNUN*.

El segundo plato le tocó a Roger Vergé y, naturalmente, no perdió la ocasión de lucir su especialidad predilecta *RO-*



SIRIO Maccioni, dueño del restaurante LE CIRQUE de New York, donde se realizó la más exquisita cena. *Cena del Milenio* se le llamó.



UNO de los lujosos comedores de LE CIRQUE, que en esta pequeña foto en blanco y negro, no puede apreciarse en todo su esplendor.

Esta es la última cena del gourmet de OIGA, que durante doce años apoyó sin afanes mercantilistas a la restaurantería de Lima. Y esta cena, como verán, ha sido el evento gastronómico del milenio.

LOS CUATRO CHEF, más grandes y famosos de Europa, fueron a New York, para preparar cada uno de ellos, su mejor especialidad, en homenaje a los 25 años de LE CIRQUE. Ellos son: Roger Vergué, Paul Bocuse, Alain Ducasse y Gerard Boyer. Cada plato fue acompañado de un vino clasificación «*Gran Cruz*» de Francia. Y para terminar *Cognac Martell Cordon Bleu*.

SETTE OF SEA SCALLOPS. Delicia de una roseta hecha con langostinos guisados y sazonados con salsa de naranja y mango. Dos grandes chef: dos platos estrella. Comenzaba muy bien la faena de aquella memorable noche de primavera neoyorquina.

Les tocó luego, en el segundo tiempo, a los más jóvenes y así siguió lo que a continuación describo ya en castellano, para no enredarnos con el nombre en inglés de los platos. Fue así: Tercer plato: *Langosta asada con Champagne, hinojo y perejil*. Las dos últimas especialidades se acompañaron con un vino en botella magnun llamado *Bonneau du Martray Corton-Charlemagne*. Y llegó la gran final con Alain Ducasse, que presentó un plato llamado *Spit-Roasted Woodcock*, que en buen español es perdiz u otro tipo de gallinácea salvaje, que lo guisó con frutos y legumbres hervidas y otras especies, todo bañado por una salsa exquisita, según comentarios. El vino correspondiente: *Chateau Haut-Brion 1982*. Pero Alain Ducasse, cuando se lució e hizo el gran show, fue en el avant-premier de LA CENA DEL MILENIO, cuando se invitaron previamente a 60 periodistas. Allí utilizó sus famosos pajarillos *ortelands* u hortelanos, concinándolos y sirviendo con toda la liturgia del caso. Primero se ahogan las avecillas en aguardiente *Armagnac*, para después asarlos o rostisarlos lentamente, hasta estar crocantes. Así cocinados y sazonados se sirven. Los comensales debieron seguir el rito de cubrirse la cabeza con una gran servilleta para sentir y absorber todos los aromas y sabores, dentro de la intimidad del mantel blanco, o sea la servilleta. Eso lo llaman «meditación gastronómica».

Tal meditación causó una gran bronca en la prensa de New York al siguiente día. El «*Daily News*» en toda la portada tenía un titular: PAJARITOS RAROS FUERON MATADOS PARA FIESTA NEOYORQUINA, y por supuesto vino la secuela de los activistas defensores de la conservación de las especies. Pero la fiesta continuó.

Este, en resumen, ha sido el gran evento de fin de siglo, LA CENA DEL MILENIO en LE CIRQUE, restaurante frecuentado por ricos y famosos como Frank Sinatra, Henry Kissinger, Woody Allen, Oscar de la Renta, La Duquesa de York, Lady Di, Anthony Quin, Sharon Stone, Bill Cosby y también estuvieron allí alguna vez el Rey Juan Carlos de España, Richard Nixon, Ronald Reagan, y otros personajes y las más bellas mujeres.

Sirio Maccioni está feliz y satisfecho y pudo lucir su bodega de vinos donde hay desde un CHATEAU MARGAUX 1928 o un CHATEAU D'YQUEM de mil dólares, que se sirvió con el postre *Tormenta* de la gran Cena.■

Los periodistas invitados a la degustación previa a la Cena del Milenio, cumplieron con la meditación gastronómica. Esta cubriéndose la cabeza con una servilleta, mientras comen unos pajarillos raros de huerta.



Uno de los sueños más grandes de las parejas es ver su casa completamente decorada; y es HOGAR, la tienda líder en decoración, el lugar en el que pueden encontrar todo, absolutamente todo lo que buscan, desde un edredón, una taza o una licuadora, hasta alfombras persas legítimas, un juego de comedor o muebles de sala, y a los mejores precios del mercado.

Sin embargo, la situación económica actual no permite que todos tengan la posibilidad de comprar al contado los artículos que tanto necesitan. Pensando en ellos es que HOGAR ha desarrollado los más efectivos Sistemas de Crédito, gracias a los cuales miles de clientes pueden comprar, rápidamente y con el sistema más adecuado a sus necesidades, todos los artículos para su hogar.

En Hogar, *comprar al crédito* ES POSIBLE



Actualmente HOGAR ofrece tres modalidades de crédito:

1. CREDITO DIRECTO DE HOGAR.

Este es un sistema por medio del cual HOGAR tramita tu crédito directamente, sin la intermediación de ningún banco.

El Crédito Directo de HOGAR se puede obtener en nuevos soles o dólares y te permite realizar tus compras en un tiempo record. Una vez cumplidos los requisitos, el crédito es aprobado en tan sólo 24 horas, no necesitas dar cuota inicial, tienes hasta 24 meses para pagar y la primera letra vence a los 30 días de realizada tu compra.

REQUISITOS:

- Fotocopia de Libreta Electoral.
- Fotocopia de Boleta de Pago o Constancia de Ingresos.
- Fotocopia de la tarjeta de propiedad de tu vehículo (si lo tuvieras).
- Fotocopia de Autoavalúo (no indispensable).

Para obtener el Crédito Directo de HOGAR debes acercarte a cualquiera de las tiendas, con los documentos antes mencionados, y allí te ayudarán a llenar la solicitud, y en sólo 24 horas podrás comprar todo lo que quieras.

2. TARJETA CREDIHOGAR.

Dentro de esta modalidad se otorgan créditos en dólares, a través del Banco de Crédito. Los clientes que elijan este sistema podrán realizar sus compras a la presentación de su tarjeta y a sola firma, con una taza de interés anual del 18%, **la más baja del mercado.**



Además te ofrece otras ventajas:

- *Al obtener tu tarjeta recibes el 5 % de descuento extra en tu primera compra.*
- *No se cobra mantenimiento, ni portes mensuales.*
- *Participas de descuentos , promociones, eventos y sorteos exclusivos de autos, viajes y artículos de HOGAR.*
- *Puedes obtener tarjetas adicionales, para familiares o amigos, sin costo alguno.*
- *Se respetan los precios de oferta y/o remate como si se pagara al contado.*
- *La solicitud y entrega de las tarjetas CREDIHOGAR se realiza en cualquiera de nuestras tiendas.*

REQUISITOS:

- *Fotocopia de Libreta Electoral.*
- *Fotocopia de Boleta de Pago o Constancia de Ingresos.*
- *Fotocopia de la tarjeta de propiedad de tu vehículo (si lo tuvieras).*
- *Fotocopia de Autoavalúo (no indispensable).*

3. CREDITOS BANCARIOS.

La tercera modalidad son los Créditos Bancarios, que se realizan con la intermediación de los bancos más solventes y prestigiosos del país. En esta modalidad, HOGAR presenta dos alternativas de crédito, para que elijas la más conveniente.



CREDITO DIRECTO DE HOGAR. TARJETA CREDIHOGAR. CREDITOS BANCARIOS.

Hogar tiene el sistema de crédito más adecuado a tus necesidades.

a) Créditos hasta 36 meses. *Podrás acceder a diferentes sistemas de crédito que te otorgan hasta 3 años para pagar.*

- *SISTEMA PRESTAZUL del Banco de Lima.*
- *BANCA DE CONSUMO del Banco Latino.*
- *CONTIFACIL del Banco Continental.*

b) Crédito hasta 12 meses. *Esta alternativa te da la posibilidad de acceder a un sistema de crédito que te ofrece hasta 1 año para pagar.*

- *LINEA PARALELA del Interbanc. Para los usuarios de la tarjeta Interbanc VISA.*
- *DINERS PLAZO para los usuarios de la tarjeta Diners.*

REQUISITOS:

- *Fotocopia de Libreta Electoral.*
- *Fotocopia de Boleta de Pago o Constancia de Ingresos.*
- *Fotocopia de la tarjeta de propiedad de tu vehículo (si lo tuvieras).*
- *Fotocopia de Autoavalúo (no indispensable).*

AMPLIACION DE LA LINEA DE CREDITO

Además de todo esto, HOGAR le ofrece a sus clientes, cuando lo requieran, la posibilidad de obtener la ampliación inmediata de su crédito, así quien lo desee podrá seguir decorando su casa con los artículos de HOGAR y podrá pagarlos en los plazos que más le convengan.

YA LO SABES. EN HOGAR ENCONTRARAS LA ALTERNATIVA DE CREDITO QUE MEJOR SE ADECUA A TUS NECESIDADES.

(Viene de la página 64)
continuidad de su digna y ejemplar labor periodística.

Esperando ser tomado en cuenta para ello, quedo de usted.

Atentamente,

Ramón Huapaya Pérez

17 años de alegría, tristeza y dolor

Señor director:

Han transcurrido 33 años de la aparición de OIGA, y 17 años desde que yo llegara a trabajar en el área de publicidad. Y, creo sintetizar mi paso por OIGA al decir que durante mi permanencia, desde 1978 hasta 1995, la revista me dio alegría, trabajo y amistad con todos sus miembros; así como me permitió conocer a muchas personas de distintas agencias de publicidad, ampliando amistades y amigos. Sin embargo, no se piense que el publicista por trabajar en un área eminentemente comercial, se sitúa al margen de las vivencias y tráfago periodístico. No, los publicistas vivimos y compartimos las inquietudes, los deseos de justicia y la emoción social de nuestros colegas periodistas, su defensa de las libertades públicas y, dentro de ellas, de la prensa, expresión e información; y asumimos con nuestros hermanos periodistas desde las mismas trincheras sus esfuerzos, sus desvelos como fiscales del poder público y depositarios de la conciencia ciudadana frente al más fuerte, frente al poderoso, en defensa del derecho de los humildes y los desposeídos.

Fuimos tres los que llegamos a OIGA en el área de publicidad: el señor Franklin Urteaga (fallecido), Eduardo Valenzuela y el que escribe, Hugo Paredes Cabrera; con ellos trabajamos duro en la revista, con responsabilidad y cariño.

Me inicié sacando suplementos especiales de diferentes departamentos del Perú, que me dio mucha satisfacción al ser aceptados por la gerencia, al mando de Carolina Arias, y del director, Sr. Francisco Igartua.

Al escuchar al director de la revista anunciar que OIGA no sale más, sentí una gran tristeza; me hizo pensar y recordar todos los momentos felices de trabajo junto a queridos amigos de la revista.

En estas últimas líneas quiero decirle al señor director Francisco Igartua, gracias por haberme dado trabajo y amistad, y que usted pasará a la historia como un periodista fiel a sus principios e ideales, como fiel a sus principios e ideales fue nuestro también ilustre Federico More.

Hugo Paredes Cabrera

OIGA no va más

Señor director:

La muerte se veía venir pero lo que más nos dolía era la agonía, esa agonía que nos perseguía a cada instante como un fantasma. Los rumores y especulaciones corrían por los pasillos y todos interpretábamos, de una u otra forma, pesimista u optimista, lo escuchado.

No nos resignábamos a ponerle punto final a esta aventura emprendida por Paco Igartua hace muchos años, cuando en el esplendor de su juventud se dio con todo a su apostolado periodístico. Porque verdaderamente fue un apostolado, que sólo se puede abrazar cuando la pasión por algo nos hace vibrar.



1948, 8 de noviembre, OIGA irrumpe en el periodismo nacional en defensa de la democracia y contra la dictadura.



1995, 5 de setiembre, OIGA, fiel a sus principios e ideales de su fundación, cumple su quinta etapa con sus banderas al tope.

OIGA venció a muchos con sus denuncias. Algunas veces se le tildó de mentiroso, otras de agorero del desastre, no pocas de boicoteador. La adjetivizaron hasta la saciedad pero la revista siempre se mantuvo de pie.

Todo llegó a su fin. El martes 15 asistimos a nuestra estrenada casa sanisidrina. Un día antes la redacción estaba vacía. Una que otra pauta boceteada, tres tiras de negativos que colgaban de un gancho de ropa en el laboratorio; el archivo como si fuera la casa de nadie con colecciones de nuestra revista que esperaban en el suelo hasta ser reacomodadas. Escritorios y máquinas habían enmudecido, pero nada estaba dicho aún. Habría de ser ese martes en que siluetas apresuradas cruzaban en el estrecho pasadizo rumbo a la dirección. Don Paco y don Jesús, nuestro Sub-Director, sostenían una prolongada reunión. Algo se cocinaba rápidamente. Muchos minutos a puerta cerrada... Teníamos sospechas fundadas.

A las once de la mañana se nos avisó que debíamos reunirnos de inmediato. Don Jesús, de pie, al lado del sillón giratorio de su simpático estudio, no era el hombre de siempre. Su típico gesto adusto y fuerte timbre de voz estaban ausentes. Debía empezar hablando a unos pocos, como si se tratara de sus hijos y así lo hizo. Luego de breve preámbulo nos anunció: «Hasta aquí llegó OIGA», a la par que trataba de explicar su muerte. Los ojos llorosos de este hombre que había construido sabiamente con su pluma innumerables crónicas «anunciando la muerte de otros», hoy nos decía que había llegado el momento para nosotros.

Se escucharon sollozos en la oficina. Enmudecimos de inmediato... Falta alguien: Paco Igartua. Había tomado una infusión de manzanilla para calmar sus nervios –siempre templados–.

Lo vimos a la salida del anuncio. Era otro. Qué distante de aquellos años en que con regla y lápiz diagramaba seguidamente las pautas que se presentaran. En un dos por tres volteaba la edición, rompiendo fotos a diestra y siniestra. ¿Dónde estaba ese hombre que a punta de gritos hacía traer la foto precisa que requería tal o cual crónica? Estaba afuera, paseando en dirección del viento. No era él. Lucía un abrigo color habano que disimulaba su un tanto encorvada figura. Caminaba sin rumbo, iba y venía por el parquecito del Paseo Parodi como si cargara con un arrepentimiento inconfeso.

Pero ¿arrepentirse de qué?, me preguntaba mientras lo observaba por la ventanita de la puerta principal de este local. No era tampoco un rostro de incertidumbre, no había en su expresión ni un halo de esperanza. Era consciente que todos morimos en algún momento. Que morimos de amor, de indiferencia, de odio, pero que morimos.

Esta vez no había sido una muerte natural, nos mataron.

Sin embargo, queda el consuelo de que OIGA ha muerto de pie, porque parafraseando a José Ingenieros: «...¡Ay! de aquellos hombres que luchan toda una vida, esos son los imperecederos». A Paco Igartua vaya esta crónica atropellada.

Laura Gonzales Sánchez

Un paréntesis

Señor director

Estimado don Paco:

Sólo tres palabras, suyas por supuesto «volveremos a empezar».

Hasta luego.

Angel Hermoza

COMPARTA CON NOSOTROS EL MEJOR FUTURO.

USTED YA NOS CONOCE. A LO LARGO DE 44 AÑOS HEMOS CONSOLIDADO UN BANCO SÓLIDO, SOLVENTE Y SEGURO. AHORA DAMOS UN GRAN PASO QUE NOS PERMITE OFRECERLE MUCHO MÁS EN SOLIDEZ, SOLVENCIA Y SERVICIO. PORQUE SE HAN UNIDO A NOSOTROS DOS GRANDES GRUPOS LÍDERES EN EL PERÚ Y EL MUNDO:

GRUPO BANCO BILBAO VIZCAYA,
UNO DE LOS GRUPOS FINANCIEROS MÁS IMPORTANTES DEL MUNDO.
GRUPO BRESCIA,
IMPORTANTE GRUPO EMPRESARIAL PERUANO.

NUESTROS ACCIONISTAS PERMITEN OFRECERLE A USTED, EN UN BANCO PERUANO, LA SOLVENCIA Y LOS SERVICIOS DE LOS MAYORES BANCOS DEL MUNDO. AHORA USTED INGRESARÁ CON NOSOTROS A UNA RED INTERNACIONAL QUE LE OFRECE UNA NUEVA FORMA DE HACER BANCA, EN TECNOLOGÍA, EN PRODUCTOS BANCARIOS, EN EFICIENCIA, EN VELOCIDAD, EN CALIDAD DE ATENCIÓN. NUESTRO FUTURO TIENE MUCHO QUE VER CON EL SUYO PORQUE TENEMOS GRANDES PLANES PARA COMPARTIR CON USTED. VENGA AL BANCO CONTINENTAL.







Publicistas Asociados



CUSTER®

JEANS & JACKETS

1970-1995